HEBER SNC NUR

La distancia de mis amores



¿A QUÉ DISTANCIA ESTUVISTE DEL AMOR DE TU VIDA?

SEXTA FÓRMULA

La distancia de mis amores

Heber Snc Nur

Sexta Fórmula



Copyright © 2024 Heber Snc Nur

Reservados todos los derechos.

Editado por Sexta Fórmula.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito de la editorial y el autor en su conjunto.

Para todos aquellos grandes amores
que lucharon contra los kilómetros...

¿A qué distancia estuviste del amor de tu vida?

¿Fueron kilómetros? ¿Fueron acaso perspectivas?
¿Fue una cuestión de decisiones o desacuerdos?

El silencio también separa.

La distancia no sólo consiste en estar en lugares diferentes, sino también en carriles opuestos, ideales discordantes, puntos de vista inconciliables.

Al final de cada historia —independientemente de si este final fue bueno o malo—, siempre quedará la experiencia, un puñado de recuerdos que pueden convertirse en poesía.

Sobre este libro

¿Quién no se ha enamorado a distancia? Los románticos empedernidos contamos con esa debilidad, pero, más aún, los que tenemos la tendencia de convertir en palabras nuestras vivencias, sabemos que se puede escribir poesía sobre amores a distancia. Si los kilómetros no restan un sentimiento, tampoco impiden la inspiración, y esto es algo que puedo constatar por experiencia propia.

Muchos ignoran que los mejores poemas que escribí en mi carrera lo hice para alguien a quien no pude tocar más que con palabras. La distancia ha sido una constante en mi vida sentimental y, aunque esa etapa se ha terminado, dejó tras de sí un nutrido repertorio de poemas y relatos inspirados en esas experiencias. Habrá sido por mi edad temprana, caracterizada por mi novicidad, habrá sido por mi tendencia a experimentar los sentimientos a flor de piel, o simplemente por mi inclinación retraída, que me hacía vivir más dentro de internet que fuera de él, pero lo cierto es que hubo un tiempo en que me enamoraba de chicas que vivían fuera de mi país. Y a falta de tacto, usaba las palabras, que era también lo único que podía ofrecer.

Ya no recuerdo cuándo fue la primera vez que me enamoré a distancia. Supongo que allá por el 2012, el año en que se suponía que se acabaría el mundo. Pero, desde luego, no fue la única vez. Por eso este libro se titula «La distancia de mis amores», así, en plural, porque fue más de una chica que pasó por mi vida para dejarme esa lección particular que siempre era la misma: «no te enamores de alguien que está lejos». Una lección que, evidentemente, me costó aprender. Pero, sin duda, la última vez que me enamoré a distancia con tanta profundidad fue aquel 2015 en que conocí a la chica que marcó mi carrera literaria para siempre. Si

algún poema mío ha llegado a gustarte, a ti que me lees, que sepas que es probable que lo haya escrito para ella.

Cuánto me gustaría decir que alguna de esas relaciones tuvo un final feliz, pero no siempre llegamos a las metas que nos proponemos. Mi inexperiencia, mi falta de recursos, mis sueños que siempre fueron más grandes que yo, nunca jugaron a mi favor. No hubo encuentro, no hubo abrazo, no hubo fin a la espera, por mucho que el deseo fue genuino, por mucho que la ilusión y el sentimiento fueron reales. Así que los textos que hablan de un encuentro, se sobreentiende que fueron escritos a modo de ficción o inspirados en experiencias ajenas, no mías. Al final he llegado a la conclusión de que no hay mal que no beneficie a un poeta. Porque incluso una mala experiencia puede ser combustible para la creación de textos. Y este libro es prueba de ello.

Esta antología se alimenta de todos mis libros; aquí reúno textos que escribí desde el año 2015 hasta la actualidad, aunque también hay varios que sólo encontrarás aquí. Por ello, que no te extrañe si alguna carta o poema te resulta conocido. Creo que incluirlos aquí permite contextualizarlos mejor. Un dato extra: no esperes encontrar una secuencia, pues el orden de los textos no persigue como objetivo narrar una historia, ni mucho menos de forma lineal. Cada texto es independiente y retrata distintas situaciones que se dan en el proceso del enamoramiento.

En la parte final del libro encontrarás una lista de canciones que me acompañaron en el proceso creativo, tanto al escribir como al editar este libro. Son canciones que podrás escuchar mientras lees para sumergirte por completo en la atmósfera de la que he querido dotar a esta entrega; o a solas, como pasatiempo. De momento, todas las canciones son en inglés. Encontrarás también un código que podrás escanear para ir directamente a la lista de reproducción en Spotify, que iré actualizando de forma periódica, por lo que te sugiero que sigas la lista para no perderte de estas actualizaciones. Me gusta pensar que podremos hacernos compañía con algo más que palabras: la música también une almas.

Con respecto a la distancia, pienso que no sólo tiene que ver con el que dos personas se encuentren lejos, sino también con el

hecho de que se encuentren en tiempos discontinuos. Se trata de circunstancias inconexas que impiden que dos personas se conozcan, pese a que pueden ser compatibles la una con la otra. La distancia separa planos existenciales, pues mientras una persona tiene un ideal, ese ideal puede nunca llegar a cumplirse. Con este concepto, considero justificado el hecho de incluir en este libro todas las cartas que le escribí a esa musa ideal que siempre esperé encontrar, las cartas a mi querida Nadie. En este segmento he decidido ilustrar todas las etapas, desde la ilusión, hasta la pérdida de la esperanza, pasando por las dudas, las recaídas, e incluso la dotación de identidad. Es además un segmento muy íntimo, confesional, pues en estas cartas he querido retratar mi propio desarrollo como hombre y como artista.

«La distancia de mis amores» es para todos aquellos que se atrevieron a apostar su corazón en pos de un objetivo que, pese al riesgo que conllevaba, decidieron asumir con determinación, valentía y, sobre todo, mucha ilusión. Sé que, a diferencia de mí, otros sí tuvieron sus finales felices, y sé también que la mayoría nos quedamos con esa eterna espera, por distintos motivos. Este libro es para todos. Confío en que los textos contenidos aquí te traigan recuerdos felices y, si no es el caso, que por lo menos la nostalgia te abrace como forma de consuelo, porque la poesía, al final, es todo lo que nos queda.

Con cariño:
Heber Snc Nur.
Chiclayo, 10 de mayo, 2024

La distancia de mis amores

¿A qué distancia estuviste del amor de tu vida?



Se enamoró de ella sin conocerla.
Error o no, lo cierto es que
ese fue el inicio
de la aventura más grande de su vida.

Heber Snc Nur

El privilegio de quererte

No tardes en darte cuenta de lo mucho que te he querido y de lo mucho que seguiré queriéndote. Si miras más allá del horizonte, piensa que existe alguien en algún lugar que lo daría todo por ti. Que hay alguien a quien no le basta con saber que existes, que quiere confirmar que eres real. He perdido la cuenta de las noches en las que te he soñado estando despierto o dormido, de cuántos insomnios he terminado dedicándote.

Dicen que la distancia es un impedimento, pero yo nunca he sentido a nadie tan cerca como te he sentido a ti. Ellos no entienden que el amor sigue siendo amor a pesar de los kilómetros. Sucede que te quiero tanto que planeo dejar mi vida por ir al encuentro de la tuya. Y cuando llegue, espero encontrarte sonriendo, con el mismo semblante del que me enamoré. No pierdas tu sonrisa, que yo ya tengo lista la mía para cuando te vea; no pierdas el encanto de tu mirada, que yo ya me he preparado para contemplarla sin cansarme. No me importa si tengo que esperar mucho, si el tiempo decide alargarse, yo te seguiré queriendo porque tengo el privilegio de haber nacido para eso.

Que seas tú misma

Quiero serte sincero:

No te voy a pedir que me escribas poemas, no te pediré el cielo, no te exigiré las estrellas, ni quiero que me otorgues la luna; lo material pasa de largo y honestamente no me interesa. Me interesa estar contigo, y si llegase a pedirte algo será tu tiempo: para poder verte y estar a tu lado. Te pediría que aprecies mis detalles, porque no los hago más que pensando en ti, pues nunca lo hice por nadie y prometí no hacerlo; pero aquí estás tú, poniendo mi mundo de cabeza.

Y descuida, que no quiero que dejes de hacer lo que te gusta. Pienso que esto tiene que ser una relación de amor, no de esclavitud ni de ataduras. Si quieres salir con tus amigas, adelante, yo confío plenamente en ti y no habrá ningún problema respecto a eso, lo único que te pediré es que te cuides y disfrutes. Puedes tener todos los amigos que quieras, pero no seas cariñosa con ellos. Me duele, y si a veces dudo, es porque lo nuestro empezó con una amistad también. Así como te pido eso, también daré de mi parte para verte sonreír. Prometo hacer caso omiso a las muestras de cariño y llamada de atención de otras mujeres. Te pondré como prioridad en mi vida y tu felicidad será mi objetivo. No soy de hacer promesas, y lo sabes, pero cuando llegaste a mi vida comprendí que si se trataba de ti, cumpliría incluso las que no te he hecho.

Quiero que seas feliz, que seas tú misma, no quiero que cambies por mí ni por nadie porque para mí eres perfecta, y los demás deben quererte tal como eres. De igual manera, espero también que no intentes cambiarme. Quiero que seamos libres el uno junto al otro. Aquí no existirán secretos porque, a fin de cuentas, no tendremos nada que ocultarnos. Me haré merecedor de tu cariño y te enamoraré todos los días como si fuera el primero,

como si aún no fueras mía. Lograré escalar las murallas de tu corazón y me sentiré digno de tenerte para mí. Mi confianza será toda tuya.

Te quiero, no te aproveches de eso. Puse mi fe en ti y espero que no me falles aunque estés muy lejos de aquí.

He comprendido que
lo que más separa a dos personas
es el silencio de una de ellas.

Heber Snc Nur



Breve carta a la distancia

La distancia es mucha y el tiempo poco. Ambos queremos estar juntos y tendremos que aprender a lidiar con la idea de que nos mantendremos distanciados físicamente hasta que las posibilidades y facilidades de vernos estén a nuestro favor. Ten paciencia, así como yo la tendré. Y descuida, que mi corazón se ha reservado para quererte y mis propósitos contigo son claros: hacerte feliz, estar a tu lado en los momentos en los que sientas que estás sola. Voy a quitarme de las venas ese miedo que me ha envenenado la voluntad durante mucho tiempo y lo arrojaré al mismo lugar donde se arrojan los malos recuerdos y las cosas inservibles de nuestras vidas: al bote de basura del olvido, para ahora tener un espacio en el que sólo quepa tu sonrisa y esas manías tuyas que me encantan.

Cuídate. Te hago compañía en tus pensamientos, así como tú sueles adornar mis sueños.

Dudas y certezas

Y para serte sincero, no sé. No sé lo que depara el destino para ambos, no sé si puedo merecerte completamente. No sé y tengo miedo. Miedo de que esta inestabilidad emocional finalmente acabe conmigo y te alejes de mi vida para siempre.

Tengo miedo, cariño, sí; no sé si estaremos juntos para toda la vida, o si algún día mis labios y los tuyos por fin llegarán a conocerse como lo hacen cada noche en mis sueños; no sé si por fin pueda yo cuidar de ti como deseo, o ser tu confidente y cómplice en aventuras románticas que se han limitado a ilustrarse en mi mente. No sé ni sabré muchas cosas, pero hay ciertos detalles de los que estoy seguro; y es que estoy seguro de lo que siento por ti: siento que te quiero en mi vida, siento que debo estar a tu lado y hacerte sentir segura conmigo, siento que el corazón se remueve de su sitio de tanto palpitarte cuando dices que me quieres.

Tengo miedos, dudas e inseguridades, pero tú eres ese miedo que me hace ser valiente. Te llevas mi incertidumbre y me haces sentir invencible. Y es que es por ti que sigo aquí, jugándome todos los puntos en contra que el destino me pone en frente y planeando un futuro contigo, en el que quepamos únicamente los dos; una historia de la que sólo tú y yo seamos los protagonistas.

Todo sería perfecto

Hace tiempo que vengo preguntándome a qué saben tus besos, si tus abrazos son tan abrigadores como me los imagino. Te veo la sonrisa en fotos y sospecho que quizá sólo necesito tenerla cerca para poder morir tranquilo. Los días, extrañamente, han adquirido esa aura triste, gélida; cada vez que pienso en ti las tardes se vuelven presagios de soledad, tormentas de pensamientos.

Te imagino aferrada a mi cuello, con esa sonrisa tierna que dibuja comisuras perfectas a los extremos de tus labios. Imagino una tarde cualquiera, los dos caminando por calles estrechas mientras el mundo se desvanece y sólo quedamos nosotros. También llego a imaginarnos dentro de una canción que habla de lo bonito que sería sentirnos menos solos. Otras veces se me ocurre pensar que si me escondo en tu mirada ya nadie podría hacerme daño. Me imagino dejando atrás mi vida, mis errores, mis estúpidas decisiones, para ir al encuentro de aquel paraíso que promete tu cuerpo de terciopelo, llevarte de la mano y olvidarnos del resto, besarte bajo cielos de lluvia y evaporar la tristeza del mundo.

Contigo todo sería perfecto. La oscuridad se convertiría en ese recuerdo que se desvanece con el tiempo, la soledad sólo una cicatriz borrosa llena de historias. Contigo mi miedo a las promesas se desvanecería, mis sueños cobrarían sentido al tiempo que vas embelleciendo mi vida y adornando mis cicatrices.

Porque he llegado a quererte de todas las formas posibles, aunque te pese. Te quiero para conquistar el mundo y mejorarlo a base de inviernos bonitos y paisajes con vistas al infinito. Es que hace tiempo vengo preguntándome a qué saben tus labios, porque contigo todo me parece posible. Todo sería perfecto.

Arte de magia

Después de conocer a una persona nada vuelve a ser lo mismo. De repente y, como si de arte de magia se tratara, te fijas en ciertos detalles que de otra forma nunca los hubieras tomado en cuenta. Los días no son los mismos si ella no te saluda o si, por lo menos, no la ves aunque sea por una fracción mínima de tiempo. Porque sientes que algo te falta, aunque nunca hayas sabido del todo qué. Es como si alguien hubiese cambiado tu rutina, al punto de que hoy te hace falta su presencia como pasaporte a un país en el que no sentirte un completo extraño. Porque el gris desaparece, y algunas calles se convierten en indeseables, en especial esas que no te llevan a su casa. Te sorprendes revisando el móvil a cada minuto, como esperando un mensaje, una respuesta. Los desvelos se convierten en el pan de cada día, sólo por no querer despedirte nunca de ella. No te pesa, claro, porque nunca te habías sentido tan bien al hacerlo. Y lo sientes, está ahí: el saber que por fin vuelves a sentir eso a lo que tanto miedo le tuviste un día. Ese lugar, al parecer, siempre estuvo reservado para ella. Y ya no tienes ganas de mirar la parte mala, sólo te arriesgas. Porque sientes la necesidad de hacerlo y porque quieres demostrarte a ti mismo lo alto que eres capaz de llegar si nadie te lo impide. Quieres merecerla, sentirte digno. Porque te sientes otro desde que ella llegó a tu vida. Porque es como arte de magia. Un arte bonito. Uno que sólo tú entiendes y no necesitas que nadie más lo haga.

Realidad inexorable

Te vi llegar pausadamente, escrutando a tu alrededor en busca de una sombra, hasta que me encontraste. No habían pasado tantos años pero aun así te veías distinta, y tuve la impresión de que el ambiente a mi alrededor incluso se había vuelto más liviano. Los centros comerciales nunca me han gustado para las citas, pero ahí estábamos, en medio de una multitud que transcurría indiferente, siluetas que se evaporaban con cada paso al son de esa música que flotaba en el aire. Fue imposible evitar verte constantemente de reojo, pero ni la emoción de aquel encuentro pudo quitarme la inquietud de saber que algo había cambiado en ti.

Porque vi que eras distinta a las fotografías. No me refiero a que te veías menos atractiva, sino distinta, como si un matiz se hubiese instalado en tu piel, haciéndote ver como sacada de un retrato, porque te veías tan bella que no parecías real.

Luego me abrazaste. Y no fue lo que esperaba. Tantos años soñando con este momento y cuando se cumplió nada fue como lo había planeado. En mis idealizaciones febriles este abrazo era de encuentro, de bienvenida a un futuro; era la aproximación más certera a la felicidad compartida, no una simple cortesía que, aunque sabía muy bien que era sincera, no me llenó como lo había esperado. Sin duda, los sueños no se cumplen para todo el mundo.

En ese momento, me pregunté si tu voz también sonaba como en las llamadas, y una vez más la realidad mutiló mi expectativa, pues te oías diferente, como si el tiempo hubiese ecualizado el tono de tu voz, despojándola de calidez, y ahora sonaba como si tuviese un eco integrado, un eco casi imperceptible, pero que estaba ahí, delatando las noches de llantos ahogados, de una voz que se rasga por echar tanto de menos.

Te escuchaba hablar y supe que ya no creías en las promesas, que no te veías conmigo, que ya tus ojos no guardaban mapas ni

destinos, porque ahora tu mirada se anclaba a un porvenir lejos de mi compañía, y de la de cualquiera. Al principio pensé que esa era una visión un tanto trágica de mi parte, pero con cada momento que pasábamos juntos comprendí que aquella visión no fue sino la manifestación de una señal contundente.

Recordarte como eras antes es reconciliarme con una parte de mi vida única e irrepetible. Sé que hoy no sientes lo mismo, que tus pensamientos han cambiado, que ya no amas las mismas cosas, que las ilusiones no van contigo. Sé también que tienes miedo, un miedo inmenso, que te dice que las caricias arrancan pieles, que los besos son peligrosos, que los abrazos son adictivos y que las almas puras —que alguna vez fueron tu máxima aspiración—, ahora ya no existen. Lo sé porque ese miedo yo también lo he sentido. Y al quererte, lo enfrenté. Tú eres ese miedo que me hizo ser valiente.

Luego nos dejamos llevar por la marea, caminando a todas partes y a ninguna. Me sentí aislado del mundo, preguntándome cuánto me iba a durar la sensación de estar siempre escapando. Hubiese querido ser distinto, manejar con manos expertas esa trágica coincidencia que hizo que nos distanciemos por tantos años, porque ahora que te tenía delante ya no eras como te había conocido, y no hay nada más triste que volver a los lugares donde alguna vez fuimos felices y no encontrar en ellos a aquello que los hacía únicos.

Pero supongo que está bien, porque las personas cambian, crece en ellas un amago de sabiduría, como si el tiempo, de alguna forma, les agudizara la manera de ver el mundo, y tras someterlas a experiencias y errores, a desengaños y golpes de realidad, nos entregara de vuelta a quienes quisimos pero casi irreconocibles.

Me contabas, por ejemplo, que habías terminado con tu novio, ese con el que llevabas ya tres años. Que el día de la boda se acabó la magia cuando apareció la ruina. Que descubriste que tu mejor amiga nunca fue tan amiga, al ver cómo ella y tu novio publicaban fotos juntos en las redes. Que tus sueños ya no te llenan el alma como antes, porque tras haberlos cumplido todos, comprendiste que siempre existirán vacíos incluso en la realización de las metas trazadas.

Me contaste que, al final, nunca hubo boda, ni amigas ni metas, y que todo el mundo que creías conocer en realidad nunca había estado ahí. Que te estabas tomando un tiempo para replantear tu vida, cuidar de tu padre y ver en qué lugar poder comenzar de nuevo, porque dentro de ese vacío tan profundo, te ardía una llama de esperanza.

Pero te miré y comprendí que la esperanza no trae de vuelta a las personas. La esperanza no es una máquina que borra cicatrices. La esperanza es un empuje, un ímpetu que nos lleva siempre hacia adelante, sin retroceso. La esperanza no pone en nuestro rostro las sonrisas de ayer, no nos devuelve la mirada de inocencia; en definitiva, la esperanza siempre nos va a alejar de aquellos que nos hicieron daño porque, aunque volvamos a los lugares donde antaño encontramos nuestro sitio, lo cierto es que estos hace tiempo dejaron de pertenecernos.

Y me da cierto pesar formar parte de esa lista de personas que te hicieron dejar de creer en lo bonito, en que el mundo puede ser como quieres que sea, pero te prometo que falla incluso aquel que tiene las mejores intenciones. Tantas conversaciones por WhatsApp, tantas videollamadas, tantos sueños, para que al final, la primera vez que logramos vernos en persona, fuera también una despedida. Sin duda, esa fue la peor parte, porque estábamos renunciando a lo nuevo sin haberlo intentado, estábamos renunciando a la aventura, al desafío, al compromiso que exige toda relación.

¿Qué será de ti en los próximos años? ¿Volveremos a vernos algún día? Esas preguntas me ametrallaban la cabeza mientras me contabas, insegura, aquellos planes que por ahora sólo viven en tu mente. Te libraste de un mal novio, aquel que siempre envidié y terminé odiando, pero no te has librado de mis poemas, de toda esa ingenuidad que llevaba tu nombre y que todavía sale a flote en mitad de un naufragio inducido por la distancia y el tiempo, por personas que siempre se interpusieron hasta hacernos creer que nunca estaríamos juntos. Y supongo que lo lograron.

Luego, mientras sonreías distraídamente, sentí esa guerra inabarcable en el pecho y supe que tenía que conseguir una tregua

inmediatamente. Fue entonces que te besé. Y la paz reinó de nuevo en mi alma.

No quería hablarte de promesas, de segundas oportunidades, únicamente quería que supieras, en ese beso que me atreví a robarte —y que representa a todos los besos que quise darte tantas veces durante tantos días y noches—, que te estabas llevando esa parte de mí que siempre quise que te perteneciera y que, aunque pase el tiempo y nuevos paisajes se te dibujen en la mirada, nunca voy a querer que me devuelvas.

Nuestra despedida fue pausada, como robada a la vida y a la muerte. Ninguno de los dos quiso dar el primer paso que nos alejaría de manera irremediable, porque el primer paso al alejamiento es también el primer paso hacia el olvido. De haber podido, me hubiese quedado ahí, contigo, como quien rescata a una damisela en apuros de su propia desgracia, pero no pude, porque ni tú estabas en desgracia ni yo tenía nada que hacer ahí, así que me resigné como se resigna uno a pertenecer al pasado de otra persona, ahí, en ese recuerdo en el que se convierten los instantes, y que no es más que una cárcel del tiempo, de donde no podemos rescatar a nadie porque las cosas y las personas que pasaron no vuelven jamás al presente, y tarde o temprano son reemplazadas.

Te comenté que mi vuelo salía en una hora, que me esperaba más de medio día de viaje, y tú me dijiste que se te estaba haciendo tarde para volver a casa. Ese encuentro raudo resultó ser un sueño cumplido de manera tardía, pero por lo menos ya sé qué se siente tenerte entre mis brazos, a qué saben tus labios, y te tuve tan cerca que me pareció que todas aquellas vicisitudes que precedieron nuestro encuentro habían sucedido una tras otra con el objetivo de guiarme hacia ti. Pensé, dentro de esa ilusión que sólo tú me inspiraste, que toda mi vida cobraba sentido a tu lado.

Al dejarte en aquel aeropuerto, tuve la certeza de que sellaba para siempre esa historia a la que tarde o temprano iba a volver aunque sea para recordar que hubo un tiempo en que yo también perdí la esperanza, porque hoy finalmente la he encontrado. Eso es lo que rescato, lo que has logrado enseñarme.

Por eso me alejo, por eso te dejo crecer a solas, vivir a solas, para que encuentres tú misma esa plenitud que tanta falta te hacía. Vive por los dos, porque si volvemos a encontrarnos, verás en mí a alguien distinto al que dejaste en aquel aeropuerto. Verás a alguien con la voz y la mirada diferentes, porque el tiempo —y esta es una realidad inexorable—, me habrá cambiado para siempre.

El adiós que nunca quise darte

A veces me mirabas, sonreías
y era como si el atardecer más bonito
hubiese decidido adoptar la forma de tus labios.

He deseado tantas veces volver a aquel sitio,
llenarte las manos de flores,
la boca de sonrisas, el cuello de besos.

He amado tu cuello, ¿sabes?
Esta es una de las cosas que nunca te dije.
También tus mejillas,
tus pestañas, tus orejas.

Eras preciosa en aquel pasado
y hoy sigues siéndolo en mis sueños.

Te maquillabas apurada y a veces con calma.
Solías tener una manera de caer en la cama,
tan cansada, que ganas me sobraban
de acostarme a tu lado.

Luego veías el techo, suspirabas.
Yo sabía que la paz tenía algo que ver
con que me miraras a los ojos buscando respuestas
y me abrazaras sin mediar palabra.

Sabía que el amor nacía
cuando te acostabas en mi pecho,
cuando nos tomábamos de las manos
y el resto del mundo
nos dejaba en paz sin rencores.

Los días se nos hicieron largos,
las noches siempre demasiado cortas.
Vivimos encerrados en aquel invierno
de unos cuantos metros cuadrados
y viajamos a tantos lugares con un abrazo.

Claro que eso y casi todo lo que escribo
forma parte de la recreación de una vida a tu lado.
Nunca mis manos sostuvieron las tuyas,
nunca te vi dormir de madrugada,
nunca salí contigo a cualquier sitio,
ni quedábamos para vernos tras el trabajo.

Eso duele: saber que no exististe,
saber que no te tuve ni un segundo, siquiera;
saber que te quedaste detrás de mis ojos,
a una eternidad de distancia de mi boca;
que las palabras que dije nunca te llegaron
y que el viaje que soñamos se prolongó demasiado.

Todos estos recuerdos son tan ficticios
como el adiós que te di aquella noche,
como aquel café en el que nos conocimos,
como aquella playa en cuya orilla
descansa tu nombre.

Y sé que contigo hubiese sido feliz.
Sé que no me hubiese hecho falta extrañarte,
tampoco dudar si me creías
cuando decía que te amaba
porque lo tenías claro desde el principio.

Hoy he confirmado
que eres tan hermosa como imposible.
Quien te quiera lo comprenderá de inmediato,
tal como yo he llegado a hacerlo.

Y seguirás sonriendo allí por donde pases
y los hombres seguirán soñando con caminar contigo.
Tú serás tan libre como aquellas flores que te gustan
y adornarás la vida de quien sepa merecerte.
Seguirás floreciendo incluso en invierno
y el amanecer de tus ojos iluminará el mundo.

Este es el regalo de consolación que me queda:
mientras yo siga siendo capaz de escribir,
no hará falta la noche para abrazarte,
ni el calor de nuestras manos,
ni amar tu cuello,
ni verte dormir sonriendo,
ni echar raíces ahí
por donde tus pasos dejan huella.

Cerraré los ojos siempre que quiera
para traerte de vuelta y decirte, muy bajito,
sin que nadie pueda escucharme,
que esta vez no quiero despertar si no es contigo.

Contaré atardeceres con mi bolígrafo de testigo,
dibujaré nubes en el cielo, planetas en el cosmos,
y en aquella playa que nunca existió,
borraré tu nombre de su orilla
para que existas invisible,
escondida en mi suspiro,
tan perdida como cuando llegaste,
tan hermosa como cuando te quedaste
y tan triste como cuando te fuiste.

Aquí el adiós que nunca quise darte:
te quiero.

Echarte de menos duele demasiado
y ni tú ni nadie sabe cuánto es demasiado.

Asume que te quiero y yo asumo que me olvidas.
Yo firmo con mi muerte en vida
y tú con tu vida por delante.

Este es el trato irrompible y vitalicio.
Había demasiadas letras pequeñas
y te juro que no me había dado cuenta.
Tienes que creerme.

Dicen que la distancia
es un impedimento.
Pero yo nunca he sentido
a nadie tan cerca
como te he sentido a ti.

Heber Snc Nur



Una pausa a mi lado

En la distancia siempre estuvo el equilibrio.
Hacia allá caminabas escoltada de las nubes,
mientras yo soñaba,
y escondía mis esperanzas para que no las vieses
por si luego te parecía absurdo
que jugara a la ruleta rusa con tu sonrisa.

Tú siempre me has recordado
a las cosas tristes pero bonitas.
Por ejemplo, a un despertar en solitario
pero sin alarma
en un día en el que no hace falta madrugar.

Al café por la mañana y al duchazo de después
donde nadie viene a salvarme
porque les tiemblan los ojos al ver un fuego
que nunca arde y que aun así no se apaga.

A la esperanza caída,
a una pendiente inclinada
sobre el espejismo
de varios edificios en ruinas.

Eres eso que se ve, que se toca,
pero que nunca se queda.

Eres eso que se va,
una luz de paso,
un tren sin estación.
La bala perdida
de algún sicario

al que nadie le habló de amor.

Bésame en silencio,
clausura la herida
y el pragmatismo
del sentimiento
más incontrolable del mundo.

No te diré que te acerques.
Porque el que me quieras de lejos
también me sirve.

Sólo no olvides mirarme siquiera
en tu próxima excursión al infinito.
Yo me convertiré en destino,
si no para que te quedes,
al menos
para que hagas
una pausa
a mi lado.

Gracias por ser mi musa

Peor que no poder dormir
es dormir y no soñar contigo,
o soñar contigo y despertar sin ti.

Ese es un defecto que no controlo:
te llevo a todas partes
y nunca llego a tu lado.
O me llevas y nunca me traes de vuelta.

Muchas me preguntaron alguna vez
por qué te escribo,
qué tienes tú que no tengan ellas.
Es que siempre soñé con una herida
del color de tus labios.
Es que tu manera de herirme
me hace creer que mis poemas,
al menos
te sirven para algo.

Te escribo con miedo y anhelo,
con esa urgencia de las causas perdidas,
de remediar una derrota,
de poder llegar
a la cúspide de una montaña
y aun así no poder decir
que lo he logrado.

Te abrazo y despierto.
Te sueño y te pierdo.
Te busco y te esfumas.

Te quiero y me olvidas.

Gracias por ser mi musa.

Eres la manera más cruel
que tiene la vida
para quitarle las alas
a un poeta.

Tan ajena como hermosa

Si te miro, aun si es de lejos, puedo sentir esa magia de la que hablan siempre, esa sensación de ver al mundo encenderse en un espasmo encantador. Eres así de bonita, así de intensa; por eso quizá me parece que las calles esconden tu nombre por miedo a extinguirse. No me costaría reconocerte en cualquier parte del mundo. Tú eres real, como esos sueños que se me graban en la piel y la mente, formando parte de un pasado que nunca ha existido. No sabría decidir lo que siento, o lo que me haces sentir, si eres de esas mujeres que hacen sentir de todo. Y debo admitirlo: a veces temo encontrarme contigo y no estar preparado para poder tenerte. Temo no ser suficientemente valioso para merecerte o de no tener las palabras adecuadas para dirigirme a ti. Si me miraras con atención quizá pudieras encontrarte con esa sonrisa rota que a veces menciona tu nombre entre susurros, entre ecos que se pierden en la penumbra en la que se ha convertido mi vida desde que supe que eres tan ajena como hermosa. Pero yo también existo en tu vida, quizá como el personaje secundario de tu historia, pero soy real. Tal vez soy ese sujeto invisible que te observa en silencio con anhelo y nostalgia, pero aun con todo, si me mostraran otros paisajes, no dudaría en negarme a dejar esos ojos encantadores que tienes, aun si tengo que resignarme a callar para siempre, aun si tengo que limitarme a ver tu figura marcharse de mi vida como una promesa que nunca tuve el valor suficiente para cumplir.

Sueños que valen la pena

Había albergado una esperanza durante mucho tiempo, y no me hubiera atrevido a perderla por un simple capricho o cobardía, pero aquella tarde presumías un semblante hermoso y tu mirada me dijo que ya era hora. El sol apenas bostezaba su luz y las nubes cubrían el cielo de gris. Era un día frío, y si mal no recuerdo, me esperabas sentada con una sonrisa. Me acerqué sintiendo el pecho vibrar de emoción y no pude evitar reír. Reír de alegría, de miedo y anhelo. Nunca había aspirado a nada que no fuera un amor de esos que pintan en las novelas clásicas románticas y, para entonces, había intentado construir un castillo aun con el temor de que tarde o temprano fuera a caerse.

Sin embargo, cuando te vi, me pareció que el mundo había conspirado a mi favor. Sentí esa adrenalina en el pecho y al tomar tus manos pude comprobar tu pulso en mi piel. De tus labios emergía un encanto que sólo había experimentado en sueños y de pronto, casi sin darme cuenta, estaba a un par de centímetros de tu boca. Te miré a los ojos y me perdí en aquel negro infinito de tus pupilas. Por un momento me pareció que respirábamos el mismo aire. Los hubiera rozado, de no ser porque sentí un impacto en la mirada, un golpe burlón de la vida que hizo que despertara de inmediato. Maldije el momento preciso en que abrí los ojos con la amarga certeza de que había desaparecido y de que tus labios formaban parte de un sueño que se había acabado.

He escrito esto para que lo sepas. Algunas cosas sólo pueden soñarse. Pero existen sueños que valen la pena, la alegría, e incluso el amargo sabor de saber que no van a cumplirse. Te quiero. Algún día serás mi sueño cumplido.

La mejor decisión de mi vida

Sin ti estas ganas se quedan vacías. Sin ti el resto me parece un paisaje demasiado triste. Pero, oye, quiero decirte que te quiero. Todavía no sé por qué lo hago si sé que al final voy a terminar como siempre: mordiéndome la conciencia y buscando primeros auxilios urgentemente para una herida más de esas que duran casi toda la vida. Pero eso es lo de menos. Ahora quiero dedicarte mi tiempo, porque sé que lo que suceda después va a valer la pena.

Hoy he amanecido con ganas de mirarlo todo de una forma más optimista y bonita, por eso ahora pienso en ti.

Sonríe, porque eres preciosa, y porque es hermoso notar que el sol no es lo único que alumbra de día. Sonríe porque voy a estar contigo siempre, tomándote de la mano y demostrándole al mundo que todavía existen los amores por los que vale la pena arriesgarse.

Hoy no estás aquí pero no me siento solo.

Sé que estás leyendo esto y quiero decirte que te ves preciosa cuando lees. Que, estando en silencio, haces que el mundo se detenga y, cuando hablas, el tráfico se silencia. Sí, es lo que causas sin darte cuenta. Pero, ¡eh!, sigue leyendo, que todavía tengo algo que decirte.

¿Puedes imaginar lo que pensé cuando te conocí? Que podría jurar que antes no había conocido a otras chicas. Mira, tú haces que me pregunte dónde has estado toda mi vida, o por qué no te encontré antes. Y ya, ya sé que puedes pensar que eso es algo cliché, pero no contigo. No si eres tú la razón por la que pienso que también vale la pena que las cosas nos salgan mal de vez en cuando, siempre que las afrontemos juntos.

Tú me pareces una puerta de escape que dirige hacia todas las respuestas para las preguntas que tenía. Y mira, al final la ecuación ha resultado favorable: somos tú y yo, mirando al mundo como se mira a una vida que promete ser única.

Ojalá estuvieras aquí para abrazarte. Ojalá algún día se reduzca esta distancia. Mientras tanto, no olvides que te quiero, y que eres la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Una herida latente

Me dolía ahí, en ese lugar
donde se acumulan las distancias
de dos ciudades
que nunca se conocieron.

Me dolía arañándome
y sonriendo tan ampliamente
que por momentos yo también
me olvidaba de estar triste.

Pero me dolía, ya sin dolor ni gritos,
ya sin ser consciente de haberse
convertido en una ausencia tan profunda.

¿Fue una guerra el amor?
¿Por qué la trinchera de querernos?

Pero en estas lides no hubo armas,
sólo caricias abstractas, de humo;
no hubo uniformes ni cascos,
tan sólo sonrisas por fotos;
no hubo amenazas ni invasiones,
sólo promesas y perdones.

¿Por qué el dolor, entonces?

El golpe más fuerte es el de una caricia
que nunca sentimos;
la peor oscuridad, la de una farola apagada;
el frío más cruel, el de un sol que no calienta;
el calor más fuerte, del agua tibia.

Por eso tal vez me dolía,
por no verla,
por no abrazarla,
porque lo que nunca supe
fue lo que más quise saber:
no tanto qué se siente tenerla,
sino qué es lo que se deja de sentir.

Y puedo estar seguro
de que se dejan de sentir los miedos,
las ansias, las penas, la soledad,
los futuros inciertos,
tanta tristeza…

Pero nunca lo supe porque nunca vino,
y me sigue doliendo
como si se hubiese convertido en una herida
que nunca se cierra por completo…

Te vi primero en un libro.
Quizá por eso los escribo:
para no perderte,
para encontrarte siempre.

Heber Snc Nur



El primer salvavidas

Ha sido otro día de esos, cariño. Creo que a estas alturas ya debes saber de lo que hablo. Ha sido un día en donde pongo las cartas sobre la mesa sin saber ya qué movimiento hacer, qué rumbo debo tomar, adónde ir. Porque todas las oportunidades que he tenido las aprovechó alguien más; todos los rumbos que he tomado son caminos en círculos; aunque eso no es lo peor, porque lo peor es que sé que quiero ir contigo pero te encuentras lejos.

A veces deseo despertar en la mañana a tu lado y darte un beso de esos que hagan que mi vida sea un tanto más interesante. Ya estoy harto de desayunar a solas, de esperar ver el resplandor de un amanecer que nunca podrá iluminar nuestras sombras caminando una al lado de la otra. Desde ya las posibilidades eran irrealizables. Las partes bonitas que me han tocado vivir resultaron ser barcos con demasiadas grietas. No sé si me entiendes. Que yo siempre supe que detrás de todas las mujeres que conocí en mi vida iba a haber alguien que me haría pensar que apenas estoy conociendo al mundo, aunque no sabía ni quién era, ni de dónde venía, ni qué iba a ver en mí, estando tan roto, pero de por sí supe que se merecía todas las canciones bonitas que pudiera dedicarle a alguien.

Luego te conocí y comencé a entenderlo. Creo que, de algún modo, todos merecemos la oportunidad de volver a sumergirnos en el mar de la esperanza con salvavidas.

Y entonces lo supe: nada fue lo mismo. No es que sea un romántico, es que es la verdad. Porque me di cuenta de que incluso cuando escribía necesitaba pensar en ti para asegurarme de que estaba haciendo algo bonito. Has llegado para perfeccionar el arte y darle algo de sentido al nuevo rumbo que he tomado al mirarte completa, cuando decidí aferrarme a tus caderas como un suicida se aferra al borde del precipicio de una esperanza que le abandonó

hace tiempo: con esa desesperación que inspiran las cosas más bonitas y pasajeras del mundo.

Que no sé si todo esto será para siempre pero mientras nos dure estoy dispuesto a que se sienta infinito. Que los poemas que escribí cuando tenía quince no son ni la mitad de aceptables que los que escribo ahora si se te da por sonreír. Quizá todos mejoramos en algo con la práctica, pero yo mejoré con alguien, que fue contigo, y cuando me mirabas me sentía capaz de perdonarme los errores que cometí, en especial ese de no saber decir «quédate» a tiempo. Y entonces sonreír ya no me dolía tanto.

Con otras mi vida ha sido siempre un naufragio, lo sé porque tus brazos fueron mi costa y tus labios esa segunda oportunidad que me dio la vida para remediar las circunstancias. Yo no creía en la magia, ¿sabes?, pero bueno, aquí me tienes, intentando detener el tiempo cuando te abrazo. Y qué puedo decirte, eres el primer salvavidas que conozco en persona.

Al borde del precipicio

Ver con tristeza a alguien que es feliz en cualquier parte, es bastante desalentador. Yo a veces la miro, y ella sonríe siempre, como si no supiera que en algún otro rincón del planeta todavía existe un rastro doloroso que dejó tatuado en la sonrisa de un hombre que, cada vez que la recuerda, se rompe un poquito. Sólo me queda desviar la mirada y alejarme, mientras me pierdo en aquel laberinto de silencios cuya traducción sólo pide auxilio. Desde entonces estoy al borde del precipicio, esperándola. Han pasado días y cada vez me llevo peor con la distancia.

Por inercia

Siempre quise ser tu primer suspiro,
tu cita de más tarde, tu canción favorita;
siempre quise que al mirarme lo supieras:
que estaba más cerca de tu vida que de la mía.
Siempre quise obtener aquel sí que no le diste a nadie,
ser ese alguien al que no quisieras dejar nunca.
Siempre quise que rompieras tus esquemas conmigo.
Que el «jamás» y el «siempre» se esfumaran de repente,
y que los miedos de toda tu vida se fueran con ellos.

Siempre quise que supieras
de este anhelo casi enfermizo
de sacarte de una foto y traerte,
de besarte los labios hasta el alma;
de poder tocarte y tenerte,
para demostrarte de ese modo
que tenías un parecido irrefutable
con la mujer de todos mis sueños.

Y que tenías edificios palaciegos bajo los párpados
y que tus pestañas eran cobertizos
para esos dos agujeros cuyas pupilas
se dilataban con la oscuridad adecuada.

Que tenías notas musicales en las yemas
que hacían bailar mis instintos al tocarme.

Que tenías el norte en los pies,
alas en los brazos
y cuando volabas a mi lado

yo siempre besaba el vértigo.

Siempre quise decirte que me hundía
cada vez que no te encontraba cerca.
Que el cerca contigo nunca me pareció suficiente
ni mil vidas a tu lado, aunque solo tuviera esta.

Que tenías unos ojos atardecer de verano
y unas manos viento de invierno;
que tu boca era un eclipse violento
y tu caminar un despertar constante.

Que tus caderas eran un vaivén infinito
y tus piernas dos toboganes a mis sueños;
que tenías el pasado flotando en el aire
y el futuro a rastras como una sombra.

Siempre quise decirte que «hermosa»
te quedaba muy corto
y que tu imposible me quedaba muy grande.

Yo, que nunca tuve más amor que el propio
—y que aun así nunca tuve el suficiente—,
supe al mirarte que te amaría
más allá de mis límites constantes.

Te amé misteriosa porque sólo en el misterio
se encuentran verdades que llevan a otras verdades.
Y esta vida que no te cabía en las manos
bailaba con las mías en la curva tu espalda.
Y el descender de tu espalda besaba el cielo
de ese cielo que encerraba el paraíso.
En este mundo donde todo es relativo
te quise por ser absoluta.

Siempre quise que supieras
de este pedir deseos a las estrellas

y de todos los deseos que se cumplían al mirarte.
De esta nostalgia que me comía por dentro
y de todo este vacío que te pedía de vuelta.

Y tu sonrisa precisa y preciosa
para la que no parecía haber imposibles,
me golpeaba luego de cada despedida.

Y tus lágrimas de terciopelo líquido,
derramándose como pago de una multa injusta,
me recordaban las veces que no debí dejarte.
Y te callabas porque sabías que en el amor
siempre duele más el silencio que la distancia.

Te quise tanto como me odié por herirte
y me heriste poco para las promesas que te hice.

Fueron perdones mutuos y alejamientos previstos,
fueron atisbos de reojo y tentaciones a volver,
a repetir el ciclo de este círculo vicioso
como dos amantes que nunca entienden
una lección a la primera (ni a la segunda).

Hoy que te he perdido no sé si el pasado que dejamos
algún día podrá perdonarme,
lo que sí sé es que a este norte que me queda
le faltarán tus manías y le sobrará mi miedo.

Siempre quise que todo fuera distinto.
Pero solemos arrancarnos de cuajo a las personas
olvidando que eran parte de nosotros.
Será por eso que la inercia nos dicta
una ausencia irreparable en el pecho.

Pero qué podemos hacer al respecto
en este camino sin salida ni retorno.
A veces, también por inercia,

elegimos terminar en pedazos
a terminar juntos.

Nunca fuimos un error

No lo llames error
ni pérdida de tiempo,
si cuando dos se quieren,
dan siempre en el lado correcto,
aun si el mundo está de cabeza,
aun si nada tiene sentido.

Cuando dos se quieren
y lo hacen con fuerza,
sobran motivos,
sobran pretextos,
se recomponen historias,
la vida vuelve a tener sentido.

Tú y yo
nunca estuvimos
del lado equivocado.

Alguien que te quiere

Te escribo esto para que sepas que te extraño, y que no he encontrado otra manera de decirlo sin que me atore con las palabras que escribiendo. Porque, mira, hemos pasado cosas bonitas juntos, pese a que no estamos cerca. Hemos reído, llorado, literalmente, y eso, créeme, no lo hago sino con quien considero que tiene mi total confianza para conocer esa parte de mí que no tiene máscaras. Que sepas que tú eres la parte bonita de mi vida y, aunque no he tenido esperanzas, terminé encontrando un alivio contigo lejos de lo que tanto me agobia.

Por eso hoy me entristece que no hablemos. No han pasado tantos días como la última vez pero igual me parece que con cada ausencia le aumentamos varios kilómetros a esta distancia que de por sí ya nos separa demasiado. Te quiero. De poder, lo repetiría toda la noche, y lo sabes. Y extraño ver tu sonrisa, y todas esas manías curiosas que tienes y que —lo sabes bien— haces que me inspiren una ternura infinita y desee abrazarte y no soltarte nunca. Cuando escucho tu voz es lo que pasa exactamente, por eso por las noches duermo abrazando la almohada imaginando que eres tú, y ya no me siento tan solo. Sé que no quieres que te hable de «para siempre» o «nunca», porque las promesas que hacemos casi nunca suceden y casi siempre rompemos; pero, oye, eso no evita que casi siempre sueñe con un futuro a tu lado y casi nunca deje de esperarlo.

Es curioso todo lo que puedo escribirte sintiendo que a veces desfallezco en el intento. Si te lo preguntas, pues sí, he dejado escapar algunas lágrimas, y nunca me siento tan vulnerable como cuando lo hago, porque no tengo nada que esconderle ya a nadie, y porque ni siquiera yo me creería si digo que no me importa que pases por alto esto y te encierres en otro de esos silencios que odio más que nada en el mundo.

Te extraño. Sé que a veces las responsabilidades reclaman la mayor parte de tu atención y lo entiendo, pero no te olvides de que aquí hay alguien que te quiere como si fueras su canción favorita, aunque duelas. ¿Sabes? Todavía guardo la esperanza de decirte algún día todo lo que siento mirándote a los ojos.

Utopía

Háblame de ti, de cómo ahora sabes sonreír sin recordarme. ¿Eres feliz? Lo veo y parece que sí. Quiero pensar eso. Que los recuerdos no te duelen, y que la tristeza pierde su efecto si te encierras en tu refugio. Háblame de cómo es que aprendiste evadir los argumentos de la nostalgia. Y si, de existir, yo también podría aprenderme el truco de cerrar los ojos por las noches y no imaginar una vida contigo. O imaginar la vida que abandonamos.

Porque hoy tengo tiempo de sobra; es de noche y es precisamente en las noches cuando cometo uno de esos errores que tienen consecuencias múltiples: guardo silencio y rescato tu nombre. Te rescato de entre todas las que vinieron contigo y nunca supieron igualarte. Te rescato, pero yo me pierdo. E ignoro cómo es que de pronto me encuentro en mitad de un océano de preguntas que, de ser respondidas, no van a arreglar nada. Entonces la esperanza viene a ser como un barco lleno de agujeros, uno de esos engendros emocionales hechos a la medida para los mediocres sentimentales. Mira, se siente bien estar en el altamar de mis temores, si no pierdo de vista la luz de tu recuerdo. Parece triste, sin embargo, que en esta realidad me sea imposible dilucidar por completo mis deseos. Por eso háblame de ti. Dime qué me hace falta, porque yo sé lo que necesito, pero lo que necesito eres tú y sé que tú eres una maldita utopía: nunca voy a alcanzarte por mucho que vaya a por ti y te proponga cerrar ciertos capítulos para comenzar nuevas historias.

Porque tú ya tienes a quien te dedique poemas, y él, contrario a mí, no necesita escribirte para hacerte vivir la magia de las cosas más bonitas que existen. Es comprensible que lo hayas elegido como tu refugio favorito; es el más seguro, donde te encierras cada vez que los recuerdos llaman a tu puerta, y de donde yo jamás podré rescatarte por mucho que vaya a tu encuentro. Porque eres una maldita utopía. Te vas más lejos mientras más me acerco.

El clima se amolda a mi tristeza

Ya no me importa si has decidido querer y abrazar otro libro antes de comenzar a leerme un poquito. Si miro a través de la ventana ya no encuentro tu casa en el horizonte. Quizá hasta mi vista se ha nublado de tanto mirar imposibles. Ha hecho mucho frío últimamente, como si la soledad controlara el clima. Me entiendes, ¿verdad? Hay quien todavía me dice que debo disfrutar la vida, pero yo me limito a pensar, tal vez de forma absurda, que si no estás no tengo razones por las que dejar de estar triste. De vez en cuando —lo admito— me sorprendo de lo iluso que puedo llegar a ser, sobre todo cuando imagino que con cerrar los ojos conseguiría olvidarte. Pero, eh, yo ya estoy harto de huir. Si te quise fue porque me pareció la manera más bonita de ser herido. Y ya no me importa, en serio. Quererte a distancia me hizo desearte cerca. Pronto será Navidad y todavía no te he dado un abrazo de esos que nos abriguen lo suficiente. La última vez que hablamos prometimos que no nos íbamos a dejar solos ni un momento. No me gusta esta realidad en la que vivo. He visto tu sonrisa las veces suficientes como para entender que jamás la utilizarías para decir que me quieres.

Mi manera de decir que te quiero

Oye, vengo a decirte que a veces no se me ocurre otra cosa por hacer que imaginar que llegas, me abrazas y terminas con esta soledad de golpe. Y que si decides quedarte yo volvería a creer en la magia.

Está bien, puedo ser un tanto iluso, pero sabes perfectamente que tú me inspiras a sacar todo el romanticismo que pueda quedarme. Por eso te quiero. Porque si quiero escapar de la soledad sólo tengo que aferrarme a esa esperanza de besarte la sonrisa algún día. Y que ojalá aquel día sea invierno. Y que ojalá aquel invierno sea para los dos juntos y para nadie más, porque si me pongo a pensar en la felicidad que tendría a tu lado se me da por ser egoísta con el resto.

A veces me parece que el amor sería más bonito si pudiera verlo a través de tus ojos, ¿y sabes qué?, no creo estar equivocado. Porque ninguna tiene tu mirada, ni tu sonrisa, ni esa forma de quitarme la tristeza del interior, que es donde más se esconde.

Al mirarte se me da por imaginar aquel día y las ganas que tendría de ser tuyo y de ese romanticismo que nacería en mí si me dejaras tomarte de la mano, acariciarte, abrazarte como si me aferrara a esa posibilidad de tener un mundo nuevo juntos. Porque estoy seguro de que contigo las cosas se reescriben y todos esos errores del pasado se quedan detrás de la barrera del tiempo.

Porque eres la contradicción a tanta negatividad y porque en ti he encontrado los mejores paisajes del mundo, y estar a tu lado es lo mismo que estar en el lugar correcto. Eres mi vida. No tienes ni idea la falta que me hacía dar con un refugio tan hermoso. Te quiero porque sólo así puedo sentir que por fin hago algo que vale la pena en la vida. Me hago un favor al rescatar a ese yo que todavía cree en las cosas bonitas. Bonitas, como tú.

Yo todavía te espero

Ha sido un día gris, como todo lo que ha llegado últimamente a mi vida: los ánimos, las cartas, los abrazos y las sonrisas de quienes hasta hace un tiempo consideré amigos. Si quieres que te sea sincero, hoy te he extrañado más que nunca. Hay una parte de ti que sabe cómo lidiar con este desastre de persona que soy, y quiero apelar a esa parte porque siento que eres el único lugar del mundo en donde no me sentiría un extraño. Tengo la necesidad de hacerte saber que, si no estás aquí, siempre va a ser invierno. Que, si me faltas, y ya no sabría cómo quedarme a lidiar con los demonios de tanta melancolía.

A veces camino por la ciudad sin rumbo, como esperando encontrar alguna calle que termine a las puertas de tu casa. «Si fuera tan fácil —pienso— hace tiempo que nadie me hubiera vuelto a ver por aquí». Esa es mi versión de la historia, una que está llena de la urgencia de querer verte cualquier día para saber que aún puedo escapar de este agujero; una llena de todo cuanto puede desear alguien como yo, que es todo lo que puede ofrecer alguien como tú. Buscarte como para encontrarte y terminar sintiéndome doblemente solo es la manera más dolorosa que tengo de querer a alguien.

Yo estoy hundido, al fondo; soy aquel suicida que tienta primero el lugar del crimen antes de cometerlo. Y quiero escapar cuanto antes. Dejar de estar perdido e ir al encuentro de tus brazos.

Y lo admito, yo estoy perdido. Lo estaba antes de conocerte, pero fue justamente eso lo que me indujo a ver la otra realidad de las cosas: una realidad que sólo tú sabes pintar, aquel lienzo que enmarca el paisaje más bonito del mundo y que, precisamente, se esconde en tu sonrisa. Yo todavía te espero. Porque tú eres lo más bonito que encontré cuando ni siquiera estaba buscando nada.

El último en tu vida

Sé que hay muchos que te han visto como si tus brazos y tus labios fuesen un laberinto y han deseado perderse en ti con la esperanza de no encontrar la salida. Ojalá que aquellos que te ven caminar por la calle no crean en el amor a primera vista. Soy consciente de que no soy el primer chico que conoces, ni el único que ha visto en ti todo lo que a veces decides pasar por alto cuando hablas de ti misma, pero puedo ser el último, si quieres.

Puedo quedarme escribiéndote a ti todo lo que no le he escrito a nadie; hacer que las demás mujeres te envidien; convertirte en la octava maravilla del mundo y destruir las otras siete. Yo no sé si eso sería suficiente, sólo sé que necesito hacerlo porque hay algo que me dice que eres la única buena decisión que tomaría en mi vida. Que necesito refugiarte en todo lo bueno que queda en mí, que soy más cicatriz que persona, porque tú has logrado materializar mis expectativas sobre alguien y superarlas todas. Contigo quiero permitirme lograr sueños que hasta hace un tiempo consideré obsoletos; que convirtamos el mundo en un lugar más bonito y que, al mirarnos, la gente vuelva a creer en el amor.

Mira, sé que no soy el primero que se propone una vida a tu lado, y que tú tienes miedo de salir herida, pero podemos ser incluso la contradicción a nosotros mismos, e intentar ser felices y extraer de nosotros lo mejor que podemos ofrecer para que nuestros planes funcionen. Quiero estar contigo para rescatarte de ti misma y darte todo lo que nadie fue capaz de ofrecerte por no saber que lo valías. Quiero demostrarte lo que estoy dispuesto a hacer por la vida que me propongo llevar contigo. Podemos convertirnos en la prueba de que los sueños tarde o temprano ceden un poco y se cumplen. Podemos ser todo eso, si quieres. Incluso si soy el último en tu vida me parecería que por primera vez llego a tiempo a alguna parte.

Un sueño de colores

Estoy pensando en ti, en cómo sonríes cuando digo que te quiero, y en cómo sonreirías si te dijera que quiero que mi vida termine ahí donde comienzan tus sueños. Tus planes. Nuestros, a fin de cuentas. Miro al mundo guardando silencio; lo que yo piense sólo tendrá valor cuando seas tú quien me escuche, porque lo que pienso siempre tiene que ver contigo. Quisiera decirte que me gustas así, llena de todo eso que para muchos es invisible, con tus manías, tu ternura; esa alegría que contagia y esa forma de ver la vida que enamora. Me gusta también tu sonrisa de niña. Tus celos cuando te hablo de cualquier amiga. Mira, tú me encantas. Creo que eso lo resume todo. Me encantas como puede encantarme la poesía, porque creo que no hay nada más bonito que el saber que existes y que también me quieres. Te lo digo ahora, cuando estás lejos, porque tengo la seguridad de que una vez cerca todos mis sueños van a estar a la altura de tus labios y tu mirada. Es como un sueño de colores en un mundo de grises. Me gusta el contraste. Estoy pensando en ti y te juro que el mundo, el resto: eso que no importa y que no tiene nada que ver con nosotros, simplemente desaparece.

Un grito de auxilio

La esperanza eres tú y tus formas, que cualquier mujer envidiaría y a más de uno le encantaría tener en sus manos. Tú estás lejos, y tan cerca tu nombre, que de poder le daría un abrazo si no fuera más que el mapa de un laberinto sin salida. Date cuenta, cariño, de que a veces sólo necesito imaginar una realidad en la que cualquier camino me lleva a tu casa. Una realidad en la que tú me buscas y yo me dejo encontrar porque llevo ya mucho tiempo esperándote para preguntarte en dónde has estado toda mi vida, y que tú respondas que has estado siempre conmigo pero que no te he visto porque les tenía demasiado miedo a los precipicios.

Es que, mira, tú eres lo suficientemente hermosa como para que a cualquier hombre se le dé por suicidarse en tu boca. Y sí, puede que a veces la esperanza me venda verdades demasiado baratas, pero así es cuando uno cree en cosas que no existen y sin embargo están ahí, como una insistencia a la locura. Que yo necesito verte, tocarte, poder presenciar la materialización de lo abstracto. Que te quites de mi mente y vengas a mis manos.

Así que no sonrías si algún día te miro a los ojos y te digo te quiero, porque esa es mi manera de pedirte que me rescates; es un grito de auxilio desde mi interior, que es donde más estás y donde, irónicamente, más me haces falta.

Conocí el amor contigo

Tengo una obsesión con tu nombre. De repente salgo a caminar y se lo pongo a cualquier chica que vea, como queriendo lograr que alguna voltee y me mire de esa forma que tenemos algunos para decir que vamos a quedarnos para siempre. Luego lo pienso y me parece absurdo, porque ninguna camina como tú, ni tiene tus gestos, ni el color de tu cabello, ni tu forma de hacer bailar al viento con tu falda.

El mundo es bonito porque estás. Mira, yo creo que deben ponerle tu nombre a todas las ciudades que existen. Ponerlo en las esquinas señalando las calles para evitar que alguien se pierda, o ponerlo, también, como advertencia, para evitar que alguien te encuentre. Porque eres mía. Mía y de quien sepa verte de esa forma en la que miran los que ven un atardecer en la playa por primera vez. De quien sepa escucharte los silencios y entienda tu sonrisa. De quien te quiera sabiendo que eres de esas mujeres que están en peligro de extinción. Pero, sobre todo, eres mía y de ese futuro que le cuento al silencio cuando susurro tu nombre por las noches. Un futuro en el que caben todos los planes que tengo contigo.

Te quiero, de eso estoy seguro, porque ya no pienso en otra cosa que acabar con todos los kilómetros que nos separan. Porque ahora miro el atardecer a través de tus ojos. Te miro como aquel que ve el mundo por primera vez y cree que la magia existe cuando sonríes y haces que mirar a otra parte sea igual a despertar de un sueño en el que me hubiera gustado vivir para siempre. No todas tienen esa facilidad, créeme.

Si me miras me convierto en ese niño que pide un deseo hasta que entiende que el amor es ese sentimiento que conoces con alguien y no logras olvidar con nadie. Yo conocí el amor contigo, y tiene tu nombre. No quiero conocer a nadie más.

Donde comienzas tú

A mí me gustas así, sideral, misteriosa,
callada, franca y celosa.

Me he acostumbrado a tus silencios esporádicos,
al devenir instantáneo de tus facetas
y no quiero cambiarte ni siquiera
el malhumor con el que te levantas.

Tengo planes a tu lado, aspiraciones de un aprendiz
que va descubriendo las líneas que dibujan
el contorno de tus caderas, tu talle ceñido a mis brazos
y aquella profundidad que cabe en un par de ojos
que miran y observan y que ven siempre
más allá de lo que uno es capaz de concebir.

Sé que me he tardado en decirlo, y lo siento.
La cobardía ralentiza con frecuencia mis planes;
pero hoy contigo sé que el arriesgarme
siempre será la decisión correcta,
así que vamos a comernos el mundo,
a encender las farolas de día,
comer helados de noche;
jugar en el mar y armar castillos de arena;
iremos al campo y rodaremos por las laderas,
alzaremos los brazos al cielo
y todo lo que señalemos te juro que será nuestro.

Iremos adonde tú quieras y haremos lo que tú quieras.
Conoceremos los centros turísticos
de esta y todas las ciudades que se nos antojen.

Cuando haga frío pasaremos las tardes abrazados,
viendo las series que tanto te gustan,
o las películas que me traen loco.

Prepararemos nuestra comida favorita,
y al amparo de una taza de café caliente,
veremos a la gente caminar a través de la ventana.

Te recitaré poemas al oído, cuando estés tan cansada
que tengas las ganas por el suelo y a mí me toque
ser quien te dé la dosis perfecta de arrullo,
entre susurros, a un par de centímetros de tu oreja.

Y cuando se haga de noche, en una de esas de verano,
te prometo que saldremos a caminar hasta tarde,
iremos hasta aquel rompeolas que tanto te gusta
donde nos miramos a los ojos una eternidad,
donde también nos dimos nuestro primer beso.

Les pediré varios deseos a las estrellas,
acumularé calor para el invierno,
materializaré tu mirada
y rescataré del fondo del baúl aquellas fotos
de nuestros primeros días tonteando
cuando no éramos nada más
que el plan espontáneo de Cupido.

Querida, sé que el futuro cabe en tus ojos.
Que si te miro me convierto en niño o en adulto.
Todo depende del precio que le pongas a mi inocencia
y me despojes del pudor que más de una vez
detuvo mis sueños contigo.

Soy consciente de que tienes nombre de tormenta,
pero lo cierto es que en ningún otro sitio
he encontrado una calma tan bonita
como la que tengo cada vez que estoy a tu lado.

Es cuando descubro que mi búsqueda termina
donde comienzas tú.
Y luego ya no quiero marcharme.

Un títere con tendencia suicida

Te he besado más veces estando lejos
que teniéndote cerca.

Si me faltas,
todo este sentimiento se desborda.

Te abrazo fuerte la sombra
y me desvanezco en un rincón
mientras no me miras.

¿En quién te conviertes, cariño,
cuando el amor nos pierde de vista?

Nunca supe entender del todo
la relación que había entre quererte
y tener un poco de tu atención por la mañana,
tu ilusión por la tarde
y tu desinterés por la noche.

Amor, si te callas luego yo no me escucho;
me ato las manos y me araño
varias veces la misma herida.

Debes pensar que estoy loco,
pero soy poeta,
no creo que haya otra explicación.

Soy poeta y puedo ver el vacío que dejas
cuando sonríes y no es por mí,
puedo oírte tararear una canción a solas,
pensando en cuantos chicos

que no tienen mi nombre, ni mis ojos
y que no saben qué música pones cuando lees,
ni cuántas veces te equivocaste de camino
por creer que era el correcto.

Debes saber que esperar a que vuelvas
sin que te hayas ido
es lo mismo que mirar a la soledad a los ojos
e intentar reír sin ganas, sin esperanza…
sin ti.

A ver cómo me enseñas a desenamorarme
de tu forma de hacerme daño,
de esta ilusión de pesadilla que, a diario,
me dice que entre tú y yo
aún puede haber algo bonito.

Yo te quiero,
y aunque sé que nunca sentirás lo mismo,
aquí me tienes: un títere con esa tendencia suicida
de saber que de ti sólo obtendrá balazos en el alma
y que aun así sonríe y se deja llevar
para recibir los impactos
con los brazos abiertos.

Así de bonita eres

Tengo una conversación contigo que no quiero borrar para releerla por mil veces. Y sonreír como un soñador que sabe que hay recuerdos que le hacen más feliz que cualquier otra cosa. Tengo contigo un futuro trazado con manos de pianista, porque cuando pienso en nosotros a mí me suena como a música.

Me gustas porque si sonríes adelantas la primavera y haces felices a las flores. Porque con mirarte olvido que en el mundo pasan cosas malas; la soledad de pronto se queda sin palabras y se marcha porque se da cuenta de que no tiene nada que hacer con nosotros.

Los grandes compositores me hubieran envidiado por dirigir la orquesta de tu risa, que es la mayor declaración de guerra contra la tristeza. Suena a todas las cadenas rompiéndose, como si tus labios gritaran la libertad que me falta. Yo también creo que las canciones románticas están inspiradas en ti, sobre todo las de James Blunt, o las de Jason Mraz, porque encajan contigo.

Y ya sé que la perfección no existe, pero tienes una forma de sonreír muy parecida. Y tu manera de caminar, porque por ahí donde pasas nacen flores. Me gustas porque los hombres te miran como si miraran un milagro, como si por fin todas las preguntas tuvieran respuestas y las respuestas un sentido. Y si a veces lloras, la ciudad se silencia, porque comprenden que algunas personas necesitan un espacio para ser ellas mismas. Así de bonita eres.

Me gustas porque eres sencilla, y eso te hace preciosa; para mí, la mejor de todas. Así que, dime, ¿cómo haces para estar allá y aquí al mismo tiempo? ¿Cómo así, de pronto, me veo rodeado de tus brazos? ¿Cuál es tu magia? ¿Cuál es tu esencia? Pero no dejes de hacerlo, por favor, aunque no sepas qué es lo que haces.

Vamos a intentarlo

Explícame por qué me parece que todo lo que he conseguido hasta ahora es la suma innecesaria de algo que no me sirve si no estás para demostrarme que vale la pena. Sin ti todo lo que tengo es material para el olvido. Déjame abrazarte. Déjame sentirte. Déjame, que esta desesperación me convierte en pasto para el fuego. Déjate querer. Abre los brazos: encajemos. Olvídate del resto, no debe interesarnos. El pasado es una caja llena de recuerdos que sólo hace demasiado espacio. El futuro, en cambio, es un paquete sellado, lleno de cosas por descubrir. A tu lado, estoy seguro, lo que venga tiene que ser bonito. Vamos a intentarlo, corazón. Voy a rescatarte, vamos a hacer lo que te dijeron que era imposible. Estar juntos, por ejemplo. Vamos a romper los límites, que al mirarnos sientan no poder ser como nosotros. Seremos el ejemplo a seguir de los soñadores. Vamos a despertar los miedos de quienes nunca quisieron creer en nuestra esperanza de estar juntos. Puedo imaginar mi vida contigo, porque, de hecho, es lo que hago todos los días cuando miro tu sonrisa y la sonrisa de otras se convierte en una imitación barata. Va a ser maravilloso, porque en todo este tiempo he aprendido que querer a alguien puede reconciliarte con todo lo que has detestado de ti mismo. Oye, después de esto, yo ya no me caigo tan mal.



No fuimos
cuestión
de tiempo;
fuimos
cuestión
de espacio.

Heber Snc Nur

Darle la contra al mundo

La gente te llama error,
yo te llamo casualidad;
ellos me dicen déjala,
y yo me ofrezco a acompañarte
por más tiempo;
mientras ellos te miran,
yo te miro,
y mientras ellos te envidian,
yo te admiro.
Quizá eres tú la que hace
la realidad más bonita,
o quizá soy yo el obstinado.
Pero qué importa.
Al fin y al cabo,
el amor es una locura.
Y enamorarse casi siempre requiere
darle la contra al mundo.

Querernos: una guerra

Lo supimos hacer todo al revés. Lo comprendí cuando me di cuenta de que estabas lejos. Los recuerdos de cuando me querías acuden a mí a medianoche, en el instante en que mi realidad se torna vulnerable. De querernos sólo se nos daba bien el decirlo, supongo. Porque, aunque parezca increíble, a muchos se nos hace fácil eso de resignarnos y dar media vuelta. Nos mirábamos, frente a frente, como queriendo acortar la distancia, y al final nosotros terminamos siendo el impedimento. Yo era incapaz de mirar a otra parte en la que no me encontrara con tu sonrisa. Querernos era una guerra que nunca tuvo un tratado de paz; queríamos traspasar nuestros límites, conquistarnos, poseernos a la fuerza. Qué tonto se vuelve uno cuando se enamora. A veces el miedo de perder a alguien es lo que termina por alejarlo de nuestra vida. He pensado que tropezamos en el intento de ocultar ese miedo de perdernos, porque cuando queremos lo hacemos de todas las formas posibles, incluso equivocándonos, sintiendo que el miedo, de alguna manera, nos impulsa. En las noches, cuando me acuerdo de ti, abro las ventanas y me pregunto si ya has encontrado a alguien a quien querer mejor. Si quizá las heridas te han pedido ya un abrazo menos doloroso. Pero debo decir que por mi parte echo de menos esa guerra interminable. Porque tengo enlazado al cuello un «quiero que vuelvas» constante.

Cicatrices que duelen y adornan

No me gusta ponerme sentimental, pero hoy necesito decirlo. Es extraño lo que ocurre a estas alturas, porque nunca pensé en llegar a echar tanto de menos tu compañía. Y sé que nunca nos hemos abrazado, pero yo hasta ahora no he perdido la esperanza de que algún día vengas a encerrarme como si además de decirme que no vas a irte, me dieras a entender que no quieres que me vaya. Y… no sé, es bonito. Porque cuando me siento así, como hoy, que no sé si ponerme triste o feliz, es cuando más ganas tengo de que la distancia desaparezca. Oye, te conozco hace tiempo y nunca nadie me pareció tan linda, ni tan dolorosa: eres un conjunto de contradicciones. Y así, como una de esas cicatrices que duelen y adornan al mismo tiempo, te necesito y a la vez quiero dejarte. No sé si lo entiendes, cariño. A veces creo que el mundo funcionaría mejor si nunca llegas a querer tanto a alguien con quien no estás destinado a quedarte.

Al otro lado del silencio

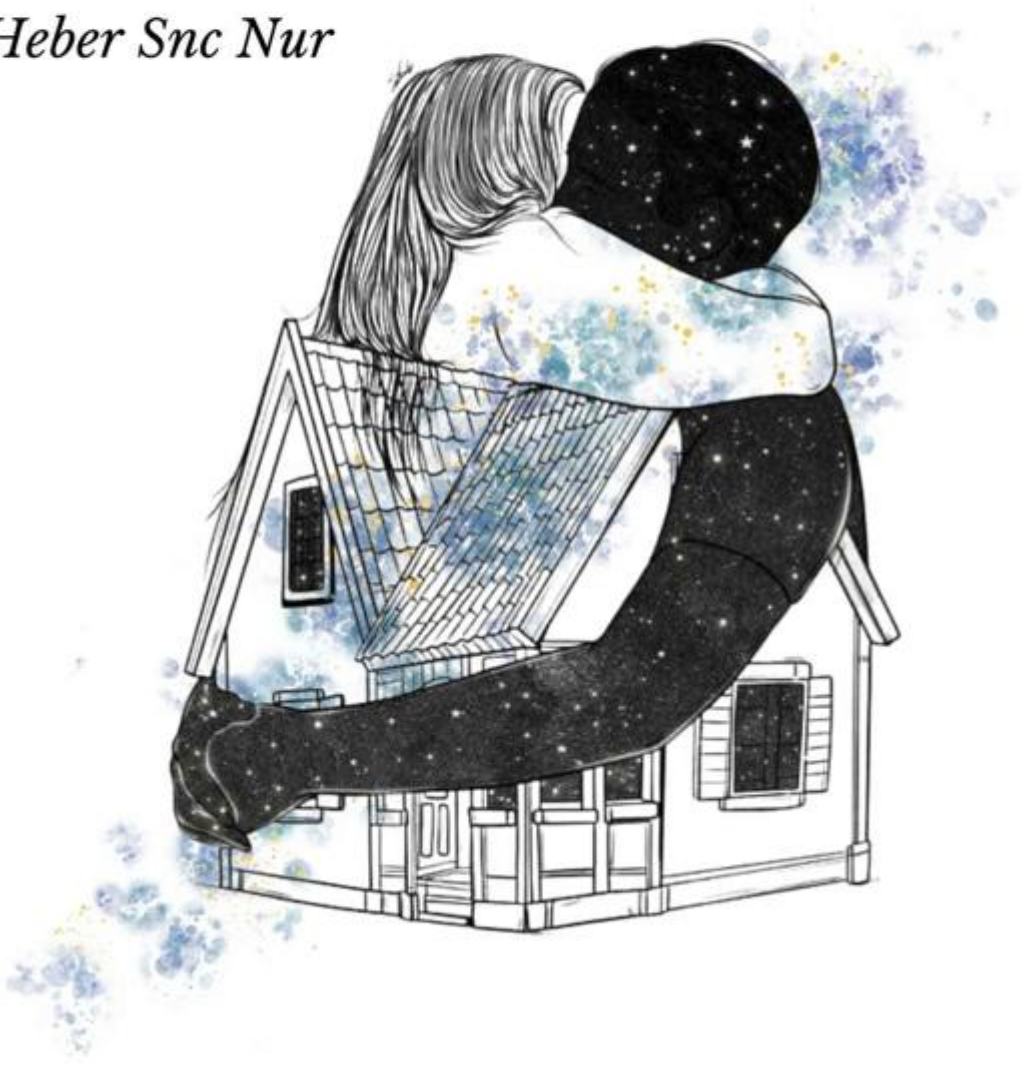
Y mirarte a los ojos, callándome; esa es la parte más complicada de mi existencia. Sonríes y yo no sé, te juro. No sé, y las palabras nunca llegan a mi boca. Cómo explicarte que las cosas que no te digo son las que más quiero que entiendas. Te he esperado no sé cuánto tiempo, no sé cuántas vidas; desde que estás yo me siento otro. Mi yo anterior nunca llegó a ver la magia en persona. Pero, oye, te quiero. Es ese sentimiento que antes de ti no existía, ni después creo que vuelva a ser lo mismo con otras. No es el problema dejarte, el problema es que si te vas me llevas, de alguna forma, y luego yo no sabría encontrarme. Le digo a todo el mundo que lo eres todo, pero no saben cuánto duele ese vacío en el que siempre faltas. Hablo más de ti callándome. No necesito a alguien dispuesto a entenderme, te necesito a ti abrazándome sin ofrecer más juicio ni consuelo que tu compañía. Que me cubras los miedos, me juntes algunas grietas y te quedes para siempre, o al menos hasta que haya aprendido a vivir en medio de una soledad que siempre me vende esperanzas demasiado bonitas para ser ciertas. Quédate. Quédate, vamos. El mundo no puede dolerme más de lo que tendré que soportar si me faltas.

Una vida indeseable

La distancia que había entre nosotros no era mucha, pero sí fue la suficiente para dejar algunas esperanzas morir de frío. Ya no sabía, lo juro, cómo decirle que la quería teniendo en cuenta que a esas alturas iba a ser totalmente inútil: ella no me quería a mí. Sigue pareciéndome demasiado doloroso que el amor no tenga la fuerza suficiente para juntar a dos personas aun cuando sólo una de ellas está enamorada. Al final yo me quedé con un sentimiento con el que luego ya no supe qué hacer. Porque yo nunca he tenido idea de para qué sirve cargar con una parte de la historia en la que nunca aparezco. Con el tiempo tuve que aceptar que nunca iba a poder escapar, para bien o para mal, de una vida indeseable, porque la realidad nunca me ha tendido alfombra roja ni me ha esperado con los brazos abiertos. Pero ahí estaba yo: enamorándome de la misma mujer todos los días, evidenciando mi tendencia a aprender las lecciones cuando ya no sirve de nada. Yo la quise de la única forma que aprendí a querer: no bien, pero sí mucho. Sé que está mal. Sé que el mundo va a esperar algo mejor de este desastre, y que haga lo que haga va a resultar insuficiente. Y es que muchos se han acostumbrado a ver únicamente lo malo de mí, porque lo bueno nunca tuve oportunidad de enseñárselo a nadie. Pero es bonito aprender a joderse la vida por alguien antes que saber encaminarla sin conocer el placer que causa el romperse de vez en cuando.

El presente que tienes
con él fue alguna vez
el futuro que quise contigo.

Heber Snc Nur



Del amor al odio

Lo peor de que no estés aquí es y será siempre el hecho de poder recordar todo lo que hicimos como si hubiese sucedido. Rememorar momentos fantasmas de un amor cuyo cadáver todavía soy incapaz de enterrar. La escena del crimen siempre tuvo unos pocos metros cuadrados, en donde sólo hacía falta estar en la cama para quemar el frío y la distancia que cargábamos en la mirada.

Supimos abrazarnos aun con las manos vacías, ignorando que con cada caricia y roce de labios sólo extenderíamos esa sed que, ahora, somos incapaces de saciar.

Yo quería huir lejos, contigo, y olvidarme de todo lo que había conocido para redescubrir la vida a tu lado. «Tengo que irme, espero lo entiendas», dijiste. Tuve que deshacer las maletas y resignarme a pasar los meses siguientes buscándole un sentido a todo.

Te fuiste dejando un rastro que se diluía en la niebla de tus indecisiones. Te fuiste en silencio, que es como más se escucha una derrota.

Sólo me ha quedado seguir incompleto y, por necesidad, he aprendido a sobrevivir a todos los inviernos, pero eso no significa que no haya tenido ganas de quedarme por el camino.

Porque el camino, si bien termina lejos de nosotros, pasa por todo lo que fuimos. Incluso hay una esquina que dobla hacia tu casa, y hacia esa valentía que no tuvimos para cumplir las promesas.

Pero es tarde, y a estas horas todo tiene el aspecto de una ciudad olvidada, vacía, en donde siempre es de noche.

Me parecería inútil intentarlo. Tú ya no estás, y seguir me significa una pérdida de tiempo. Así que cada vez que quiera huir serás la última en saberlo. Y un día vas a acordarte de mí pero ya será demasiado tarde. Para entonces ya me habré mudado solo a ese lugar en el que había reservado una cena para dos, una cama de matrimonio, y una vida que va a quedarme demasiado grande.

Creo que he comenzado a odiarte, cariño. Espero lo entiendas, aunque luego no le encuentres ningún sentido.

Era amor

Y claro que era amor, era amor el escribirte, el hacer de mi corazón un brote de tinta y usarlo para darle forma a lo que sentía. Era amor el estar agradecido con que existieras. Era amor el pasar horas esperándote, el haber cancelado citas por ti, el haberme dicho a mí mismo que me diera una oportunidad contigo porque tal vez tú sí eras la correcta. Era amor la ilusión, el desapego de lo emocional, el quererte sabiendo lo que hacía y el exigirme quererte más. Era amor buscarte en mis sueños, y el no querer despertar si lo lograba. Era amor darte vida en lo que escribía y escribir porque quería contarle al resto que alguien vino a pintar un arcoíris delante de mi ventana.

Era amor por la forma y el fondo. Porque nos queríamos y supimos hacerlo, al menos durante un tiempo. Era amor creer que existía un «para siempre» o un «quizá» a la misma distancia que nuestras oportunidades. Era amor pensarte, y el hablarles a mis amigos de ti.

Era amor dedicarte la mitad de mi alma aunque sólo tuviera una, y aunque la otra mitad ya no me sirviera de mucho. Era amor querer ser valiente, haber querido luchar, pretender que si lo lograba tú serías tan feliz como yo. Era amor que, cuando veía la lluvia caer, no pensara en otra cosa que preparar un té caliente para mirar juntos las gotas tras la ventana. Era amor no querer pasar las noches a solas, no dejarte con frío o querer consentirte de vez en cuando.

Era amor desear que sonrieras, que me eches de menos, que malinterpretes mis despedidas y te quedes a ver cómo me brillan los ojos cuando me doy cuenta de que no te has ido.

No sabré muchas cosas pero siempre tuve la certeza de que eso era amor. Lo era de sobra. Y tú también lo sabías.

Concédeme esa tregua

Y a veces ni siquiera dejo que me miren directamente a los ojos, porque podrían verte en ellos, sin que sepan tu nombre, porque no te conocen. Y cuando no estás, que es casi siempre, me quedo saboreando aquel vacío que se forma en mi vida, y que sabe a todos aquellos momentos bonitos que alguna vez tuvieron lugar en mi mente y en tus sueños; también en nuestras manos, que nunca se tocaron, pero que por las noches nos reclaman el calor del otro. Eres esas ganas que tengo de saltar al vacío. Y es que estás siempre detrás de cada pretexto que me invento para olvidarte. Si quieres que siga jugando esta partida, ofréceme otras piezas, que estas que tengo no me sirven, porque se tratan de los fragmentos de todas las promesas que nos hicimos. Te juro que he intentado salir de este embrollo, pero me alcanzas siempre antes de que llegue a la salida. Mírame, corazón. Concédeme esta tregua, que estoy cansado de luchar contra el terrorismo de tu boca, contra todo lo que se trate de ti y que nunca me deja tranquilo. Y sí, ya sé que es inútil. Y qué puedo decirte. Estás hecha a prueba de olvido.

A solas

Estaba acordándome de todo lo que habíamos hablado. Me reí con nuestras ocurrencias y otras veces me entristecí. No sé cómo es que me siento ahora, lo que sé es que todo lo bonito que pueda sentir tiene que ver contigo. Y son inevitables todas estas ganas inmensas de abrazarte, de llevarte a pasear por un parque adornado con violetas y orquídeas, que son las flores que tanto te gustan.

Siento la necesidad de ver tu sonrisa de cerca, quiero poder recitarte poemas a solas, ver un atardecer juntos, quedarnos una noche a mirar películas o tomar café mientras platicamos sobre cualquier cosa que a nadie más que a nosotros le importa. Quiero hacer contigo todo lo que nadie fue capaz de hacer conmigo. Cómo explicarlo… quiero alcanzar esa redención de las causas perdidas, porque cuando pienso en ti no sé si estar triste o alegre, pues tú siempre apareces en cualquier nostalgia pero nunca detrás de alguna de las excusas que me invento para no estar triste.

Eres como uno de esos sueños abstractos: sé que eres real, pero no eres mi realidad, y eso duele. Conozco de ti cosas que tú no notas, y que me hacen ver en ti todo lo que soy incapaz de ver en otra chica. Ojalá te des cuenta de que cuando sonríes haces que todo parezca fácil de arreglar, que en tus ojos parecen esconderse todos los lugares en los que me encantaría irme a tomar unas vacaciones y mudarme allí el resto de mi vida.

Que sepas que te extraño y que, en ocasiones, evito decírtelo por no parecer repetitivo o aburrirte, no porque no quiera, porque yo nunca he aprendido a poner puntos finales a lo que siento, y que en las noches es cuando tengo más ganas de darte un abrazo, uno en donde quepan todos esos poemas que te he escrito y que aún no lees.

No dejes de sonreír, porque a veces me basta con saber que al menos uno de los dos puede hacerlo al final del día.

Un adiós no importa

Ayer se me olvidó pensar un poco más. Era una abreviación del tiempo: entre más desocupado estaba, más cosas hacía. Ayer, cuando la soga la tenía en el suelo y no en el cuello, ni siquiera se me ocurrió que nos aguardaba, a medio camino, un triste desenlace.

Ayer pensaba en seguir escribiendo poemas felices. No vi venir aquel «no quiero que sientas nada por mí», que convirtió mi vida en la noche más larga del mundo. Y tuve que decirte adiós, pero nunca lo hice, pues no imagino aquella impotencia que debe sentirse el decirle adiós a alguien a quien se seguirá viendo siempre. No me despedí tampoco, porque odio con todas mis fuerzas las despedidas, y no quería odiarte, porque aunque quisiera, me inventaría mil pretextos para dejar de hacerlo.

Hace días intentaba sacar lo mejor de mí, que, aunque era poco, era lo más granado que podía ofrecerte. Se me olvidó pensar —y es que a mí siempre se me olvida pensar en lo indeseable— que era posible que aquello no te bastara, y que en lugar de pulir esta magia que desde siempre fue tuya, decidieras terminar con todo.

Luego dijiste: «lo que menos quería era dañarte». Y no te preocupes, que yo estoy dañado hace tiempo; lo que hiciste fue recordarme por qué me es difícil confiar en las personas y por qué, si tanto digo que no espero nada de nadie, el brillo que nacía en mis ojos al mirarte decía todo lo contrario.

Siempre pudiste lograr que yo ya no deseara a ninguna otra chica. Siempre, con sólo hablarme, hacías que me olvidara de todo. Y quizá por eso fue que olvidé pensar en las consecuencias. Debí imaginar que, algún día, el cielo por el que volábamos iba a ser también el cielo por el que los aviones trazan surcos con las mismas direcciones que nosotros ansiábamos tomar. Estoy a no sé cuántas millas de cumplir aquel sueño, cuando antes, contigo, ya no me faltaba mucho.

Cuesta caminar a solas, y lo peor es que ni toda la oscuridad del mundo puede evitar que siga viéndote. Te diré una cosa: al final no importa si nos dijimos adiós o no, porque siempre vamos a volver a aquel lugar en donde todo comenzó sin parecer el principio de nada. Un adiós no importa. No importa, bonita. O eso quiero creer.

Rastros discordantes

La distancia ha hecho lo suyo y nosotros no hemos luchado lo suficiente. Miro atrás y noto los rastros discordantes que dejamos, rutas aleatorias que conducen a ninguna parte. Lo que ahora queda en ellas son las huellas de nosotros cuando éramos valientes. ¿Recuerdas esa sensación de ser pronósticos predilectos del amor? Siempre llegábamos antes de la hora indicada. Recorríamos las calles como quien tiene la seguridad de que alguien le está esperando en el lugar al que se dirige. Y claro, éramos nosotros y nuestras ganas de llenarnos de tanta felicidad, que en nuestras vidas no hubiera espacio para el invierno. Era una vida de película, de momentos que hoy permanecen fotografiados en la memoria. No voy a mentirte, contigo fui feliz. Feliz que se dice, haber logrado olvidar la tristeza en tus brazos. ¿Qué ha sido de tu vida? De la mía te diré que no me permito soñar como antes. No estoy triste, ni dolido, sólo me resigno a entender que ahora estamos únicamente dentro de aquellas promesas que rompimos.

La exclusividad de tu belleza

Ojalá fuera mi nombre el que pronunciaras sin querer, ojalá que al pasarte algo bonito lo quieras compartir conmigo. No olvides que sigo viviendo bajo aquel puente del que te hablé un día, ese mismo que tiende a acentuar la distancia que siempre olvido que existe entre nosotros. Que tu sonrisa es dolorosa, que el rastro que dejaste a veces brilla con la luz de la luna y que tu voz en mi oído se convierte en una canción cuya melodía sólo yo conozco.

Tal vez eso es lo más bonito que me queda: la exclusividad de tu belleza, las caricias adictivas de tus manos, la sinceridad de tus manías y el hermetismo de los secretos que me compartes. Aun así nunca me ha sido suficiente, y sólo espero verte llegar un día, que me digas que me quieres, que vengas a quedarte, que sea mi nombre el que rasgue tu silencio…

Te he convertido en libros
porque sé que no puedo
tenerte de otra forma.

Heber Snc Nur



Recuerdos del futuro

La intención nos quedó corta. Viajamos por tantas vidas y tantos abrazos, con sólo mirar una boca sonriendo; nos quisimos intentando hacerlo bien, pero en el amor lo que mejor sale es aquello que se improvisa. A cuántos «quizá» estábamos de un «te quiero», a cuántos amaneceres de un abrazo, a cuántos «mañana nos vemos» de un «quédate» y a cuántos cafés de un beso…

La distancia más grande es aquella que me impide besarte cuando nos quedamos callados, mirándonos y mirando aquel vendaval invisible de tu miedo y mis penas. No nos quedó más tiempo y el que tuvimos no estuvo a nuestro favor. Contigo aprendí que los besos que más se recuerdan son aquellos que nunca nos dimos.

Tu existencia me enamora

Quería decirte que, más que agradecer el hecho de haberte encontrado, lo que agradezco es el que no te hayas ido. Creo que no hay mejor manera de demostrarle a alguien que lo quieres, que dedicándole parte de tu tiempo. Lo aprendí contigo. Muchas de las cosas sobre las que escribo me las enseñaste tú, consciente o no, y en lo que me ha sido posible las he puesto en práctica. No eres escritora, pero no te hace falta con la sonrisa que manejas y esa forma que tiene el sol de morir feliz reflejándose en tu cuerpo. Si otros poetas te conocieran, no durarían en despojarme de este privilegio egoísta de llamarte mi musa. Vamos, es que quién no lo haría. Si alguna vez escribí algo que resultó ser bonito, el mérito fue más tuyo que mío. Si lo sabes, más vale que estés segura de eso...

Lo que quiero decirte es que te quiero. Lo he dicho antes y de distintas formas, pero siento que si no lo repito terminarás pensando que he dejado de hacerlo o que no me importa. Y no. Que sepas que adoro tu sonrisa. Y más si es por el hecho de que te sientes plena, segura de ti misma. Amo tu libertad y tu capacidad de cambiar un poquito el mundo allí por donde pasas. Tu existencia me enamora. Lo dicen las canciones, la poesía que habla de ti sin darse cuenta, el arte que habla de nosotros como si nos conociera a detalle, los atardeceres que me preguntan por qué no estamos juntos todavía y ese espacio vacío que hay en la mesa de aquellos lugares a los que voy a comer solo...

Que no te lo hagan saber otros, que no te lo cuente aquel espejo, que no te convenzan los preceptos sociales: eres hermosa por tu forma de caminar y por la manera en que tus ojos embellecen todo lo que miran. Eres hermosa porque tu belleza es un acto de gratitud a la vida. Y no voy a decirte que cualquiera puede darse cuenta de eso. Porque sólo lo saben quienes han visto un milagro de cerca.

Lo saben aquellos que fijan su mirada más allá de tus labios o tu cabello. Lo saben quienes (y esto es algo que me cuesta decirlo) tienen la oportunidad de hablar contigo por más de dos minutos seguidos.

A veces también siento esas pequeñas ganas asesinas de acabar con todo aquel que se atreve a mirarte más que yo y de cerca. Mi orgullo me impide admitir que lo que siento en realidad son celos incluso de aquel que, aun siendo un completo desconocido, puede darte la mano por cortesía o en son de saludo. La distancia que hay entre tu mano y la mía quema. Y te quiero. Eres de esas personas que enseñan. De las mejores. Te quiero y aunque tenga limitadas muchas cosas, me conformo con saber que también me quieres y que vas a quedarte todavía un poco más. Con eso sería suficiente. Puedes estar completamente segura.

Las historias que me cuenta el cielo

Y si comienzo a quererte,
yo me convierto en otra persona.
Miro al cielo y le dejo que me cuente historias,
en las nubes aparecen formas raras,
dos figuras, que no son humanas,
pero que tienen manos, caminando juntas.
Y fantaseo con muchas cosas.

La magia de todo esto es que aquí
la mayor parte del tiempo el cielo está despejado.
Y justo hoy, que he salido a que me dé el sol
luego de tanto encierro,
miro al cielo y están ahí, las dos figuras
que a veces me gusta pensar
que podríamos ser nosotros.

Quiero decirte, cariño, hoy más que nunca,
que pensar en ti me hace escribir este tipo de cosas.
No soy cursi, tampoco melodramático,
pero si pienso en ti no me importaría serlo.

Y puedes verme cantando una canción romántica
sujetando un micrófono invisible con una mano
y tu foto con la otra.

Puedes verme leyendo poesía más de lo que acostumbro.
Puedes, incluso, verme de espaldas al pasado,
mientras mis brazos te esperan inquietos
y mientras voy entendiendo
que la paciencia tuvo que inventarla alguien

que conocía el amor de cerca.

Puedes verme de pie ante el futuro,
sonriendo como un niño
que mira el mar por primera vez,
que es el estado más expresivo de mi romanticismo.

Yo creo que al verte, correría a abrazarte,
y después no sabría qué decirte.
Yo si te abrazo dejo de estar presente.
Me esfumo.
Pero te llevo conmigo.

Y no querría otra cosa que tocarte,
que sonreírte de cerca y darte un beso en la frente,
de esos besos que no se dan a cualquier persona.

Quisiera a ti toda mi vida,
dedicarte canciones, poesía y todo mi insomnio.

A mí poco me gusta eso de hacer promesas,
pero contigo todas mis ilusiones se cumplen.

Si estás cerca, no me bastaría arriesgarme,
quiero poner tu cielo en mis manos,
mi mundo en las tuyas,
el universo con nosotros, la eternidad en un beso.

Y sentirme tan próximo a la vida,
tan lejos del miedo que me embargaba los días
que complicaba mi existencia,
que me incitaba a amarrarme de pies y manos
para lanzarme a la desidia.

Me siento… no sé…
Creo que el no tener palabras para esto
es lo más cerca que estoy de explicarlo.

Sólo quiero vivir contigo
las historias que me cuenta el cielo.

Podemos sentarnos juntos cualquier día a observar
la forma de las nubes y la colisión de nuestras vidas,
pintando nuevas galaxias.

Si me miras de nuevo así, voy a comprenderlo todo.

Como cuando te sonrojas y agachas la mirada,
y entonces me doy cuenta
de que eres tú a quien estaba buscando,
y de que el cielo termina donde comienza tu sonrisa.

Completamente solo

Solo. Tan solo como al principio. Creo que no hay nada más que decir al respecto. La soledad ha sido uno de los temas recurrentes cuando quiero escribir acerca de lo horrible que suele ser el amor a veces.

No basta amar, así siempre ha sido. No basta que uno de los dos extremos de un puente esté asegurado: mientras el otro extremo carezca de cimientos, nunca nada les servirá de enlace, nada va a unirlos, nada. ¿Cuánto se puede querer?, ¿cuánto se puede desear a alguien a quien ya no puede verse?

Y entonces, al querer huir de ella, al desviar la vista de su paradero, uno olvida con frecuencia que la realidad de la que huimos suele perseguirnos en los sueños. Y soñé varias veces con su sonrisa adornando la distancia, con sus manos sanando mis heridas, con su cabello al aire libre, como si con eso pudiera olvidar el daño que me hice de camino a su vida.

Pero lo cierto es que no, que no bastó nunca desearla, quererla cerca, pues ahora está amando a otro, como si con eso pudiera olvidar que la poesía que me inspiró a escribir jamás dejará que me abandone por completo. No puede.

Estará amando a otro con mis labios, con mi piel, con mis sentidos, porque una parte de mí se fue con ella, y me dejó poco menos de la mitad de aquel hombre que solía ser antes de conocerla.

Hoy cargo con el cadáver de un futuro que me acompañó hasta antes de darse cuenta de que yo no merecía la pena, de que hay otro que puede amarla, darle aquello que siempre buscó en mí y que nunca encontró porque la distancia suele opacar lo único bueno que pudo quedarme.

Y ahora me he quedado solo. Tan solo como al principio...

Cuánto me hubiera gustado

Ojalá doliera menos.
Ojalá sólo doliera,
ni menos ni más.

Te quise.
Y qué horrible es afirmarlo
como parte de un pasado.

Ojalá pudiera… no sé,
regresar,
cambiar las cosas,
olvidar, siquiera…
evitar derramar lágrimas,
volver a encender sonrisas.

Fue bonito.
Fue.

Cuando hablo de ti
o escucho tu nombre,
o lo leo,
o lo recuerdo,
en mi mente aparece
una importante, maravillosa
e irrecuperable parte de mi vida.

Recordarte con tus gestos y tus ocurrencias,
con tu falta de tiempo y tus disculpas…
recordarte así, en esencia,
es reconocer que me haces falta
pero que no debo torcer el brazo.

Qué horrible,
qué impotencia,
qué asco
luchar contra uno mismo.

Si lees esto —porque tú solías leer lo que te escribía—,
si me descubres desempolvando las intenciones
sólo entiende: no es mi objetivo olvidarte,
pero tampoco puedo evitar que duelas.

Que duelas tan adentro
por estar tan lejos.

Que duelas como si hubiesen vuelto a mí de golpe
todos los planes a futuro
y la única promesa que te hice:
el darte un abrazo.

Una promesa que duele como otras
que siempre quise hacerte y que
—al igual que todas—
no podré cumplir nunca.

Ojalá doliera menos.
Ojalá sólo doliera.

Hablar de ti es confesar mi tristeza en público.
Es ir en contra de mi orgullo y de mi silencio
y de todo este ser que parece de piedra
pero que se rompe a escondidas
para que nadie se entere nunca
de que hasta a las personas más duras
nos duele la ausencia de alguien.
A mí me duele la tuya,
me duele la mía,
cuando era tuyo sin que lo supieras.

Tampoco quiero negar que, si volviera a conocerte,
si esta fuera la primera vez que hablamos,
si mañana nos tocara dar otros pasos,
si comenzáramos de cero
en la vida y en la memoria,
no descansaría nunca
por lograr encerrarte conmigo, en mí.

Haría las cosas más fáciles,
dejaría mi orgullo de lado,
mataría a golpes mi indiferencia,
construiría puentes entre tanta distancia.

Y te querría.
Te desearía.
Te amaría.
Incluso más que antes
porque esta vez me daría más libertad,
dejaría de tener miedo,
me arriesgaría.

Pero hoy duele.
Ojalá no,
pero es así.

La única palabra que le faltaba
a este crucigrama
no era «amor»,
era «adiós».

En este y otros juegos,
y aunque no me arrepienta,
ni, de momento, quisiera cambiar nada,
los dos perdimos.
Los dos por igual.
Yo por quererte tanto,

tú por apagar la ilusión.
Los dos por sufrir lejos.
Cada quien alimentando el orgullo.

Así que supongo que hay cosas
que son necesarias,
como, por ejemplo,
recordarte ahora,
mientras escribo
y mientras me miro desde arriba,
incapaz de levantarme
por mi gusto masoquista
de revolcarme en el remordimiento.

Cosas necesarias como el que hayas llegado
y te haya abierto la puerta.

Cosas como terminar
sin haber comenzado nunca,
como aceptar que hoy soy todo
lo que nunca pensé ser,
o que hoy sé tantas cosas bonitas
porque tú me las enseñaste.

No quiero despedirme.
Pero es que ya nos hemos ido hace tiempo.

Regresar, o querer hacerlo,
no sería otra cosa que
un deseo frustrado.
Casi como el quererte.

Y te quiero.
Ya no como antes,
pero cuánto me hubiera gustado…

Eres imposible

En tu sonrisa veo mi futuro. Si pudiera tomarlo con las manos, sería una historia completamente diferente. Ojalá, pero no. Tu sonrisa sólo puede mirarse. Si hay intenciones de por medio, creo que quien desee tenerla cerca, tendrá que aguantarse las ganas. Como yo. Pero sonreíste y el mundo se me cayó a los pies. O a los tuyos, claro. No lo supieron entonces, pero los hombres comenzaron a mirarte en otras, como buscándote, ignorando que era yo el único al que le diste la capacidad de mirarte completa, con tus cicatrices cerradas y abiertas, con tus labios de media luna y tus ojos en los que brillaban constelaciones. Si te digo la verdad, estoy mirando el pasado sólo por verte. El recuerdo es una ventana con vistas demasiado tristes, pero ahí, incluso, existe algo que vale la pena mirar y eres tú. A veces también sueño contigo y cuando despierto vuelvo a cerrar los ojos. Soy de las personas que no soportan la realidad cuando esta es demasiado distinta a lo que sueñan. Sigo buscándote entre las notas de voz, los mensajes, las fotografías que mantengo guardadas en el móvil. Me gustas. No te diré que eres la mujer más bella del mundo, no. Tampoco eres perfecta. Porque incluso el decir eso sería limitarte. Sólo eres imposible y lo imposible enamora. Ser imposible te hace deseable. Y ahí está el detalle, que yo a lo sumo que puedo atreverme es a mirarte esperando que mi mirada te lo diga todo. Y tu sonrisa… Tu sonrisa sigue siendo mi futuro. Pero ese futuro sólo existe dentro de un sueño.

Efectos colaterales

El error fue soltarte así de repente. Nadie ha podido entender hasta ahora la magnitud de este percance. Pueden intentarlo, pero para entenderlo tienen que haberlo sentido, y cómo van a sentirlo si no te conocen, si ni siquiera saben de nuestros momentos ni de cómo nos robábamos algo más que el pensamiento. Nunca vieron los caminos que trazamos, las puestas de sol que reservamos para un futuro que —me da tanta tristeza decirlo— esta vez se irá sin nosotros.

Quizá haberte dicho que estaba bien lo hubiese compensado todo, pero tampoco me veo intentando borrar un sentimiento que crece con el solo hecho de tu existencia, como quien sonríe y dice que está bien después del golpe. Alejarme hace que deje de mirarte y que aquel contacto se pierda, mas no evita que te eche de menos, no quita de encima esta culpa, por mucho que hayamos llegado a ese acuerdo de dejarnos el pase libre de seguir, cada quien por un camino que, mientras más solos lo recorramos, más vamos a querer recorrerlo con el otro.

Hubiese querido tomar tu mano, hubiese dejado atrás la conclusión triste de que en el fondo yo siempre tuve miedo, pero que de entre los dos, tú fuiste la única que tuvo la tajante certeza de que íbamos a terminar mal. Me lo dijiste tantas veces y ahí permanecí yo como buen obstinado, bajo una esperanza que resultó barata, empujando una realidad que siempre fue más grande que yo.

Nadie puede ni tiene derecho a entenderlo, sólo los dos sabemos los efectos colaterales de enamorarnos a borde de tanto riesgo. Pero no debí soltarte, irme tan pronto. Tuve demasiada suerte al encontrarte como para haberte dejado ir sin pensar que luego terminaría extrañándote durante tantas noches seguidas.

No es ninguna sorpresa, entonces, que los planes que tenía contigo no sólo no se hayan cumplido, sino que también se hayan

vuelto en mi contra.

Olvídame

Deshazte de los libros, de nuestras canciones que aún danzan en tu memoria; borra mi nombre de todas tus remembranzas, que mi rostro no opaque tu felicidad, que mi mirada no reemplace la suya. Olvídame. Ese primer mensaje nunca existió, el primer «hola» nunca lo escribiste; no fueron reales los poemas, las frases; redúcelos a polvo y sopla. Sopla con fuerza, que el viento de tu boca me lleve lo más lejos posible de tu vida. Y sé feliz. Por ti.

Yo ya no pertenezco a tu historia. Yo soy una figura decorativa que puede reemplazarse por cualquier detalle; sólo soy un hombre con el alma a rastras que aprendió a cargar con la maldición de verte reflejada en todas las ventanas de esta decrépita ciudad. Haz de mí un recuerdo lejano, difuso, y vierte todos los besos que nunca me diste en la boca de quien sepa amarte. Que sepa amarte por los dos; que sepa darte todo lo que nunca pude, todo lo que jamás vivimos. Yo continuaré por esta ruta hacia destinos inciertos, tal vez recordándote cuando el encanto de un poema me embruje la memoria, o cuando la bruma del alba me devuelva todos los secretos que ahora te llevas. Pero no vuelvas. Olvida mi nombre, los detalles, los libros que todavía contienen nuestra historia. Yo nunca existí, nunca te quise, nunca te lastimé, nunca proyecté un futuro contigo, en el que ser felices hubiese sido posible…

Sé que eres real,
pero no eres mi realidad,
y eso duele.

Heber Snc Nur



Preguntas ingenuas

¿Será tarde para volver a aquellos días?
¿Será tarde para una última llamada,
para una confesión a flor de piel
—o piel sobre piel, aunque sea—?

¿Habrá atardecido también en tu memoria,
al punto que ni estrellas fugaces
deslumbran por un instante la cúpula
de tu cielo tan despejado y oscuro?

Quiero pensar que me piensas,
que no le estoy escribiendo a un fantasma,
a un recuerdo en forma de mujer de niebla.

Quiero encontrar tu sombra
en las calles resplandecientes de neón
e inundadas por la música de bares perdidos.
Quiero reconocerte en los atardeceres,
coronar el recuerdo de tu sonrisa
con tu esencia más pura.

Quiero recuperar las viejas conversaciones,
los secretos que alguna vez nos hicieron pensar
que éramos más que un par de almas
sobreviviendo al naufragio de las circunstancias.

¿Será tarde —me pregunto ahora, tan ingenuo—
para una última llamada, un último vistazo,
una palabra fugaz que encienda tu cielo,
una frase puntual que te recuerde mi nombre,
un abrazo que te reinicie la primavera

y te rescate de esta ciudad de sombras líquidas
para volvernos a mirar con esos ojos brillosos
y olvidemos las veces que creímos volar
cuando en realidad nos arrastraba
la inexorabilidad de las circunstancias?

Fue mortal aquella distancia:
hoy sé que ningún buen momento
sobrevive al litigio del tiempo.

Y hoy también me desvivo pensando,
escribiendo a un fantasma que se aleja,
como una voz cuyo eco se pierde en la lejanía.
Me desvivo amando, queriendo, añorando,
haciéndome preguntas ingenuas...

¿Será,
acaso,
demasiado tarde?

El contrato del amor

Siempre pudimos quedarnos un poco más, hasta agotar las existencias de la distancia que nos quemaba milimétricamente. Pudimos haber perdido la cuenta al tercer beso, firmando una sentencia con los labios, porque yo nunca aprendí a querer sin que aquello me termine doliendo tanto; ni besar sin morder las esperanzas de tu boca, ni si quiera bajar la velocidad al remontarme en tus curvas.

Los accidentes de más bonitos los tuve en tus caderas. Sentía que el éxtasis tenía tus ojos, tu sonrisa y tu forma de hacerme entrar en coma todas las noches. Creo que incluso pudimos haber leído como mínimo la mitad de un libro en cada silencio esperando encontrar en las páginas algún indicio de cómo volver a ser lo que éramos antes de llegar a ser nosotros. La ruta, aunque no lo aceptemos, la habíamos perdido hace tiempo.

Tuvimos quizá la voluntad de querernos limpiamente, pero admitamos que siempre hubo en nosotros cierta debilidad por perder la compostura estando en la mejor parte de la historia, quizá porque en el fondo nunca aprendimos a hacer algo bien del todo. Y mira lo caro que nos sale haber cometido tantos errores.

Yo ahora podría decirte que te olvides del camino que te trae de regreso a casa, que ya he limpiado los recuerdos y los espacios los lleno con lo primero que encuentro en este desorden.

Pero no, no lo haré, si paso el tiempo esperando al cartero con alguna misiva que no sean notificaciones de embargo. Que se lo lleven todo. Todo. No creo que sea necesario tener tanto aquí si tiendes a faltarme tú. Quizá medí mal las consecuencias, no sé. El amor resultó ser un contrato con demasiadas letras pequeñas.

Andén desierto

No estoy desvelándome, simplemente hoy dormiré menos, como todas las noches desde que decidí morirme en silencio. Hace días que no sueño con nada, todo es un vacío inexorable, espeso, y al abrir los ojos sucede lo mismo: me quedo horas mirando al techo, preguntándome qué tendrá la vida en contra de los que intentamos abrirnos el paso, y si algún día se animará a pesarnos menos.

Supongo que a mí me ha tocado ser eso: un títere incompleto, un muñeco roto al que le falta extremidades, al que condenaron en un rincón a lamerse las heridas y al que sacan de vez en cuando para que les haga el ridículo hasta cansarse. Estoy harto de haberle dado el gusto al mundo y que, a pesar de todo, no haya logrado conseguir un ápice de lo que quiero.

He buscado su sonrisa por todas partes: en fotos, en recuerdos, en caras de otras mujeres, y sólo encuentro más vacío, un vacío que me araña el alma, uno de esos que pesa en la conciencia. Estoy tan lleno de heridas por dentro que por fuera todos pasan a mi lado y sonríen.

Estiro los brazos como si con eso consiguiera romper los kilómetros y traerla a mi lado; y cierro los ojos: ella está aquí, conmigo. No la toco porque sé que es un sueño y los sueños nunca duran más allá de la esperanza. Ojalá fuera todo así de práctico. Ojalá la esperanza nunca fuera la última en irse, ni la primera, y se quedara para siempre. Ojalá pudiera cortar el kilometraje y saltar al otro lado.

Sólo quiero acortar distancias. Quererla me ha hecho derramarme en heridas invisibles, me sangran las lágrimas por todas partes. He tratado de ser alguien que pueda merecerla, pero aquel títere sin vida me clava sus miradas como puñales.

Llevo días, semanas, quizá meses —no lo sé— desde que comprendí que era imposible abrazarla más que en mi mente. Y a mi

lado sólo me queda la almohada, que es más fiel que la esperanza, que se larga cuando quiere.

Ha pasado la medianoche y yo sigo buscando respuestas. Si la vida es ese tren sin rumbo, a mí me tocó ser el andén desierto. Hay preguntas que no podré contestar nunca, ni desvelándome, pero como dije, hoy sólo dormiré menos, como todas las noches anteriores y como todas las noches que vengan.

No pudimos ganarle

«Somos tú y yo contra el mundo», dijiste, como si aquello hubiese podido cambiar el hecho de que algún día terminarías yéndote. Entonces no lo sabíamos, ninguno de los dos. Nos bastaba con llegar temprano a las citas en las noches con nuestros brazos dispuestos a quitarnos el frío. Yo sonreía en silencio, pretendiendo que aquello dure el tiempo que duré yo la última vez que me quedé solo.

Fue triste, ¿sabes? Despertar antes de que el sueño terminara, quedar con las expectativas y las manos vacías a la espera de alguna esperanza huérfana para adoptarla y cubrirnos las cicatrices. El amor por entonces nos parecía la cura, el lugar perfecto para salvaguardar ilusiones en peligro de extinción. Vivíamos al margen de las circunstancias, esquivando los golpes y sonriendo cuando fallábamos, como cuando nos disparan y decimos que no nos ha dolido.

Claro que éramos nosotros contra el mundo, pero nunca pudimos especificar de qué mundo estábamos hablando. ¿Era tu mundo, el mío o el que nos aprisionaba todos los días entre sus cuatro paredes cardinales? Lo pregunto porque este último mundo sigue existiendo.

Supongo que solemos identificamos más por estar en contra que a favor de algo. Yo estaba en contra de los trenes que no me llevaban hasta tu casa, y de las horas cuando pasaban y no me dejaban estar contigo lo suficiente para dormir menos y mirarte más.

Luego vino la catástrofe, de imprevisto. Se fueron abajo los castillos y los charcos de melancolía rebasaron sus límites. Nos consumió el tiempo, o quizá fue el simple hecho de no saber cómo llevar las riendas de un amor tan hermoso. Nos convertimos en ruinas que se necesitan para mantenerse en equilibrio, para sostener la esencia de una vida que se cae a pedazos. Perdimos la costumbre de dedicarnos canciones, las ganas de caminar juntos. Incluso nos

hemos olvidado de abrazarnos como si nos aferrásemos a la vida. Nos hemos olvidado de nosotros. Sólo nos ha quedado la página vacía y el bolígrafo con tinta indeleble.

Hace tiempo que escribir no se me da si es para algo feliz, y creo que las historias de amor terminaron envenenándome las ilusiones hasta el punto de creer que todo es un cuento. Escribe tú un final que no nos duela tanto, uno en el que no salgamos perdiendo, aunque parezca imposible. Hemos terminado amontonados de recuerdos, conscientes de que el pasado se ha convertido en un libro que debemos quemar. Nada de pasar página. Quemar. Reducirlo todo a cenizas. Y claro que éramos tú y yo contra el mundo, pero no pudimos ganarle.

Un privilegio secreto

Sé que duermes. Que estás cansada. Sé que no leerás esto en cuanto termine de escribirlo y te lo envíe, pero te quiero decir que me importas. O recordártelo, mejor dicho. Oye, que formar parte de las cinco personas que más te quieren es el regalo más hermoso que tengo. Sé que no soy la mejor persona del mundo, ni el mejor chico que conoces, pero me lo creo si me lo dices. Y me lo has dicho, así que todos pueden envidiarme si quieren. Que me envidien porque me quieres.

Sé que vas a despertar temprano porque el trabajo reclama tu tiempo, así que te digo buenos días desde ya, mientras escribo dándole cuerda a mi insomnio y manteniendo esta rara costumbre de ponerle letras a lo que pienso. Hace tiempo que no habíamos hablado y ya me hacía falta. Me hacías falta tú y tu voz. Escucharte durante unos segundos es suficiente combustible para poner en marcha mi ilusión contigo durante horas, así que mientras tú duermes y sueñas con lo que sea que no tenga que ver con este poeta cursi, yo escribo y limpio las cristaleras de mi corazón, para que cuando quieras venir a visitar tu cariño, lo encuentres todo ordenado, como lo dejaste, o aún mejor.

Te quiero. Ojalá no lo olvides. Y si lo haces, no te preocupes, que yo estaré aquí para recordártelo. Y sonríe siempre, donde sea. Ya no me importa que otros te vean y se enamoren, porque he comprendido que tu belleza no puede esconderse ni aunque lo intentes.

Quien te vea y piense que eres la chica más linda que ha visto en toda su vida, estará en lo cierto. Ese es un privilegio secreto que he decidido compartir sin recelo con el mundo, porque sé que no podrán tenerte como yo tengo tu cariño. Y esa es mi fortuna: el que me quieras y me lo digas. El que seas tú misma. El que brilles en todas partes…

Un día que nunca existió

He vuelto a soñar contigo. Nos estábamos alistando porque era un día especial, ¿sabes? Te veías preciosa. Yo todavía estaba asimilando el hecho de volver a vestir un smokin luego de tanto tiempo; me sentía tan extraño como emocionado.

Estábamos en la ciudad de tus sueños y decías que era tal como la habías imaginado. Fuimos a recorrer sus calles antes de que llegara la noche, porque esa noche nuestras vidas iban a cambiar para siempre. No era un cambio de esos que nos asustaban, sino un cambio bueno, de esos que se aceptan e, incluso, se desean.

Luego, cuando la tarde fue tornándose más oscura, decidimos poner fin a nuestro recorrido turístico por aquel día. De los momentos que siguieron conservo únicamente imágenes que se encienden en mi cabeza como destellos de luz, y en las que te ves arreglándote o, mejor dicho, cambiando de atuendo y de peinado, porque arreglada ya estabas. Tú siempre estás arreglada.

Luego vi a un ministro sonriéndome con afecto paternal. Los invitados ya estaban ahí; el lugar estaba lleno. Y después, apareciste tú, portando mi futuro en tu sonrisa. Mientras avanzabas, tomada del brazo de tu padre, alguien de entre el público, al ver mi modo de mirarte, comentó en un tono poético: «no ha existido en la historia una novia más hermosa a los ojos de su prometido», y no pude negarle la razón.

Cumplido el prolegómeno —de la entrega de la novia por parte del progenitor, de los anillos, de la dedicatoria de nuestros votos—, estrené mi nueva vida contigo con un beso, sin siquiera esperar la orden del ministro, aunque aquello era lo único que faltaba. La música y los aplausos comenzaron a sonar, y pude ver a varias mujeres, entre ellas nuestras madres, que lloraban de emoción. No podían creerlo, y la verdad es que yo tampoco. El tacto de tus manos era tan real, o al menos así lo sentí, como si por algún

sortilegio bendito aquello no hubiese sido un sueño, sino más bien la recreación perfecta de un momento que pudo concretarse y pasar del plano abstracto al concreto.

Recuerdo que las fotos vinieron después. Nos tomamos muchas con tanta gente cuyos nombres ahora resbalaban de mi memoria, pero que me habías presentado anteriormente. Aquella noche hicimos del mundo un universo y nos pusimos en el centro.

Me pregunto si ese es el futuro que nos espera. He tenido el mismo sueño tantas otras noches, y en todas las versiones de aquel suceso que sólo ocurre mientras duermo, tú brillas. Brillas y parece que la poesía ha encontrado el cuerpo perfecto en el que personificarse. Me pregunto también si estarías dispuesta a vivir aquel sueño conmigo o, mejor: realizarlo. La verdad es que pensar en cómo sería todo hace que viaje tan lejos en tan poco tiempo. Tanto al futuro como al pasado. Al futuro porque planeo y organizo desde ya lo que me gustaría que sucediera, y al pasado porque puedo ver todos los sucesos que anteceden a aquel momento hasta ese punto, hasta donde tú dices que sí y el resto aplaude. ¿Me explico? Que puedo tener un pasado o un futuro cualquiera, pero el presente sólo lo quiero contigo. Y hacer de mi presente un instante que exista mientras lo vivamos, mientras seamos capaces de sostenerlo con miradas y sonrisas cómplices, de esas que se dedican dos que saben lo que tienen y deciden cuidarlo, como diciéndose que están dispuestos a jugársela por el otro, y que hacen del riesgo un chiste para niños y del amor una cama de matrimonio.

Es cierto que sólo fue un sueño. Es cierto que antes de soñarte intentaba ya olvidarte. Es cierto que todo eso sucedió sólo en mi cabeza. Pero también es cierto que, secretamente, esperé que tú hubieras soñado lo mismo, y que mi anhelo más preciado estuviera más a mi alcance de lo que imagino. Me pregunto cómo es que me pasan estas cosas justo cuando quiero alejarme, pues llega un sueño que hace tambalear mis convicciones y vuelves, vuelves a ser la chica que quiero. Vuelves a hacer tuyo el protagonismo de mi vida, el centro de lo que escribo.

Pero finalmente desperté: eso era algo inevitable. Y la luz del día fue la responsable de disipar aquellos recuerdos de un día que

nunca existió.

Eres ese miedo
que me hace ser valiente.

Heber Snc Nur



La carta que dejé bajo tu almohada

Querida:

Te he visto en todas tus formas y en todas me atrapaste. Existe en ti una magia que desconoces y de la que, al mismo tiempo, eres consciente. No sé explicártelo con otras palabras. Sé que me lees y que hace tiempo has estado deseando que deje de estar tan triste. Es esto de extrañarte y sus efectos colaterales… No me quejo, pero al mismo tiempo yo también desearía dejar de estarlo. Hace algunos días que vengo intentándolo, créeme, pero escapar siempre será difícil cuando sabes que estar libre no te traerá de vuelta a las personas. Tú te has ido y me dejaste con varias incógnitas flotando en mi mente. Quererte me ha funcionado como consuelo y por las noches, cuando más te extraño, recuerdo las cosas bonitas que pasamos, sino juntos, al menos al mismo tiempo.

Después de ti eso es lo que queda: recuerdos. Ojalá las despedidas fueran simples fotografías que podamos romper en mil pedazos, y quemarlos todos, reducir a cenizas el pasado. Qué fácil se lee, ¿no crees? Pero no te confundas. Es cierto que puedo estar triste la mayor parte del tiempo, pero eso no quiere decir que no sea feliz en ocasiones, en especial esas ocasiones en las que sé que, si bien nada cambia, todo puede terminar en cualquier momento. Espero que suceda con todo menos contigo, que tú no te acabes nunca, o que no te acabes mientras a mí me queden ganas de seguir recordándote y de seguir maldiciendo aquel veintiocho de febrero.

Sólo vengo a decirte que, a pesar de todo, es genial saber que parte de mi historia la escribí contigo. Para reproches, lo de antes, lo que ya no sirve. A partir de ahora quiero seguir un protocolo de paz y conciliación. Y decirte que tus recuerdos son bienvenidos siempre y cuando no traigan las intenciones sucias de arañarme por las

noches y que, mientras me dure esta racha de odiar al mundo si no puedo quererte, tú decidas que la distancia ya fue suficiente y vengas a abrazarme cualquier día de estos, como una despedida en buenos planes, para tomarle una fotografía y mirarla en cualquiera de mis insomnios. Así, cuando me sienta triste y te quiera de vuelta, sólo me bastará con partirla en dos. Me haré la idea de que no existes y que el conocerte fue parte de un sueño que voy olvidando.

Querida, sabes que mi alejamiento no es con malas intenciones, y que preferiría morir si tengo que soportar una noche más al borde del precipicio. Es por nosotros que me voy. Para que nuestros pasados vivan en paz, allá lejos, de donde nosotros no podamos traerlos de vuelta. Ellos, que son el eco de experiencias lejanas, merecen estar tranquilos, como nosotros, aunque vivamos con el constante presentimiento de que nos falta algo. Pero qué puedo decirte. Desde que dos deciden alejarse, las circunstancias conspiran para que siempre se hagan falta, sin importar si al final ellos no consiguen olvidar del todo el camino que dejaron a sus espaldas.

Mi vida es una disculpa

Necesito dormir. La falta de sueño a veces hace que diga cosas inconexas. Creo mundos donde no debo, me tropiezo con cualquier piedra, incluso si esta se encuentra lejos y para llegar a ella me falte como medio kilómetro. No espero que me entiendas, yo tampoco trato de explicarme. Hoy no, al menos. No lo haré porque necesito dormir. Los ojos me pesan, estoy un poco mareado, este malestar es el saldo que me cobran las cuatro horas de sueño al día que he tenido desde ya no sé cuántas semanas.

He soñado contigo también (el insomnio de vez en cuando se apiada y me compensa con este tipo de cosas). Ahí no vivíamos lejos, yo fui a verte al trabajo, ¿sabes lo que eso significa? Que nada era imposible. Desperté con la sensación de que me hacía falta algo, y no era para menos. El día anterior me dijiste tantas cosas bonitas, que seguramente eso me puso a soñarte.

He estado haciendo las cosas a medias últimamente, excepto el quererte, eso siempre hago el doble aunque tenga las fuerzas por la mitad. Dejé de apuntar las frases que se me ocurren durante el día, bajo más seguido los escalones a la demencia, conservo la calma durante un minuto, y después, grito. Lo hago con los pulmones hinchados de aire. Desde afuera nadie escucha, esa es la ventaja de vivir solo. O sentirte así. Ya no sé si soy miembro de mi familia o si hace tiempo que me he ido y ellos simplemente se han acostumbrado a mi presencia.

Pero, por si acaso, evito evidenciar mi desesperante deseo de largarme, por eso también es que no soy el mismo, y eso se lo debo a mi insomnio y a ti, que vienes todos los días, me hablas de cómo te gusta que te reciten poemas y te quedas toda la noche a hacérmelos escribir.

Nunca he sido esclavo de nadie pero contigo ya estoy dudando. Ya sé que no estoy encadenado, que no me pones un

arma en la sien y que tampoco me amenazas con algo si no te escribo algo, pero sabes que me gustan mucho los protocolos y entonces sonríes, me clavas un «te quiero» con ecos incluidos y me dejas a solas, a sabiendas que todo aquello no es más que un chantaje a mi subconsciente, que sigue normas que no se han escrito para la creación de los poemas.

Sabes que después de aquello seré incapaz de resistirme a contarme historias felices, a escribir cuantas veces tu nombre aparezca como marca de agua en un papel en blanco. Sabes que estaré al pendiente de una sonrisa, de una palabra, de un empuje que me lance a mentirme de la manera más ingenua posible. Y aquí me ves. Hoy mi vida es una disculpa. No tengo visión del futuro y si trato de hacerme una idea, no veo más que un desierto frío y oscuro, donde nacen las esperanzas y mueren por falta de alimento. Hoy he querido ir en contra de mí mismo. He necesitado un buen golpe en la cabeza, una buena dosis de café y tu foto para terminar de escribir esto. Y no. No eres tú la que no me deja aunque tampoco me tengas, sino que soy yo el que se deja atrapar aunque aún me faltes. Eso es algo que tampoco voy a explicarte.

Hoy, como siempre, paso de dormir. Este es un juego peligroso y yo no es que me quiera tanto como para cuidarme.

Si estás al final del camino, a mí me basta. Y si te vas antes de que yo llegue, recibiré con resignación el golpe. Me haré un lugar en medio de aquel desierto, miraré las estrellas, pediré un par de deseos y ninguno tendrá que ver contigo. Sólo entonces me pondré a dormir.

Tú perteneces a una realidad
que sólo existe
cuando cierro los ojos.

Heber Snc Nur



Ese futuro

Eres la única chica con la que he querido todo. Y ese todo abarca varios planes y viajes, un matrimonio, una familia y algunas otras empresas. Eres la única con la que he querido realmente ser feliz, cumplir los imposibles, celebrar los aniversarios, no olvidar nunca lo cerca que he estado de hundirme hasta que me rescataste. Eres tú a la que he querido eternizar para siempre y morir a tu lado; escribirte como nunca y amarte hasta que se me acaben las fuerzas, y seguir buscándolas solo para no dejar de amarte, para no dejar que se nos pase la vida sin nosotros, sin esas peleas de quién quiere más al otro, sin los atardeceres bonitos, sin las noches preciosas.

Es imposible no creer que, ya lejos, aún tenemos ganas de encontrarnos. Te diría que yo aún te busco a diario, pero cuando estoy cerca de llamar a tu puerta, un miedo nace en mi interior y no me atrevo, como si te hubiese perdido al punto de creer que, cuando esa puerta se abra, quien salga no seas tú sino una desconocida. O que salgas tú y que, esta vez, el desconocido sea yo.

No olvido lo que tuvimos ni creo que vaya a hacerlo nunca. No solo porque eres tú y tu belleza me resulta cautivante. No solo porque has claudicado mis tristezas y supiste, en su momento, arreglarme este mundo roto y con tantas grietas. No olvido porque, cuando te quise, me prometí hacerlo para siempre, aunque luego no supe medir mis límites y este para siempre que pretendía romper hace tiempo, se ha ido prolongando hasta ahora, a trescientos y tantos días de distancia. Es un para siempre de esos a los que tanto les tenías miedo, el mismo que preferiste mantener alejado para que no te doliera cuando se terminara y que aun así terminó doliéndote el doble.

Es que nos quisimos como poco se sabe querer hoy en día: de una manera contradictoria, de esa forma de hacer promesas con cada sonrisa. La tuya era, es y seguirá siendo preciosa, lo supe

desde que la vi por primera vez, el mismo día en que también comprendí que alejarme de tu sonrisa iba a dolerme más que perder la mía. Nos quisimos así, sabiendo que estábamos en un estado donde alejarnos significaría matarnos un poco. Y luego la muerte nos hizo varias visitas, robándonos algo valioso en cada una de ellas. No hemos dejado de morir desde entonces, lejos de aquellos planes que difícilmente voy a querer cumplir con otra, esos planes que de seguro nos estarán esperando para demostrarnos que los para siempre realmente no tienen por qué tener finales.

Quizá la solución para este mundo que se cae, no sea volver, sino continuar hasta que nos tropecemos algún día de nuevo y no me reconozcas, y que al mirarme a los ojos mi nombre ni siquiera salte a tu memoria. Yo me presentaría ante ti como quien reescribe una historia desde la primera página. Te oiría reír como si nunca hubieses llorado antes, como si nunca te hubiese lastimado. Para entonces ya ni siquiera nos quedaría más que la promesa de una ilusión que no va a romperse, un para siempre a nuestra altura (o nosotros a la suya), una nueva oportunidad de esas que alguien más dejó ir. Seguramente, hasta volveríamos a creer en el amor y el único miedo que tendríamos será el no estar queriéndonos lo suficiente.

Si todo eso ocurre, lo más seguro es que no haya perdido de vista ese futuro y volvamos al camino de antes, con la diferencia de que esta vez no cometeremos los mismos errores —y a ser posible, ninguno—, hasta que llegue aquel día donde me atreva a romper el silencio y te diga, muy de cerca, que eres y siempre has sido la única chica con la que he querido todo.

Ilusión de porcelana

Tengo que hacerte una confesión: pienso en ti de una forma muy pasional. Es increíble darme cuenta, al pensarte, de que te quiero de esa manera que pensé que ya no iba a volver a querer a alguien. Como un giro de último momento que me demuestra que cualquier camino que tome en mi vida terminará en ti a partir de ahora, porque todo ha cambiado desde que te conozco.

¿Alguna vez has observado un campo de girasoles de noche? Como toda flor, su belleza se apaga y parecen marchitos, hasta que amanece, y entonces vuelven a florecer con fuerza. Hay una parte de mi alma, querida, que era así: volvió a florecer cuando entraste a mi vida. Supe que en mi interior también existían las estaciones cuando llegaste a encenderme la primavera.

Algo curioso de los girasoles es que, durante las noches, lo que hacen es tornarse hacia el este con el objetivo de esperar un nuevo amanecer, así que, supongo, esa parte de mi alma que permanecía dormida, marchita, apagada, simplemente estuvo esperando el resplandor de tu llegada, sin dejar de apuntar hacia ti. Y apareciste, claro.

Ojalá, querida, ojalá supieras lo mucho que has salvado en mi vida, lo que significas ahora que estás en ella. Incluso para un escritor las palabras a veces resultan insuficientes, por eso todavía me permito creer, aunque parezca ingenuo, no me importa.

Me permito creer en ese «algún día», como si la magia hace tiempo no se hubiese reducido a ser un anhelo perdido, un recurso de última hora de aquellos que eligen creer en cualquier cosa antes que enfrentarse a una realidad que les supera. Porque sé que estás distante, pero también que no eres inexistente. Sé que sonríes, aunque no pueda verte. Sé que eres real, sé que hay calles que te reciben, que hay paisajes que tienen el privilegio de contemplarte.

Más de una vez nos he imaginado caminando de la mano, como ocurrió en mi sueño la última vez. Fue tan real, tan vívido, que no exagero si digo que fue el sueño más maravilloso de mi vida. Más de una vez he querido tenerte a mi lado, para que puedas presenciar en primera fila cómo voy creando un poema, letra por letra, construyendo un edificio de palabras donde sólo había un terreno baldío. Más de una vez he deseado romper la pantalla, sacarte de las fotos, que la distancia sea reducida a una brizna de polvo que se evapora con el más mínimo suspiro. Esa es la forma en la que pienso en ti.

No escribo esto para hacer que pienses en mí de la misma forma, sino para que comprendas el tamaño de este anhelo que cada día se hace más grande. No es tu culpa, tampoco. Nadie pone en orden los sentimientos de un alma que vibra con luz y vida propia.

Te tendré formando parte de mi vida como un matiz de esperanza. Te tendré así porque está más que claro que a veces sólo dependemos de una ilusión para ser felices, porque no hay nada más bonito que aferrarnos a la posibilidad si eso nos permite escaparnos, aunque sea por un instante, de una realidad en la que nada es como queremos que sea.

¿Te veré alguna vez? No lo sé. ¿Te abrazaré algún día? No lo sé. ¿Podré caminar a tu lado, llevarte de la mano a mis lugares favoritos? Posiblemente no. Pero no me importa. La poesía también acerca almas. El arte también acorta distancias de espacio y tiempo. Así que, mientras existas y mi voz todavía mencione tu nombre, te sentiré, te soñaré, porque eso es parte de convertirte en arte, en literatura; es parte de hacerte inmortal con mis palabras. Y algún día, si esa ilusión tan grande deja de ser ilusión y se vuelve real, podré verte y compartir momentos a tu lado que me permitan conocerte de forma más profunda, y añadiré a mi repertorio de recursos poéticos tus manías, tus gestos, tus costumbres. Y sólo entonces, querida, sólo entonces podré sentir que mi poesía por fin está completa.

Bendita circunstancia

Fue el amor más allá del tacto. Fue el amor más allá de un instinto. Fue el amor un arte sensorial nacido de dos cuerpos que cuando se conocieron pudieron descubrir que encajaban perfectamente. Fueron días ahogados en lágrimas, años reducidos a gemidos, fueron kilómetros que se quemaban en aquellas pieles cansadas de esperar, que se consumían con furia y abandono al amparo de una noche estrellada en una playa de ensueño. Nadie estuvo ahí para ver cómo los ojos de ella se entrecerraban con cada caricia, con cada beso. Nadie estuvo ahí para describir la forma en la que él la poseía, con desesperación y delicadeza, como temiendo perderla, como intentando unir su alma con la suya. Un huracán de olvido limpió sus almas del rencor de la distancia y, para cuando los primeros rayos del sol asomaron por el horizonte, los dos cayeron rendidos al cansancio, profundamente agradecidos con aquella bendita circunstancia del destino que les concedió por fin un instante con el que llevaban años soñando y que, si hubiera dependido de ellos, no hubiese terminado jamás.

Todavía guardo la esperanza
de decirte algún día
todo lo que siento
mirándote a los ojos.

Heber Snc Nur



Dilección

Y después de mucho tiempo, volví a verla. Serena, radiante, preciosa. Estaba como la recordaba, pero más ligera de cargas mentales, con ese brillo en los ojos que sólo confiere la experiencia. Caminamos, charlamos; tocamos ese tipo de temas tan trillados entre dos que alguna vez compartieron la vida y que ahora sólo comparten palabras. «Me voy pronto —me dijo en aquel puente, bajo el que transcurría el tráfico de esta caótica ciudad—, no me pienso establecer aquí». Y en ese momento, pensé que «aquí» era mi vida. No me extrañó en absoluto; ella nunca se establecía en la vida de nadie. Barajaba posibilidades, creaba vínculos convenientes y marchaba hacia puertos seguros. ¿Cómo iba a pensar yo, un completo ingenuo, que aquella mujer de secretos y aventuras iba a elegirme a mí? Pero en ese momento, mirando la infinidad de las luces de los autos transcurriendo en ambas direcciones, se me ocurrió una de esas ideas tan locas que vienen casi siempre de la mano de la urgencia por decirlas:

—¿Y si te acompaño…?

—No seas tonto —cortó.

Y me tragué las palabras. No debí haberme dejado llevar por la emoción.

—¿Recuerdas la primera vez que me fui? —preguntó—. Fue porque necesitaba el trabajo y me hacía ilusión vivir en otro sitio. Las cosas han mejorado, claro, pero no tanto como para establecerme definitivamente allá…

—…ni allá ni acá —completé.

Me miró a los ojos. La tentación de besarla era incontenible.

—¿Algún día podrás perdonarme? —preguntó.

Resoplé.

Perdonarla. ¿Por qué? ¿Por haberme hecho el hombre más feliz del mundo aunque aquello hubiera durado poco más de un año?

¿Por haberme dado un motivo para escribir, para ser mejor… en fin, para vivir?

—No tengo nada que perdonarte —contesté—, pero todavía tengo mucho que ofrecerte.

Ella me devolvió esa sonrisa de nostalgia y esperanza… esa maldita sonrisa la volvía inevitable. Esa sonrisa lo embellecía todo, lo abarcaba todo, lo perdonaba todo…

—¿Y qué puedes darme que no me hayas dado ya? —preguntó.

—El resto de mi vida. Esa parte no se la he entregado a nadie aún, ni siquiera a mí mismo.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que sea oportuno hablar de esto. No quiero soñar tanto de nuevo para que después las cosas se compliquen y tenga que…

—¿Qué? ¿Irte?

—Sí. Irme.

—Nos vamos juntos.

—No es tan fácil. No insistas con eso. Estoy aquí porque hoy es mi último día en la ciudad y no quería desaprovechar la oportunidad de verte. Mañana temprano vuelvo a viajar.

—¿Mañana temprano? Entonces tengo tiempo suficiente para hacer mis maletas —dije.

Ella rio.

—Estás loco. Aquí tienes tu vida, tus amigos, tu trabajo, ¿qué te falta?

Tú, pensé.

—Hay algo que tal vez hayas olvidado —dije—. Antes de que te fueras por primera vez, te hice la promesa de esperarte. No me importó pensar en la distancia, en el tiempo que íbamos a pasar lejos, o si alguna vez alguien más iba a venir a mi vida a reemplazarte. Y ahora sigue sin importarme eso, pero tengo que advertirte que ya no pienso seguir esperándote. Ahora pienso seguirte, acompañarte, porque si tú te vas, ahí donde estés también estaré yo; porque nunca tuvimos razones para separarnos más allá de una distancia que puede acortarse. Y si tienes que ir, entonces

voy contigo. Porque esta dilección es más fuerte que cualquier problema. Porque te quiero. Y a estas alturas de mi vida no creo que pueda dejar de hacerlo.

Ella entonces me abrazó, intentando ocultar sus lágrimas en vano. No puedo probar nada de lo que estoy a punto de decir, pero en aquel encuentro de nuestros cuerpos, tan cercanos como estaban, sentí que las conexiones más elementales de una pareja volvían a hacerse vigentes.

Mi alma había extrañado la suya; su alma había extrañado la mía. Al tenerse tan cerca, volvieron a nacer, como si resurgiesen de su letargo hasta hacía poco ininterrumpido al descubrir ese calor mutuo. En aquel abrazo comprendí que nuestras almas se habían echado de menos desde el primer día que nos alejamos.

—También te quiero —la oí decir.

Sonreí y, casi con timidez, como si fuera la primera vez que iba a hacerlo, la besé. Su boca, al contacto con la mía, hizo que todo mi interior temblara. Ese beso despertó en mí sueños dormidos, metas por cumplir, caminos por recorrer, una vida por la cual luchar. Ese beso me confirmó que la decisión de acompañarla era correcta, que no me equivocaba al quererla de ese modo, del modo que sólo pueden quererse a aquellas personas que uno no está dispuesto a perder nunca. Si ella no se establecía en la vida de nadie, al menos yo iba a establecerme en su volatilidad y de ese modo planeaba demostrarle que soy alguien que merece la oportunidad de un deseo sempiterno, la oportunidad de una seguridad que iba a corresponder con mi determinación de vivir para ella, de quererla como nadie la quiso nunca, tal vez como ni yo pude quererla antes. Pero estaba dispuesto a corregir las cosas, si aquello me garantizaba tenerla conmigo.

Al término de aquel beso que pareció milagroso e interminable, solté:

—Entonces, ¿juntos de nuevo?

—Juntos para siempre —respondió ella.

—¿Como la primera vez?

—Y como la última.

—¿Cuál última?

—Esta será la última.
Y supe que esta vez sí iba a ser para siempre.

Profunda incertidumbre

Nunca sabré por qué te quise realmente. Si fue por la idealización febril de mi época más tierna y novicia, si fue por la ilusión latente de un futuro a tu lado, si fue por el cariño que lograbas transmitirme a través de una pantalla. Nunca sabré si realmente eras tal como te imaginaba, si tenías esa magia de la que me enamoré, o si acaso la magia siempre estuvo en mí, y podía percibirla a través de lo que llegabas a inspirarme.

Nunca sabré si pudiste haber sido como en mis poemas. Si acaso te quedaba aquella capa de heroína, o si preferías los ramos de violetas que, al menos por entonces, todavía te gustaban. Nunca sabré realmente si tocarte encendía esa chispa de energía que le hacía falta a la maquinaria de mi alma, o si acaso bastaban tres palabras tuyas para provocar los nubarrones que les robaban el brillo a todas las calles de mi cordura.

Nunca sabré, antes querida, cómo será haber podido hacerte real, cómo habría sido nuestra convivencia: si hubiese estado llena de complicidad y unión o si, por el contrario, hubiésemos adquirido la mala costumbre de intentar caminar por la misma línea mirando a lados opuestos. Nunca sabré por qué te quise, de dónde provenía tanto amor, pues al final todo ese futuro fue fruto de mis sueños, de mis mejores intenciones, de esa parte de mí en la que ya no me reconozco y que se extinguió llevándote consigo.

Nunca lo sabré porque ya no hay posibilidades. No ahora, que ya tú volviste a renacer en los brazos de otro, y yo dejé morir a la versión mía que conociste. Todo lo demás se lo llevaron los kilómetros que nunca nos atrevimos a enfrentar, los viajes que nos separaron más de lo que nos unieron, los mensajes que nunca enviamos a tiempo, las ganas que llegaron tarde.

Al menos fue real nuestro fracaso, el sentimiento al que nunca logré despojarle el luto, los poemas que se convirtieron en libros, las

mujeres que envidiaron tu lugar en mi vida... Nos queda el final de una historia que necesitó más valentía que protagonismo. Supongo que no estuvimos a la altura de un elenco de telenovela, de los doramas que tanto te gustaban. Queda la profunda incertidumbre de si algún día volveré a sentir lo mismo por alguien más, si podré reemplazarte de esa forma rauda y frívola con la que tú lo hiciste conmigo. Queda aquel rastro, un montón de notas de voz que suenan a otra época, un álbum de fotos que nunca podrá devolvernos todo el tiempo que perdimos teniendo miedo…



He soñado con que
ya no era necesario
soñarlo todo.

Heber Snc Nur

Querida nadie

Todas las cartas reunidas

Carta a mi futura musa

Domingo 13 de septiembre, 2015

Querida Nadie:

A veces pienso que te escribí esta carta hace mucho tiempo y que todavía soy incapaz de terminarla. Me temo que nunca supe del todo cómo o dónde buscarte y que por eso he ido sin rumbo por la vida de otras que, de alguna manera, se parecían a ti, pero que no tenían nada que ver contigo. Tú siempre me has recordado a uno de esos sueños que nunca supe de qué trataban pero que a diario me esfuerzo por cumplir sin conseguirlo. Creo que mi vida últimamente ha ido a ese ritmo. El tiempo es inexorable y, qué puedo decirte… si me pongo a mirar atrás no sabré exactamente en qué lo he invertido y si aquello ha valido la pena. Sólo sé que estoy cansado. No tengo ni dieciocho años y te juro que siento que en cada cosa que escribo envejezco de golpe, como si mi vida se fuera en cada palabra, arrastrando consigo una edad que no voy a vivir nunca.

Tengo que decir que me gustaría haber tenido más oportunidades. Me gustaría haber hecho las cosas bien cuando pude porque a estas alturas siento que cualquier cosa que intente va a estar incompleta si no estás tú para cumplirla conmigo. Tú no has llegado todavía, pero, ¿sabes?, aun si hubieras estado desde el principio yo hubiera sentido que llegabas tarde. Cómo explicarlo… es que siempre voy a desear que estés antes.

Querida Nadie, todavía no te conozco pero desde ya te quiero, y sé que te mereces todo el romanticismo que le quede a este desastre de persona. Te mereces todo porque, aunque yo te esté esperando antes, sé que llegarás en el momento oportuno, lista para poner en orden mi mundo que lleva mucho necesitando de un buen salvavidas.

Es curioso pensar en estas cosas porque antes creía que el tema del amor era uno de los que quería olvidarme, aunque luego

me di cuenta de que en mí todavía vive ese niño que cree en los sueños y en todo cuanto sea rescatable en este mundo y que, pese al intento de propios y ajenos de matarlo, sigue pidiendo una última oportunidad. No quiero ni puedo negársela, por eso te espero. Te espero porque sé que cuando llegues voy a reconocerte de inmediato. No he visto nunca tu sonrisa pero estoy seguro de que eso es un detalle que te distinguirá de las demás: ninguna sonríe tan bonito como tú lo haces. Cuando te abrace mis heridas olvidarán lo que es el dolor y las cicatrices para ese día habrán ensayado su mejor sonrisa.

Oye, por cierto, he soñado contigo. No recuerdo cuándo, pero fue una noche en la que desperté y lo primero que hice fue buscarte. Traías las promesas más bonitas del mundo en los labios y una primavera instalada en la mirada. Yo recuerdo que me abrazaste y sentí cómo algunos engranajes en mi interior volvían a funcionar luego de haberlos tenido por obsoletos. Pronunciaste mi nombre seguido de un «te quiero» y fue como tener música de fondo en una escena que no podía ser más preciosa. Han pasado días y en cada uno de ellos le ruego a Dios que me permita volver a soñar lo mismo, aunque sea por última vez, porque nunca llegué a saber el final de aquello. En noches como esas es cuando más me haces falta.

Creo que tienes que saberlo. Y no te sientas mal, es que es sólo esta necesidad de asegurarme de que alguien estará allí para mí cuando esté a punto de rendirme. Yo voy a seguir esperándote, convencido de que las que vengan antes de ti no me harán ni la mitad de feliz de lo que voy a ser contigo, y voy a pasar de ellas.

He planeado un futuro a tu lado. Tengo incluso el nombre de nuestros hijos. Sí, mira, no te rías. Puede que te parezca una tontería pero es verdad. No sé si te guste la idea, pero he considerado que podríamos tener una mascota. Es gracioso escribirte de esta forma considerando que eché este tipo de pensamientos lejos de mí sin la esperanza de volver a tenerlos en mi mente. Pero, como te lo mencioné, creo que tú tienes la capacidad de hacer que mis ruinas vuelvan a ser la ciudad poblada de esperanza que era antes de convertirse en este lugar turístico que

nadie ha visitado desde que declaré mi voluntad interna de reconstruirla en bancarrota.

Querida Nadie, tienes que saber que hay tardes en las que, paseando por el centro, veo a muchas parejas felices sonriéndole al mundo como quien exhibe su felicidad a los cuatro vientos, y me dan ganas de prometerme que, cuando pueda tomarte de la mano, estaré así o más enamorado. Que incluso voy a ser capaz de soñar con llevarte al altar algún día y darme cuenta de que la vida comienza en el preciso instante en que recibo la autorización de besar a la novia. A mí me hace mucha ilusión, créeme. Yo contigo me casaría todos los días.

Pero tranquila. Voy a estar aquí, esperándote, porque sé que vales la pena, la alegría, y todo en lo que no he tenido esperanzas de volver a creer. Tengo escritos los poemas que voy a recitarte a solas, las agendas que tienen los días llenos de una cita contigo, y las canciones que te he estado dedicando mientras tanto. Cuando llegues, comprobarás que, pese a todo, he sabido resistir por ti, por nosotros, y por ver esa vida con tu sonrisa despertándome por las mañanas. Quizá, para cuando llegue ese día, voy a saber qué es lo que continúa de aquel sueño que dejé incompleto, o puede que me encuentre con la sorpresa de que el sueño comienza ahí, justo cuando me dices que vas a quedarte para siempre y que todo este tiempo llamándote en silencio ha valido la pena.

Quiero que te tomes tu tiempo porque después de todo eres libre. Espero que disfrutes de la vida mientras tanto. Sé que lo nuestro puede tardar y que aquello conlleva muchos planes, días, lugares, personas y circunstancias varias de por medio. Sólo no te olvides de mí, y ten en cuenta siempre que aquí hay alguien que va a quererte sin importar cuánto más tenga que esperarte, aunque eso implique dejar sueños de lado. Tú eres el más bonito, después de todo.

Tuyo siempre, Heber.

Más niño y menos adulto

Sábado 3 de diciembre, 2016

Querida Nadie:

Hace tiempo no te escribía. Necesitaba que supieras que estoy bien, y que el oasis que tengo delante de mis ojos ahora mismo, se ha secado con la demasía de calor, de indiferencia y, sobre todo, de errores míos.

En estos últimos días creí haberte encontrado, ¿sabes? Ella también tiene constelaciones en el cuerpo, aunque, claro, qué va a saber de universos. Tú incluso tienes una forma de caminar única. Y no hablo en un sentido literal, hablo de tu forma de proceder a las cosas. Calculas, planeas, ejecutas. Y sea cual fuere el orden en que lo haces, siempre lo haces bien. Tu forma de caminar, de vivir, y bueno, todo lo que tienes es lo que te hace diferente al resto. Por eso es que me siento culpable por haberte confundido. Es que, en mi interior, ahí donde habitan las cenizas que dejó el incendio, esperaba que fueras tú. De verdad lo esperaba.

La última vez que te escribí tenía diecisiete años aún. Quiero pensar que recibiste la primera carta de parte de un niño o de alguien que apenas estaba aprendiendo a ser adulto. La diferencia con el que soy ahora sólo está en la edad, porque le sigo teniendo miedo a los espacios cerrados, a menos que estén oscuros, pues en el resto de cosas he cambiado. Antes creía más, me entregaba más, moría por vivir contigo. No, no es que haya dejado de quererte, es que he estado averiguando qué es eso que muchos catalogan como amor propio y que dicen que me hace falta. De mis pesquisas no tengo mucho que contarte: no le he hallado diferencia con aquel hermetismo egoísta de quienes miran por sí mismos antes que por los otros. Eso ya lo tengo, aunque una vez que me enamoro, los papeles y la jerarquía de mis prioridades cambian enormemente.

Lo que te espera conmigo es una vida de esas que pueden encontrarse en libros, en especial en esas novelas melodramáticas de amor y tragedia, de magia y silencio, de luces y figuras que decoran el resto de la historia. No puedo darte lo mejor, pero sí todo lo que tengo o, al menos, mi parte buena, esa que todavía te espera y que cada día se encoge por exceso de daños y por falta de motivos. Una vez que estés aquí quiero demostrarme a mí mismo que puedo amarte como sólo puede amarse una mujer como tú: con ganas, ímpetu, determinación y mirando siempre hacia delante.

Sé que si llegas lo sabría. Te reconocería al instante y me dirás lo que tanto tiempo he querido oír de alguien. Sólo espero no equivocarme, aunque he pensado también —y con una triste resignación— que quizá mi mayor muestra de amor sea dejarte y que tú encuentres tu camino, entender que por muy ideal que fueras para mí, tu lugar simplemente no es a mi lado, entender que estás hecha para el viento, y que esperar que te quedes —o al menos, que llegues— es ir en contra del amor que digo tenerte.

Y, eso, que estoy muy triste porque temo haberte dejado pasar sin darme cuenta, o que ya te haya encontrado y haber jodido las cosas, eso también pude haber hecho sin querer.

Puede que quizá no estemos destinados a estar juntos. Creer en el destino cuando se sabe que puede ser cruel es como disponer la cabeza bajo la guillotina esperando a que a nadie se le ocurra soltar la cuchilla...

Quería decirte que mis sueños contigo siguen intactos, las que se van acabando son mis ganas de cumplirlos o, mejor dicho, mis fuerzas. Me he dedicado a otear por una mirilla distinta de la puerta, he encontrado un cristal de un color que nunca he visto y todo a través de él se pinta de un peculiar tono de rareza. Lo que conocía antes, lo que creía, lo que tenía por convicciones se van reemplazando por cosas abstractas, aunque en su mayoría se esfuman.

Así que sigo siendo el de hace dos años, pero incompleto. Me falta tanto aprender a quererme, saber lidiar con ciertas metas incumplidas, con los fracasos que colecciono de mis empeños por

seguir adelante, aprender a ver a las demás personas como lo que son y no como el peligro que me representan.

Me falta aprender a arriesgarme de nuevo, a no evadir responsabilidades, a ser más directo y sincero conmigo mismo. Lo poco que me queda lo guardo para ti, porque espero que puedas multiplicarlo y volverme aquel chico lleno de ilusiones y sueños, más niño y menos adulto. Sabes de lo que hablo.

No tengo más que contarte por ahora. Por estos días, tan oscuros y escabrosos, donde la muerte y la tristeza rondan armadas hasta los dientes, la única paz que encuentro es esa que aún Dios me permite, pese a todo. Si quieres llegar antes de lo que planeas, te lo agradecería, aunque sé que todo es mejor a su tiempo y que hay un orden que es recomendable seguir.

Sólo te diré que, cuando sea el momento y decidas venir a por mí, leas esta carta de nuevo. Aquí encontrarás el modo de encontrarme.

Tuyo siempre, Heber.

Una cavidad desértica

Sábado 10 de junio, 2017

Querida Nadie:

Te sorprendería saber que ya no te espero, o que, en lugar del amor, hoy me aferro a la vida. Lo que no te sorprenderá es saber que, aunque no exista amor sin vida, casi siempre he tenido vida sin amor. Por eso para mí ambas palabras y sus respectivos conceptos tienden a desvincularse. Perdona si sueno un tanto negativo y si ya no me esmero por conseguir tu admiración como antes. Estoy en una etapa donde todo es un decorado. Si te contara, querida, sabrías incluso cuán barata es mi sonrisa. Si algún día decides no aparecer por aquí aunque te siga esperando, yo lo comprendería. Te lo aseguro. Aprenderé por obligación a quererte sin esperar que vengas y a esperarte aunque no me quieras… En qué nos hemos convertido, querida. Cómo y por qué.

No quiero aburrirte, pero te cuento que las clases en el instituto van bien; tampoco quiero enamorarte, pero leo más libros que antes. ¿Recuerdas la primera carta que te escribí? Espero que la conserves. Por aquel entonces aún era amigo de la máquina de afeitar, era más dócil y escribía mucho. Ya he pasado por esto antes, la diferencia está en que hoy no me siento culpable por ser indiferente. He comenzado haciendo reformas y he terminado por caer de nuevo en la rutina. Creo que no hay vida que gire en círculos todo el tiempo, ni persona capaz de resistir tanto mareo. Mi poesía siempre apuntó a ti, las musas que tuve antes sólo fueron intermediarias y me costó menos dejar de quererlas que haberlas dejado quedarse. Esto es increíble, querida: un día no puedes vivir sin alguien y al siguiente no la recuerdas. No me he esforzado por entenderlo. Tú tampoco lo hagas.

Querida Nadie, tu espacio en mi vida se ha convertido en una cavidad desértica, árida. No te conozco, tampoco te culpo, sólo

entiende que si voy a seguir escribiéndote necesito una razón más grande que la esperanza. Más grande que ella es el amor, pero recuerda lo que escribí al inicio de esta carta. Te encomiendo la tarea de buscar algo que vuelva a hacer que crea en ti para no sentir que le escribo al vacío. Eso último es lo más seguro, pero no permitas que llegue a ese extremo. Claro, sólo si quieres. Hoy ya no pienso convencerte de, ni exigirte nada. Nunca lo he hecho, sólo te lo recuerdo.

Siempre creí que estaríamos juntos. Soñé tantas veces con decirte: «Mi única rutina contigo será la de amarte de distintas maneras todos los días». Yo, que para cumplir promesas soy tan hermético como para no hacérselas a cualquiera. Aún creo en la probabilidad, pero ya no en la posibilidad. Te lo explico rápido: la probabilidad radica en conocerte; la posibilidad, en que existas. La primera depende de la segunda y de la segunda no tengo pruebas contundentes. Sin embargo, eres parte de mi vida, lo sé porque me siento incompleto. Pero a quién quiero mentirle. Llevo años comprobando que tú perteneces a una realidad que sólo existe cuando cierro los ojos.

Tuyo siempre (o nunca), Heber.

Esta no es una despedida

Domingo 18 de junio, 2017

Querida Nadie:

He pensado que, si existieras, acabaría por cruzarme cualquier día contigo. Pienso también que no hace falta forzar nada, sino dejar que todo caiga por su propio peso, aunque parezca cliché. El amor del bueno nunca termina flotando en el agua. No hay nada peor para algo tan sólido que quedar inestable sobre algo que bien le serviría para sumergirse. Las vistas superficiales pueden ser hermosas, pero es recién cuando llegas hasta el fondo que descubres la razón del misterio.

Y a mí me encanta el misterio. Lo he comprobado desde que tengo uso de razón. De cada cosa que le cuento sobre mí a alguien siempre me guardo una parte significativa. No es importante que sea mucho, sino esencial. Si alguien descubriera al paso los secretos que guardo, en lugar de serle más cercano, terminaría por desconocerme. Pero la idea de esta carta no es hablar de mí, sino de ti. Claro, de ti si te quedas conmigo. De ti si vienes a mí. De ti si existieras.

Querida Nadie, al margen del centro sobre lo que gira aquello que escribo, que no es otra musa que una mujer, puedo decirte que estoy preparado para no esperarte, y recibirte si llegas de pura sorpresa. He dejado paralizado aquel megaproyecto de preparar mi vida para cuando llegues. Lo triste de mis playas es que la mayor parte del año permanecen desiertas. No hay turistas. ¿A quién se le ocurriría pagar para contemplar un paisaje vacío? El problema no radica en la falta de recursos, radica en que la ejecución ha sido corrompida y, cuando una herida se abre en mí, en lugar de cerrarse, se extiende. Lo mismo me pasa con la desesperanza, con la desidia, con los vicios y contigo. Pero lo irónico de tu ausencia es que no es vacía. Mientras más faltas, más razones tengo para

escribir, o al menos para seguir aventurándome en otras rutas, hasta llegar a la vida de otras mujeres en las que me permitiré explorar el mundo a través de sus ojos. No quiero permitirme otro desatino contigo ni quiero que tú lo cometas conmigo. Hablar de mí es confirmar la causa de un derrumbe. Luego de tantos terremotos, es posible que un nuevo movimiento telúrico termine por tirarme al suelo por tiempo indefinido. Si luego del desastre consigo levantarme, nunca lo hago de la misma forma. Nunca adopto la misma postura, nunca permanezco en la misma línea, nunca ofrezco la misma sombra.

Si llegas, ¿de qué te serviría? Muchas veces no sabría hacerte sonreír, la mayor parte del tiempo estaré cansado, ni siquiera tendré ganas de escucharte. Si te quedas, ¿para qué? Hay tantos otros mejores que yo, tantos haciendo méritos por ganarse la mitad de lo que me ha tocado vivir a mí. No soy el más afortunado del mundo, ya olvidé esa sensación. Me queda el recuerdo de la ilusión, mas no del sentimiento de estar sobre otros, de ser el centro de la vida de una chica, de, por primera vez, ser importante.

Si en tu camino te cruzas con alguien que ofrece lo que buscas, no te lo pienses dos veces. Lo más seguro es que yo termine por decepcionarte, pues en mí no encontrarás más que vistas a un pasado ajeno, un balneario cerrado al público, un millón de empresas privatizadas por conveniencias personales.

Mi intención no es causarte lástima, que lo sepas. Si llegas te atenderé como a cualquier visitante, te haré pasar a tomar algo, luego te despediré y seguiré con mi vida como si nada hubiera pasado. No estoy listo para entregarme completamente, y es posible que pienses que contigo será diferente. Lo cierto es que para que eso ocurra tiene que haber deseo y predisposición de mi parte, de lo contrario no es posible. Te lo dice alguien que lo ha intentado con otras chicas antes de ti. Tú no tienes mi voluntad en tus manos, así que no te creas especial.

Querida Nadie, son tantas las cosas que me gustaría decirte. Aún están pendientes las promesas que nos hicimos a través de otras personas, pero lo más seguro es que se queden encerradas en su condición de banales recuerdos. No es mi intención desenterrar el

cadáver de la esperanza que quedó sepultada en mi último derrumbe, eso también es cierto. Quisiera que fuera distinto, para qué voy a mentirte. Pero a estas alturas (o planicies), lo más acertado (y decente) es quedarme a ver cómo otros tantos edificios se levantan alrededor de mi vida, y apostarme a su sombra, porque después de todo, yo siempre he sido un animal de superficie, y sé que tú entiendes perfectamente este punto. Aquí firmo mi tregua, mi condición de paz; elevo mi bandera blanca. Esta no es una despedida y espero que no me odies, pero si lo haces, yo lo entenderé, como siempre he entendido. Puedes estar segura de eso.

Tuyo siempre, Heber.



Estás hecha a prueba de olvido.

Heber Snc Nur

Tu destino

Domingo 27 de agosto, 2017

Querida Nadie:

Hoy he vuelto a ver a la chica del escaparate.
Hoy, luego de años.
Llevaba de la mano a un niño;
imagino que un sobrino suyo.
Me preguntó dónde quedaba tal colegio
y casi le doy la dirección de mi casa.
Se marchó ignorando por completo
que varios poemas suyos descansan hoy
en el umbral de mi silencio.

Sigues sin aparecer y yo aún ignoro
a quién dedicarle
mis próximos versos en prosa
y mi triste prosa con rima.

Nunca me había quedado tanto tiempo sin escribir
y aun hoy, cuando intento plasmar alguna frase,
me es inevitable pensar en alguien
como si mis palabras estuviesen
amarradas a un propósito.
No quiero,
querida Nadie.
No quiero.

También he visto a la chica de la mirada subterfugia.
Nunca te hablé de ella y no me extraña.
Era la razón por la que un amigo me odiaba,
pues mientras ella me miraba a mí,

él rogaba por un poco de suerte.
Estudiamos varias semanas seguidas
en la misma academia, en el mismo salón,
en el mismo círculo social
y nunca supe su nombre.

Imagino que tenía algo que ver con sus ojos claros,
pero lo cierto es que nunca una chica
me había inspirado tanta indiferencia.

Y tú, querida Nadie, sigues adornando cada sueño,
cada amanecer, cada transcurrir, cada noche
en la que una palabra mal ubicada
en el incompleto rompecabezas de mi mente
es capaz de alterar mis recuerdos
hasta volverlos cenizas
al consumirse en el calor de este infierno.

Hay veces en las que incluso te dibujo
tal y como te imagino
y me hago la idea de que por un momento existes
y que la razón de mi soledad es porque te espero,
que solo te has marchado por un instante,
que no tardarás en regresar.

Me permito arrancarme un poema,
como si las heridas se curaran con palabras.

Aquella noche estaba tan triste
que no sabía si estaba escribiendo
o si estaba llorando.

Lo peor de crear expectativas
es que luego tienes que sostenerlas.
Será por eso que ya no hago promesas,
ni me sonrío delante del espejo en las mañanas
antes de proseguir con un día

que ya quiero que se termine.

Será por eso que ya no espero nada ni de mí mismo,
será por eso que el amor me cabe en un suspiro,
será por eso que la felicidad
no me dura un minuto completo
y que mis manos siguen humeantes de frío y ausencias.

Será por eso que le tengo miedo a enamorarme,
que ni siquiera sé cómo actuaría
ante aquel «sí» tan ansiado;
que sigo en duda si realmente podré hacer feliz a alguien,
tal como tantas veces me he permitido imaginar,
o si es otro truco de mi inestabilidad emocional
que últimamente no ha dejado de materializarse
entre mis manos frías, mis ojos vacíos,
mi boca sedienta y esta piel desértica.

Debes pensar que miento, querida Nadie.
Pero te equivocas.
Te espero sin quererte,
y te quiero dentro de este odio disfrazado de tristeza.

No es que te ame todavía como para seguir esperándote,
es que ya he aprendido a odiarte
como para que cuando vengas
no tenga que molestarme en abrirte la puerta.

Ojalá que aquel día sea invierno como ahora,
así sabrás cuánto duele perseguir
un rastro que se pierde
entre un viento que te escupe en la cara
lo muy tarde que has llegado a la cita.

A mi pesar, imagino que no te será difícil identificarme.
Sigo siendo aquel que espera en una estación sin trenes,
en mitad del frío, haciendo malabares con sus recuerdos,

mutilando las esperanzas que unas alas rotas
le hicieron perder en su intento de ser feliz.

Solo tú sabes que
no soy tan triste como escribo
ni tan feliz como aparento.

Que llevo las piernas cansadas
de tanto ir detrás de aquellas mujeres
en cuyos rostros esperaba encontrarte.

Si me ves no intentes sonreírme,
no intentes hacerme promesas,
no hagas nada que evidencie
algún amago de cariño;
no finjas nostalgia,
no esperes que me emocione.

Simplemente haz como que me ignoras,
pisotea esta última mueca de triunfo
que me queda en la cara
y pasa de largo,
directamente hasta la puerta de mi vida.
Seguro que sólo ahí, querida Nadie,
te daré la bienvenida que te mereces.
Debes saber que ahí está tu destino.

Y ojalá que aquel día
siga siendo invierno como ahora.



Sólo soy un hombre con el alma a rastras
que aprendió a cargar con la maldición
de verte reflejada en todas las ventanas
de esta decrépita ciudad.

Heber Snc Nur

El umbral de nuestras decisiones

Lunes 20 de agosto, 2018

Querida Nadie:

¿Hace cuánto que no te escribo? Supongo que nos hemos dado un tiempo, ¿no? Quiero decir, yo para intentar no buscarte y tú para pensar bien si quieres ser encontrada. Ha pasado más de un año, querida Nadie. Trescientos sesenta y cinco días, ocho mil setecientas sesenta horas, quinientos veinticinco mil seiscientos minutos, y así podría continuar hasta obtener una distancia kilométrica desde entonces y te juro que —ya no sé si a mi pesar o por fortuna— no he dejado de pensar en ti. No he dejado de idealizarte, quiero decir. Una de las cosas que más me ha costado es entender que te quiero mientras pueda sentirlo y lo sentiré mientras existas. O mientras albergue la esperanza de ello.

Me pregunto también si habrás existido para alguien más, si te habrán abrazado con esa ansia de que el tiempo se detenga, si te han besado desde los labios hasta el alma y del alma al infinito, si te has planteado no seguir tu camino hasta mi meta, o si acaso alguna vez pensaste en mí como un abstracto. Me pregunto si yo para ti también significo un imposible, un sueño que alguna vez tuviste y que no dejaste de buscar las siguientes noches. Me pregunto si anhelarás sentirme, encontrarme; si necesitarás la certeza de que estoy esperándote, de que te estoy buscando, de que hago lo posible para llegar a ti poco a poco.

Ya sé que te dije que no te esperaba. Sé que te reproché injusticias, que no terminé por entender que también tenías tus propias dificultades. Sé que es posible que las circunstancias —que desde siempre han jugado en nuestra contra— te hayan retenido por el camino y que te hayas tardado sin querer por ello. Ese ha sido mi pretexto para pensar en ti, porque no he podido dejar de quererte en trescientos sesenta y cinco días y ya no tengo ganas de hacerlo.

Porque no, no es tu culpa. No te odio. Y nunca lo hice. Sabrás que he continuado escribiendo. Sabrás que no lo he hecho como antes y que he cambiado un poco, según lo que me dicen. Ni siquiera lo he notado en el proceso, querida Nadie. Los cambios que uno ha tenido en la vida son visibles sólo desde el mirador del presente hacia el pasado, nunca a la inversa, así que puedo verlo recién ahora, cuando ya no puedo cambiar nada ni lo veo necesario. Estoy estudiando y me ha ido mejor de lo que esperaba. Me inscribí a un gimnasio y he recuperado gran parte de mi salud física, que para tan corta edad se estaba deteriorando. ¿Recuerdas mis dolores de cabeza frecuentes, mis problemas para dormir, el dolor de mis huesos? Ya no están. Siento estar en un cuerpo nuevo, más fuerte, más atlético, apenas reconocible. Trabajé un tiempo en mi segunda pasión, que es la cocina. He aparecido por primera vez en un medio de prensa de mi ciudad y ha sido increíble. Todavía no me lo creo. Ahora tengo más amigos, el doble de planes y estoy lleno de ganas de cumplirlos. ¿Quieres aparecerte ahora o prefieres encontrarme completamente realizado? No hay prisa, querida Nadie. No hay prisa. Ya no. Ven cuando quieras, que aquí la puerta estará abierta siempre y cuando la que llame seas tú.

En estos meses he tenido tiempo suficiente para darme cuenta de que tú eres la composición de lo hermoso y sus contrapartes. Que no eres perfecta, que eres tan humana y como humana cometes errores, te dejas caer, tropiezas. Por ejemplo, yo, que siempre te vi fuerte y dura como el diamante, tengo que aceptar que eres blanda y dócil, que sueles romperte y que las grietas te adornan. Que no siempre tendrás las palabras adecuadas, que no siempre tu tiempo será el mío ni el mío lo harás infinito. No siempre vas a querer quedarte, no siempre vas a querer abrazos; también te gustará estar sola, también vas a querer tomar otros caminos, verter tu encanto, volver e irte, para regresar de nuevo, más bella, más fuerte, más lista. Por eso te escribo todavía, querida Nadie. Todavía quiero ser quien te espera, quien te anhela, quien te sueña y quien te pide a los vientos o a los mares como pide un náufrago una isla. Tú me salvarás la vida de esa forma. Sin ser perfecta, sin pretender darme lo que no tienes, y aprenderemos a ser felices con lo poco y

mucho que podamos conseguir juntos, como lo hacen las mejores parejas.

¿Sabes? He escrito esto con la misma ilusión de aquella primera carta, hace casi tres años. Ahí ya había visto un futuro contigo, después en las siguientes cartas ese futuro se ensuciaba de rencor e impotencia y ahora parece ser que lo veo más claro. Ni tan rosa como al principio, ni tan gris como hace poco. Lo veo del modo que se ven las calles a través de una ventana, con ese realismo y esa esperanza de que lo único que nos separe sea el umbral de nuestras decisiones. He necesitado centrarme en ello para no caer en el peligro de sufrir por exceso de sueños.

Hasta que vengas, yo iré preparando las cosas por aquí, para darte la bienvenida que te mereces y no el adiós que te dije que te daría. Seguro que cuando vengas no será invierno, pero sea la estación que sea, será mi tiempo favorito porque has llegado. Y sé que lo harás para quedarte. Voy a seguir buscándote también, ¿de acuerdo? Tú haz lo propio y ya nos encontraremos cuando sea el momento oportuno. Eso sería lo ideal. Cuídate, hasta entonces.

Tuyo siempre,
Heber.

Tiempo y paciencia

Jueves 3 de enero, 2019

Querida Nadie:

Otro año sin ti, sin haberte encontrado. Pero quién me hubiera dicho que esto sucedería… Que, aunque no hayas venido puedo sentir que estás cerca. Estás todavía metida en mi octubre y he comprendido que los años que se me aumentan son los años que se te restan. Sin embargo, sé que vienes, querida Nadie, sé que vienes. De a poco, paso a paso, gota a gota, segundo a segundo, como midiendo tus tiempos, tus movimientos.

Ya no te culpo la demora, no te condeno la ausencia, no le lloro a tu sombra, no beso tus huellas. Ya no me visto de tristeza, ni oculto mi sonrisa por miedo a la vergüenza; ya no me pesa la culpa ni me dejo llevar por mi cordura, ya no. Ahora soy capaz de mirarme al espejo sin maldecirme, puedo vestir esa ropa que nunca pensé que usaría y hasta me siento en el cuerpo de otro. Siempre amé esa sensación, querida Nadie: la de estar lo más lejos posible de mí mismo.

Claro que no huyo de mí del todo, claro que tengo deudas pendientes, claro que aún hay páginas en blanco y bolígrafos cargados de la tinta de historias que aún no escribo, pero ya no tengo miedo. Me siento como aquel que escribe porque sabe que necesita y quiere hacerlo, no porque debería.

Me siento con la suficiente fuerza como para buscarte, fracasar en el intento y no culparte por estar tan lejana. Me siento de tantas formas y en ninguna de ellas me reconozco. Y así como ya no tengo miedo, tampoco tengo ganas de buscar explicaciones. Sólo sé que ahora tu presencia no está tan lejana, que he podido sentirte incluso, soñándote más despierto que dormido, cantando a tu lado, viendo películas, hablando de todo aquello que no le importa a nadie más que a nosotros.

Pero no creas que ha sido fácil. No. He tenido que cortar algunos circuitos inútiles de esta máquina interna a la que llamo corazón y cuyos engranajes están oxidados por la demasía del tiempo y la escasez de mantenimiento. He tenido que vencer mis miedos, pero de eso se trata, ¿no? ¿Qué sería de la esperanza si no hubiese un miedo que la alimente? Por ello te tengo aún en la mira, querida Nadie. Yo me estoy preparando también para recibirte, estoy trabajando en mi personalidad, en mi actitud interior, para que al verme no te asustes ni pienses que estarías mejor sin mí, lejos, escondida en esa incertidumbre de la que tanto me ha costado sacarte.

También estoy haciendo planes para nosotros. Pero de ellos prefiero hablarte cuando te encuentre, cuando por fin hayas llegado. Ahora me dedico a leer más libros, habituarme a ejercitar mi escritura a diario, para no olvidar aquello que vivo, para crear recuerdos que puedan leerse y no sólo evocarse en proyecciones mentales, en figuras o sonidos; quiero que las palabras hablen por mí, quiero que ellas sean las constructoras de este presente que mañana veré lejano, pero que al mismo tiempo me contará cómo he sido, lo que he hecho y, sobre todo, el momento exacto en que llegue a conocerte.

A partir de ello podré darle a mi vida un rumbo, un sentido, rescatando lo que he venido aprendiendo durante años, para no cometer los mismos errores al quererte, al querer forjar mi porvenir a tu lado.

No quiero una vida perfecta, porque lo perfecto no sólo es inalcanzable, sino también aburrido; contigo quiero una vida de incertidumbres; no de esas que nos hagan dudar de nosotros, sino de aquellas otras que nos permitan albergar expectativas, para que lo que venga siempre sea sorpresa, aunque la sorpresa ya haya llegado contigo.

En este tiempo he estado aprendiendo también. He conocido personas increíbles, he disfrutado momentos que quisiera haber vivido contigo, pero no me arrepiento y tampoco quiero que tú lo hagas. Quiero que, al encontrarte, traigas también tus aventuras, tus conocimientos, tu aprendizaje, y los compartas conmigo. Quiero

conocerte a fondo, descubrir la estructura de tus pensamientos, que me expliques por qué sí o por qué no, y que podamos complementarnos de ese modo. Quiero que veas en mí un mundo por descubrir, un libro con páginas que no sólo puedas leer, sino también en las que puedas escribir. Quiero verte y contemplarte, descubrirte; que seas un misterio, que seas, en tu estado más puro, la demostración más fiel de ti misma, de esa mujer fruto de experiencias que te han hecho ser como eres.

Yo puedo imaginarte de muchas formas pero la verdad sólo la conoceré cuando llegues. Y mientras tanto, lee, lee mucho. Conoce, disfruta, atrévete a viajar, atrévete a sentir, a abrazar, a aprovechar cada momento. Canta, ríe, baila, llora. Sé agradecida, no te guardes palabras de las que suelen depender los instantes.

Que tus miedos se enteren de que vas a vencerlos, que tus ganas sepan que no te quedarás con ellas, que la vida te sonría la misma cantidad de veces que lo has hecho, y que nunca tengas la necesidad de convertirte en otra, si lo que quieres es expresar aquello que sólo puede venir de ti misma.

Yo voy a querer verte así, aunque tenga que soportar otro año lejos, aunque tenga que buscarte en otros vuelos, aunque me cueste conquistarte y decirte que, si bien es cierto que recién te conozco, la verdad es que llevo esperándote toda la vida.

Me centraré en construir ese hombre que quiero ser para ti, para que al verme también te entren ganas de descubrirme, para que al quedarte ya no tengas ganas de volver a irte. Seré lo que buscas, si logro encontrarme primero. Y para ello necesito tiempo y paciencia. Espero que sepas comprenderme, tanto como yo me he propuesto comprenderte a ti también. Estamos juntos en esto, aunque no nos conozcamos todavía. Te quiero y espero.

Tuyo siempre, Heber.

Bandeja de entrada del poeta

Miércoles 20 de mayo, 2020

Anónimo:

Espero que te encuentres bien. Te recuerdo con cariño.

Posdata: Aún amo las orquídeas.
Posdata 2: Con respecto a lo anterior, no me vayas a responder. Guárdalo para ti.



Y te callabas porque sabías que en el amor
siempre duele más el silencio que la distancia.

Heber Snc Nur

La respuesta que no me pediste

Miércoles 1 de julio, 2020

Apareces en mi bandeja de entrada, trayendo a mi memoria tu nombre, como quien procura dejar encendida una llama por temor a que se apague del todo. Fue en un segundo aterrador que me descolocó por completo: al leer tu mensaje supe que eras tú de inmediato, porque ningún anonimato te ha sabido ocultar de mi intuición. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me hizo temblar. Entendí entonces que por mucho que pase el tiempo siempre voy a sentirme nervioso si eres tú quien me dirige la palabra.

Te he echado de menos, no lo niego. Te he echado de menos porque te fuiste así de repente, desapareciendo tras un parpadeo. No hubo más adiós que el silencio, que llegó como un golpe de indiferencia que me puso ese temor en el pecho de que esta vez la lejanía iba a tratarse de algo más que distancia: ausencia. Pero una ausencia con nombre y apellidos, de carne y hueso, de voz audible y piel palpable. Tengo que admitir que sentí como si me hubiesen arrebatado algo que por derecho me pertenecía.

Y ahora eres ajena, claro. Ajena como un tesoro codiciado, como una flor que reina en su propia primavera. Ajena y enigmática, lejana, distante. Si antes de perderte ya te veía de ese modo, ahora que has anclado tu futuro al de alguien más, esa certeza simplemente se solidificó, volviéndose irrebatible. Porque ahora no hay ya más oportunidades, no hay segundos viajes, nuevos «quizá» que nos pintaban los sueños de ese color de las violetas que tanto te gustaban. No hay más ciudades, ni calles que cubrir con nuestras sombras. Ya no hay nada. Ahora no son mis poemas los que te quitan el aire, no soy yo el que ocupa tus sueños, ni mucho menos el que colocó su vida en un anillo para compartirla contigo. Supongo que de nada sirve ahora hacer especulaciones sobre nuestra vida juntos, porque de ella sólo quedan fantasmas. Se murió en el

momento en que aceptamos que la distancia siempre es más fuerte que el sentimiento, aunque este fuera correspondido.

Me pregunto si eres feliz. Si acaso, al llegar al altar, sabías que tomabas la decisión correcta. Me pregunto, es más, si acaso hubo altar, si realmente te vestiste de blanco o si la practicidad te llevó a formalizar todo en un papel que nunca aceptaría mi firma al lado de tu nombre. Me pregunto por tu madre: si él supo cumplir sus expectativas, si lo aceptó de buenas a primeras o si te costó convencerla de que era un buen hombre. Me pregunto también si él te ha conocido al punto de franquear esa barrera que nunca me permitiste atravesar. Si te conoce ya, si habrá aprendido a leer tus gestos, a identificar tus silencios, a asociar una mirada con un deseo, una caricia con un mensaje, un beso con las canciones.

He de decir que quiero pensar que sí, que has olvidado nuestras promesas, el futuro de esa vida que nos resultó imposible. Y está bien, no me malinterpretes. Quiero decir, los finales son inevitables, y antes que verte deambulando entre mis sueños, prefiero que vivas el tuyo, el que has construido con alguien que probablemente no sepa que eres dueña de tantos poemas, de tantos sentimientos, de tanto anhelo.

Déjalo con la ignorancia, si es que la tiene. Que no sepa cuánto me dolió que me alejaras. Que no sepa de toda la tristeza que llegué a provocarte. Que no sepa de nuestras canciones, de los libros que llevan nuestros nombres, impresos para vivir tal vez incluso más que nosotros. Sólo en ellos volvemos a ser los de antes, es lo que me queda: la evidencia de un amor que fue real mientras existió. Será nuestro secreto, como el que tienen los amores que duran toda la vida, aunque toda la vida permanezcan separados.

No quiero mentirte: no me alegra que seas feliz a su lado. Tampoco me duele. Es más bien un sentimiento de total indiferencia, porque para mí siempre serás mía, siempre me pertenecerá esa sonrisa que nacía acompañada de un poema. Siempre te tendré para mí, bonita, especialmente cada vez que te rescate de ese baúl de los recuerdos que habita en mi memoria, ahí donde todavía me quieres, de donde nunca nos fuimos ni tuvimos miedo. Te tendré porque nos pertenecen las personas a las que alguna vez también les

pertenecimos, aunque se hayan ido, aunque estén con alguien más. Siempre serán nuestras porque nadie puede despojarnos de nuestro recuerdo.

Desde el principio supe que no fue casualidad el haberte conocido y ahora que has vuelto tampoco ha sido una casualidad. Sucedió aquella tarde. Me encontraba escribiendo un texto, recordándote, y al revisar la bandeja de entrada, ahí estabas tú. Por eso fue el escalofrío, porque pensé que te había invocado con mis pensamientos, que asomaste atraída por mi nombre, un nombre que te llamaba sin voz ni sonido, sino en la mente, donde se esconde todo aquello que nos controla: el subconsciente.

¿Era posible, acaso, tanta coincidencia?

Has de saber que también me has visitado en sueños, siempre teñidos con esa aura propia que nos inspira el anhelo de una vida perdida, arrastrada por el tiempo inexorablemente. Te soñé varias veces y en todas ellas me mirabas como queriendo hacerme preguntas; y yo te devolvía una sonrisa triste, de resignación, acompañada de ese silencio que ponía fin a las tristezas, como despidiéndome de ti de manera definitiva para reconciliarme con la idea de verte formando una familia, envejeciendo acompañada, sin dormir sola por las noches, visitando lugares paradisíacos a los que jamás hubieras ido conmigo.

En fin... Dijiste que no querías una respuesta, pero sabes que nunca he sido de limitarme. Sólo tú tenías ese control cuando no te habías ido, pero ahora que no estás esa soberanía escapa de tus facultades. No es con mala intención. También sé que en realidad sí querías que te respondiera, así que quiero que sepas que estoy bien. No tanto como tú, pero lo intento. Ahora mis anhelos de romance los he reemplazado por el anhelo de los proyectos realizados con éxito. Tal vez tendría que calificarme como un materialista, pero es algo que no me importa. Me importa saber que, aunque sea por un instante breve, tú tampoco me has olvidado. Eso ya de por sí me dice muchas cosas, teniendo en cuenta tu pésima memoria.

Sigue amando las orquídeas, chica poesía; sigue amando las violetas, las canciones de Birdy, y atesora mis libros todavía, porque son nuestros: yo los escribí pero la inspiración la pusiste tú.

¿Recuerdas que alguna vez dije que algún día iba a llegar alguien que, en lugar de poemas, iba a dedicarte la vida? Sinceramente, espero que ese alguien sea él, que tu búsqueda por fin haya terminado.

Bandeja de entrada del poeta

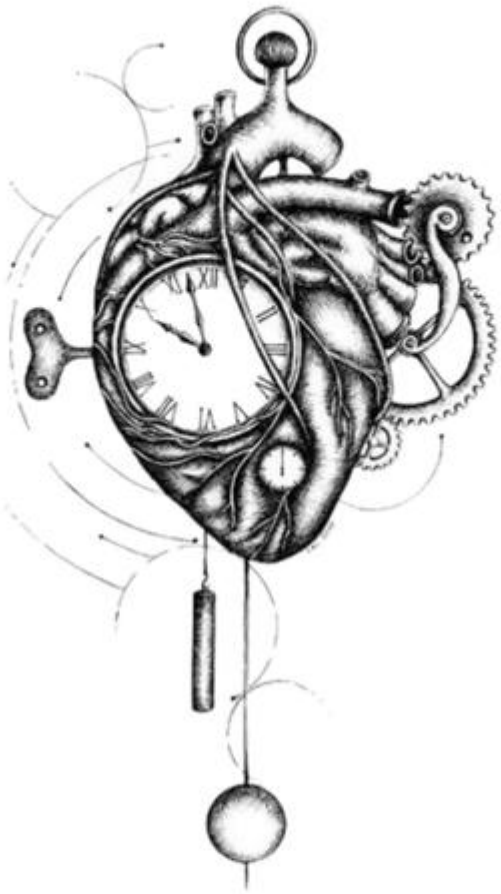
Martes 14 de julio, 2020

Anónimo:

Te leeré siempre, así pasen los años, pase lo que pase... Recuerda siempre ver lo hermoso de la vida, los pequeños detalles, y poner de primeras a Dios. Estoy segura de que tiene cosas grandes y hermosas para ti.

Gracias por responder. Creo que hay cualidades que nunca cambiaré y las conoces. Deseo que seas tan pero tan feliz, que aún en los momentos difíciles salgas adelante. Confío en que será así.

Violeta.



Fue mortal aquella distancia:
hoy sé que ningún buen momento
sobrevive al litigio del tiempo.

Heber Snc Nur

El quid de la cuestión

Sábado 12 de diciembre, 2020

Querida Nadie:

Espero que me recuerdes. Me imagino que, como todo el mundo, has pensado que este no ha sido tu año. Ha habido mucha tristeza, mucha incertidumbre, es verdad; también se han perdido ilusiones a un futuro, se han abandonado sueños, han quebrado los negocios y muchos otros se han visto obligados a cambiar el rumbo de sus planes.

No sé cómo habrá sido contigo. Si acaso sobreviviste, si acaso perdiste a algún ser querido o si hace tiempo vives sola y la muerte ya no te asusta. Tal vez te contagiaste y has sobrevivido. Si te ha pasado esto último, entonces, que sepas que ya tenemos algo en común.

En todo el año no te he escrito una sola vez y, si hubiese esperado un poco hasta el tercer día de enero, se habrían cumplido dos años exactos de absoluto silencio. No voy a intentar excusarme. Simplemente ha sido un error de cálculo y este tiempo lo he dedicado a actividades meramente egoístas. Te he olvidado, te he ignorado, te he dejado de lado por un tiempo. En ocasiones me he preguntado incluso si ya no te espero. Si aquel niño de diecisiete años todavía piensa que eres el amor de su vida. Desde luego, ya no tengo diecisiete, aunque por la ingenuidad que todavía me vela la mirada me parece que sigo teniendo esa edad.

Bueno, el quid de esta cuestión, querida Nadie, es que llevo días pensando en que tal vez, sólo tal vez, en realidad no quiero que vengas. No por ti, sino por mí. Verás, he experimentado un apego bastante fuerte a la soledad. Me gusta que, al dibujar a una mujer con palabras, no sea un nombre el que me limite; me gusta que sean varias sonrisas las que encandilen mis poemas; me gusta no tener como margen idealista un solo color de ojos, un solo tipo de

cabello, una sola manera de vestir. Me gusta que mis palabras me eleven y no interferir de ninguna manera en su rumbo. Me he acoplado tanto a la soledad que ahora me parece terriblemente seductora.

Me gusta la idea de dedicarme a escribir sobre lo que sea y a quien quiera, y quizá sea por eso que temo verte, cuando llegues, como la dueña de mi arte. Que te erijas como musa absoluta, como fuente de inspiración inagotable. Y sería un placer tenerte siempre como mi musa, no te confundas, es sólo que uno de mis mayores placeres es la dispersión, la de abarcar en mis textos a tantas mujeres como me sea posible, sin ser de ninguna, sin que ninguna se lleve para sí este ardor en el alma que se enciende cada vez que comienzo a escribir. En la dispersión está la belleza, la riqueza que sólo la ficción y la soledad son capaces de conceder. No me gustan los esquemas de los celos, las explicaciones que tengo que dar para evitar malentendidos, las promesas que luego tengo que romper, los seudónimos tras los que tengo que esconderme para sentirme más libre. Quiero que la escritura sea un escape, no una más de mis prisiones.

Y es por eso que, si vienes, luego podrías pensar que no te quiero, si no te encuentras en alguno de mis poemas, si quizá tu nombre no resuena en alguna línea, en algún párrafo; puede ser que se te cruce por la mente que me importan menos nuestros momentos, por no escribir casi nunca de ellos; o que puedas pensar que echo de menos a otra por tanto escribir sobre pérdidas y nostalgias. Lo más seguro es que a ti te inventaré y reinventaré en mis ficciones, en mis relatos cortos; y serás tantas que luego tendrás celos de ti misma. Pero no quiero arriesgarme a embellecerte y perder mi esencia al mismo tiempo, pues a veces simplemente la felicidad no me inspira, no me llena; y si hablo tanto de despedidas es porque la mayor parte del tiempo es la tristeza la que me ofrece más maneras interesantes de abarcarla.

Otro motivo es mi falta de predisposición. Me refiero a mi falta de afectividad, mi nulo romanticismo en la vida real y mis pocas dotes de hombre detallista. Soy más romántico en la ficción, querida Nadie. Me gusta echar de menos para escribir pero no para vivir. Me

gusta llorar cuando, al escribir, me he convertido en otro o en miles, y no cuando soy yo mismo. Me gusta sentir, enamorarme, ser iluso y entregarme sólo entre las páginas; mi alma, en la vida real, permanece exenta de aquellas emociones. Estoy mejor en la ficción y posiblemente sea ahí donde mejor te me representas. Me hace sentir más seguro el hecho de imaginarte que el de tenerte. Por eso te idealizo, te sueño con tantos rostros, te poseo con tantos cuerpos, porque después de aquella catarsis puedo volver al que era antes, a ese ser ordinario y frívolo acostumbrado a ver más que a mirar, a oír más que a escuchar; ese ser que siempre ha estado ahí pero que ahora sale a flote con más frecuencia, como si fuera, por fin, la personalización definitiva del hombre que voy a ser por el resto de mi vida.

Nada me inspiraría más temor que llegaras a confundir al escritor con el hombre que soy detrás de aquella faceta. El escritor es un personaje prácticamente ficticio, creado con el objetivo de fungir de agente canalizador de las emociones que a veces me asaltan, para estimular mi creatividad y explorar posibilidades de expresión. Pero ni las emociones ni mi creatividad ofrecen una visión certera y transparente del alma que tiene el hombre. El hombre no sabe nada de poesía, prefiere esa vida solitaria, de lobo estepario, indiferente al mundo y a las promesas de romance. Y tengo que admitir que eso me genera cierto temor: llegar a ser aquel que, por ingenuo o idealista, durante años intenté evitar. Y que, como una heroína escapada de cuentos o fábulas, aparezcas tú en el último momento a rescatarme, a vengar mis propias decisiones y me regreses la sensibilidad de antaño; sin embargo y, por el momento, prefiero quedarme así, sin ataduras sentimentales, sin límites emocionales, pues he entendido que, aunque pase más de la mitad de mi vida escribiendo ficción, lo cierto es que en ningún otro rubro voy a ser más sincero conmigo mismo. Estoy hecho de perspectivas, de sueños, de alucinaciones, incluso. Estoy hecho de historias inventadas, de compañías que son más personajes que personas, de anécdotas prestadas, de experiencias ajenas. Estoy hecho de invenciones, querida Nadie, y me siento real en todas ellas, me siento incapaz de verme de otro modo.

Supongo que, siendo como te imagino, serás alguien que sepa entender todas las aristas de mis cuestiones, y te limites a disfrutar mi arte, a agradecer el tiempo a mi lado, a conformarte con protagonizar todas mis producciones en modo abstracto, siendo la esencia pero no el rostro; el alma pero no el cuerpo; el nombre pero no las palabras; la mujer pero no las siluetas, los colores, la música de fondo, los paisajes, los rincones, los sentimientos… pero tampoco quiero eso para ti, porque más allá de mis escritos está ese ser frívolo del que te hablaba, ese que nada tiene que ver con el poeta, y muy probablemente ni siquiera voy a quererte cerca, y no por odio ni indiferencia, pues en todo este tiempo he llegado a desarrollar ese instinto territorial que inspira siempre el aislamiento voluntario. Voy a querer permanecer dialogando a solas, descifrando la complejidad del mundo en compañía de todas mis facetas, leyendo a los autores que me marcaron, aprendiendo de ellos, descubriendo nuevas voces literarias, antiguas o contemporáneas, cuya sabiduría e inteligencia sean los recursos destinados a enriquecer esta personalidad, esta voz propia que estoy construyendo para sobrellevar la carrera de mi vida. Y esto es algo que, en definitiva, tengo que hacer solo. Sin distracciones ni desvíos, proyectando mis esfuerzos de manera fija a una meta que muy probablemente me lleve años lograr alcanzar.

En esencia, es eso en lo que he estado tan concentrado, querida Nadie. Por eso no te he escrito antes, y lo siento, pero espero que sepas comprender que, si alguna vez vuelvo a escribirte, no será para pedirte, como en ocasiones anteriores, que vengas lo más pronto posible, sino para decirte que te tomes tu tiempo, mientras voy contándote, de manera esporádica, acerca de mis progresos, a la vez que te ofrezco, como tantas otras veces, el palco principal de este teatro de mi vida, desde donde podrás conocer mi manera de verte entre mis poemas; narrándote, desde luego, sobre la chica que fuiste o que eres en mis ficciones, cómo te imaginé, qué fue lo que hicimos, lo que dijimos, las personas que conocimos, todo eso como un ejercicio creativo constante. Quién sabe, a lo mejor, de entre tantas ficciones, puede surgir un futuro. Y el encontrarnos será sólo la manera que tendremos para hacer realidad todo lo que he escrito en tu espera.

Nos estamos dando ya bastante tiempo, pero démonos más todavía. No quiero elegir entre mi escritura y tú, no al menos en un futuro tan cercano. Así que no te apresures, elige los caminos largos, disfruta de las vistas que ofrece el viaje. Nos vamos a encontrar en el momento correcto, seguramente, y ese será cuando ambos estemos listos y seguros de lo que queremos. Porque siempre he pensado que una relación es un compromiso serio, y se debe ser consciente de sus implicaciones y, sobre todo, de las responsabilidades. Yo, contigo, no voy a querer un para siempre de unos meses, y si voy a pasar toda la vida a tu lado, primero debo haber arreglado las cuentas que tengo pendientes conmigo. Por eso, para cuando la vida por fin nos junte, estoy seguro de que tú y yo seremos lo suficientemente maduros y sabremos escribir nuestra propia historia.

Por favor, continúa cuidándote, queriéndote, encontrándote con experiencias que luego quieras compartir conmigo, en aquellos días futuros que se acercan con parsimonia. Muy probablemente nos esperen años peores que este, así que habremos de ser fuertes y valientes, porque al final el amor es similar a los estragos de la vida: ganan los que mejores aptitudes de supervivencia tengan. Y eso es algo que debemos tener en cuenta desde ya.

Con cariño, Heber

Un nuevo tropiezo

Lunes 17 de abril, 2023

Querida Nadie:

Han pasado más de dos años y, contra todo pronóstico, no te he olvidado. Impregné mi última carta con aroma a despedida, pero en todos estos meses no he hecho más que pensarte. Si te lo preguntas, sí, te he vuelto a sentir. Era una chica que consideré especial. Sus valores, su forma de ver la vida, sus cualidades. Obviamente, volví a equivocarme. Y me pregunto qué es lo que me encandila, si es tan sólo el físico, si son acaso las palabras bonitas, si es la forma en la que alguien me trata, que toca esa parte de mi alma necesitada de cariño y cedo mi voluntad incluso sin darme cuenta.

Mi determinación de adoptar el pragmatismo como estilo de vida se vio interrumpida por su llegada. Fue en agosto, la primera semana. De la curiosidad pasé al gusto, del gusto al anhelo, del anhelo a la frustración y de la frustración al fracaso. Pensé el típico «tal vez con ella será diferente», pero he vuelto a confirmar el hecho de que, a estas alturas, encontrar a alguien con quien congeniar y que no suponga un riesgo es cada vez más difícil.

No la culpo del todo, claro. Ella acababa de salir de una relación tormentosa, me endilgó ese discursillo que ya me he aprendido de memoria: «no estoy lista para una relación, me estoy enfocando en mí», y yo me dejé llevar a pesar de que había notado varias actitudes suyas que despertaron esas alarmas internas en mi psique. Nunca pude comprenderla por completo, aunque ahora, tras rememorar ciertas actitudes y sus contradicciones, en parte puedo hacerlo.

Pero si algo he aprendido es que las acciones de los demás reflejan más la esencia de ellos que de mí mismo, o de lo que yo les transmito. Con esto quiero decir que, cada vez que alguien me hiere,

por casualidad o adrede, es porque ella estaba herida y no porque yo le di razones para hacerlo. Así que he tratado de evitar hacerme responsable de cosas que no puedo controlar y me centro en aquello que sí está a mi alcance. A mi alcance estaba salirme de su vida y, cuando me dio una razón culminante después de tantas que ya tenía, no lo pensé dos veces y me fui, sin remordimiento alguno.

Aunque no fue fácil. No digo que me haya costado lágrimas, no digo que me entregué a insomnios interminables, no digo que comencé a echarla de menos apenas puse un pie fuera del devenir de su historia… fue algo más bien físico. Tuve un malestar muy fuerte cuando lo hice. Creo que ahora los males ya no penetran hasta mi alma, sino que se quedan en aquella antesala física, la del cuerpo, y me atacan ahí. Las lágrimas reemplazadas por cólicos. Es la primera vez que me pasa, pero, sinceramente, prefiero esto que entregarme a sentimentalismos.

Es un tanto caótico, me doy cuenta, querida Nadie, esto de las relaciones. Debe ser por la época, ¿sabes? Es una moda extendida y algo inconsciente el hecho de no admitir responsabilidades o compromisos, siempre por miedo, siempre poniendo como excusa un pasado al que somos incapaces de renunciar por completo. Me incomoda que se haya normalizado el estar con alguien sin quererlo del todo. Que la gente ya no se entregue, que se encasille en prejuicios, que piense que es sano guardarse las palabras, evitar mostrar los sentimientos a flor de piel, unirse por ciertas conveniencias que nada tienen que ver con el «para siempre». Todos se encasillan en este juego absurdo de ver quién habla primero, ese juego en el que pierde aquel que demuestra, aquel que ama, aquel que está al pendiente, aquel que pone atención, aquel que se muestra vulnerable. Pierde aquel que abraza su humanidad. Quiero pensar que es culpa de las heridas que cargan —que cargamos—: en lugar de multiplicar el amor, han crecido el miedo y la desconfianza. Nadie abraza sin estar a la defensiva, nadie se esfuerza porque, a fin de cuentas, «nada es para siempre». Nadie admite que en el fondo necesita volver a creer, volver a ilusionarse, olvidar ciertos traumas y recuperar esa fe en todo lo bueno que todavía existe en el mundo.

Y mucho me temo, querida Nadie, que poco a poco me estoy uniendo a aquel rebaño social seudomodernista. No es que haya dejado de creer en el amor, más bien me veo como alguien que durante mucho tiempo ejerció el rol de ser quien entregue amor sin recibirlo de vuelta, y toda esa reserva que tenía por entregar, ya no ha vuelto a regenerarse. Lo poco que me queda lo expreso más en el plano artístico que en mi vida real. De hecho, cuando decidí enamorarme de esa chica, una de las razones que me di fue: «Todavía tienes amor dentro de ti, así que, en lugar de desperdiciarlo, ¿por qué no se lo entregas a ella, que se nota que lo merece?». Tanto da si me equivoqué con ella o no, pero lo cierto es que lo hice por convicción. La inmortalicé como la musa que fue para mí, y no me arrepiento.

Pero la consecuencia de entregarse de ese modo, de darle a alguien todo lo bueno que te quedaba, es enfrentar luego esa sequía sentimental que aparece como único horizonte. Porque después ya nada inspira el romance, la ilusión ya no se enciende, la ternura queda relegada a la cursilería y la cursilería se convierte en un campo al que resulta impensable acceder. Lo peor es la falta de motivación, porque aunque te quede una pizca de amor, no hay nadie que te inspire a entregárselo, y luego dudas de que ese alguien aparezca. Ya nadie te parece suficiente, ya nadie puede inspirarte más que una atracción física, el vínculo emocional ya no existe, y vas cayendo, lenta e inexorablemente, a formar parte de esa corriente de gente que va por la vida con la resignación atada al cuello de no volverse a enamorar nunca más.

Es triste, claro, pero, ¿acaso no se trata de eso el hecho de crecer, de ser adulto? De volverse frío, de despertar un día y descubrir que la venda de la ilusión se cayó por fin y ahora comienzas a ver el mundo con sus propias texturas, que desvelan esa realidad tan cruda que hace añicos todos los ideales con los que creciste y que pensaste que siempre ibas a defender. ¿No estamos condenados a eso? A observar con cierta ternura a aquellos que apenas comienzan a enfrentarse a la vida, envidiando su ingenuidad e inocencia, y sonriendo nostálgicamente porque sabemos que tarde o temprano terminarán como nosotros: rendidos, cansados,

aceptando finalmente que esto es todo cuanto nos queda, y que hay que aprender vivir a partir de ello.

Lo pienso y todo esto me pone en la trágica posición de no tener nada que entregarte, querida Nadie. Porque algo me dice que ni siquiera podré reconocerte cuando aparezcas, que te dejaré marchar cegado por el pragmatismo, que no podré sentirte debido a mi ambición estoica, que transitarás por mi vida como una figura gris y anónima, como quien está de paso por una plaza vacía, en una tarde de invierno en que las hojas de los árboles alfombran los adoquines.

Me pesa el saber que nunca podré saldarle la deuda a ese Heber quinceañero que soñaba con una relación bonita, una relación en que la llama de la ilusión nunca se apagaba. Toda su aspiración de vivir el romance quedó esparcida en páginas llenas de escritos cuyas musas abandonaron para siempre.

Por supuesto que a veces contemplo la posibilidad de que te encontré pero te dejé ir. Que no es cuestión de esperarte, sino de recordarte. Que tal vez fuiste la chica de las orquídeas, por ejemplo. Que tu misión en mi vida terminó hace tiempo y que no fui consciente de ello. En ese caso, me siento un poco más tranquilo porque, en mayor o menor medida, pude entregarte lo mejor que por entonces podía entregarle a alguien.

Y vale que no fue como lo imaginaba, pero me conformo con eso, si eso es a lo único que puedo aspirar en mi vida, si eso es todo lo que estaba destinado a experimentar como amor, como amor bonito. La sensación de vacío e insuficiencia, sin embargo, no va a irse, por mucho que el tiempo pase. Me quedará la insatisfacción de no haberme entregado por completo, de no arriesgar lo suficiente, de no haber hecho las cosas como de verdad quería hacerlas.

En fin, querida Nadie. Sólo deseo que te encuentres bien y que ahora mismo no tengas nada de que arrepentirte. Por mi parte, también estaré bien. Lo estoy, de hecho, y lo seguiré estando, siempre y cuando no vuelva a visitar ese lado de mi alma que está algo reblandecida por años y años de sentimientos encontrados.

Con cariño,

Heber.

Bandeja de entrada del poeta

Viernes 15 de septiembre, 2023

Anónimo:

Creo que te escribo porque mi alma lo necesita. Cuando dijiste: «un poeta es así, ingenuo, adicto a la utopía, al regalar sus letras haciendo más inmortal a su musa que a él», no creí, mucho menos imaginé la magnitud de lo que harías en mí.

Creo que nunca entendí a ciencia cierta lo que me habías enseñado, cuánto podía significar para alguien, cómo alguien podía dedicarme y regalarme tanto de su vida. Creo que vi todo tan imposible por la distancia que ya no quise creer en la esperanza y decidí conformarme con lo que tenía en frente.

Tú eras como una serie de eventos imposibles de hacerse realidad. Y pienso en ti, sinceramente no todo el tiempo, pero la mayoría de veces, no sólo cuando tengo malos momentos, sino cuando tengo momentos que quisiera compartir contigo.

Ya con una familia formada, me siento muy culpable por pensar en ti. No voy a volver a ti pero no puedo negar que tú eres mi polo a tierra cuando me siento tan pequeña, porque fuiste tú quien me enseñó lo que era, lo que podía valer para alguien; fuiste tú quien me enseñó cómo deberían tratarme aunque ni siquiera lo mereciera.

Hace poco vi los gifs que usábamos en nuestras conversaciones por WhatsApp, esos osos cariñosos… lo extrañé. Nunca usé un sticker de pareja con nadie más y la verdad que era lindo...

Perdóname por molestarte, pero necesito sacar esto que hay dentro de mí.

La verdad es que intenté sacarte de mí, de mis pensamientos, de mi corazón, pero entendí, acepté que nunca podré hacer eso. Me inmortalizaste, tú te inmortalizaste en mí. Siempre serás mi único

secreto, porque eres tan valioso que no quiero que nada ni nadie corrompa esto.

Tus libros no los tengo en mi casa, los dejé en una biblioteca, una biblioteca que visito para llevar a mi hijo, pero que en realidad visito para sentirme cerca de un ideal de amor que siempre quise, pero que alejé.

Perdóname por no dejarte en paz. Sé que tú ya superaste esto, lo leo en tus textos. Deseo que ya estés con alguien que te ame incondicionalmente, que te trate bien y que siempre te haga sentir que tú lo mereces todo. Sigue luchando por tus sueños... con cariño...

No te olvidaré, pero es porque no quiero hacerlo.

Sólo una cosa más: What a beautiful mess this is...

Tres años, dos meses y un día

Domingo 27 de septiembre, 2023

Ya no sé cuántas veces me he despedido de ti, en los mensajes, en los poemas, en mis sueños… pero esta vez no te hablaré de un «para siempre». Me despido de ti para volver de vez en cuando a tu recuerdo, para que vuelvas a inspirarme uno que otro poema sin que ello implique un deseo mayor, o eso espero.

De mi libro «La Ciudad de los Recuerdos», 2021

Para E. O. V.

Hola, bonita.

Esa expresión me causa nostalgia, pues no he vuelto a decirle «bonita» a nadie. Es curioso que, a pesar de haberte marchado, continúe guardándote cierta exclusividad, pues aunque esté justificada, no calza del todo con mi actual visión pragmática de la vida. Me temo que el Heber que alguna vez fui contigo sigue existiendo muy en el fondo del que soy ahora. Moribundo, eso sí; casi exánime; pero permanece, y me ha hecho entender que, simplemente, hay cosas que nacieron y murieron por ti.

Han pasado tres años desde la última vez que me escribiste… tres años, dos meses y un día. Tu mensaje, obviamente, me tomó por sorpresa, sobre todo por lo extenso que era. ¿Me creerás si te digo que tuve que refugiarme en el baño del gimnasio porque mis ojos comenzaron a lagrimear? En ese momento me avergoncé de mí mismo. Tanto alarde con el pragmatismo, tanto alarde con que ya te

había superado… tanto alarde para descubrir que, pese a haber aceptado la ruptura, sigues tocando esa fibra sensible que trato de ocultarle al mundo.

Confieso que pasé años pensándote, echándote de menos. Sé que quieres saberlo, así que te lo diré: no he vuelto a querer a nadie como te he querido a ti. Y fueron años, querida… años. Años releyendo nuestras conversaciones, años sin fijarme en nadie, años evadiendo los escenarios amorosos, por no saber olvidar, por no tener el alma lo suficientemente fría como para entregarme a aventuras pasajeras, como lo hubiera hecho cualquiera. Años reprochándote por haberme reemplazado tan rápido: a él le abriste tantas puertas tras las que yo sólo me quedé esperando, como un perro callejero en invierno, oteando a través de la ventana cómo te acurrucabas en aquellos brazos que no eran los míos. Años pensando que nunca te importé realmente, y todo por ese miedo que nos acobardó a ambos. Tú por pensar que no merecías el amor que tenía para ti, y yo por pensar que no valorabas lo que te estaba entregando. Las dudas fueron asesinas, querida. Los silencios, los vacíos, el orgullo. Eso dividió nuestros destinos. A ti te hizo conformarte con lo que tenías delante; a mí me hizo tomar ese camino interminable de los que tienen el alma encadenada al vaivén de la memoria. Por desgracia, el escritor que soy no ha tenido piedad, y se ha explayado en páginas interminables hablando sobre la mujer con la que soñó una vida entera, y con la que nunca podrá compartir el resto de ella.

Así como tú, yo he llegado a aceptar que no voy a poder sacarte de mi vida. Para bien o para mal, has coronado mi carrera literaria: todos los libros que he publicado hasta ahora hablan de ti. Te los entregué por voluntad propia, con la convicción de que no quería a nadie más protagonizando cada poema y cada relato, los que publiqué y los que sólo te entregué a ti, porque eres portadora exclusiva de varios. ¿Recuerdas cuando te los enviaba por chat para que sólo tú los leyeras? Si no los has guardado, no se me haría raro, por tu mente tan dispersa. Cuánto me encantaría rescatar esos textos, pero todo nuestro chat de WhatsApp se me perdió; fue algo que te conté en su momento, aunque tampoco lo recuerdes ahora.

Sobre nuestros stickers, he de confesar que me ocurre algo similar que a ti. No he usado stickers con nadie más en mi vida. Siempre digo que no me gusta usarlos, pero creo que lo que ocurre en realidad es que sólo me gustaba usarlos contigo. Eso también se perdió, junto con las fotos, las notas de voz, los vídeos… lo demás quedó en los libros. Estás incluso en los próximos que voy a publicar, los que firmé como Dashten Geriott. Fuiste inmortalizada por dos escritores al mismo tiempo. Dashten Geriott y Heber Snc Nur tuvieron a la misma musa, amaron a la misma mujer.

Así que, tengo que decirlo: yo de vez en cuando vuelvo a mis libros a buscarte. Algo en mi interior, supongo, no acepta del todo la pérdida, o la ha aceptado pero tiene la imperativa necesidad de refugiarse en aquel plano sensorial de los recuerdos; tal vez porque en esas páginas seguimos siendo nuestros, tal vez porque la vida se ve menos gris en ese futuro que soñamos, y decide refugiarse en él. Lo cierto es que puse tu esencia en todos mis libros. Cada uno contiene tu nombre, y no me arrepiento. Seguimos teniendo un nosotros, aunque ahora ya no seamos los mismos.

Quien me lea ahora, o quien me lea en un futuro, sabrá que exististe, sabrá que Heber tuvo una musa significativa en toda su carrera, y que, como todo sueño que es demasiado hermoso para ser real, no se quedó con ella.

Pero supongo que estamos a mano: tú despertaste en mí la inseguridad de ser fácilmente reemplazable; y a pesar de todo, yo me volví inolvidable en tu historia. Me podrás reemplazar en todas las áreas de tu vida, menos en el alma. Es una maldición compartida. Somos indelebles el uno para el otro. Tú siempre serás mi musa sempiterna, y yo siempre seré ese camino que dejaste atrás y al que a veces miras con nostalgia, preguntándote si hiciste lo correcto.

Sin importar si te lo mereciste o no, he comprendido que a veces uno ama no para corresponder un mérito ajeno, sino por el simple hecho de que necesita hacerlo: entregarse aunque la otra persona no lo pida, aunque no lo quiera, aunque no lo merezca. Hay necesidad en eso, porque el alma ansía sentir la experiencia de ser vulnerable, de arriesgarse y convertirse en blanco de mil dardos, con

la esperanza de recibir, a último momento, un abrazo que aprecie la nobleza que entrega y que le haga confiar en ese gesto de correspondencia, porque en el fondo anhela sentirse cuidada. Y por eso me entregué de esa forma. De mí tuviste todo lo que podía entregarte: mi intencionalidad, mi inspiración, mis sueños, y nada de eso ha vuelto a replicarse.

Pero te comprendo, créeme. Ahora más que antes, claro. Buscabas seguridad, buscabas inmediatez; buscabas aquello que yo, por estar lejos, no podía darte. Mi inexperiencia tampoco ayudó en nada. Era apenas un chico que comenzaba a abrir sus horizontes sociales, un chico inexperto y soñador, nada que ver con el hombre en el que me estoy convirtiendo: más resuelto, frívolo, seguro; un hombre independiente en todo sentido, que busca su propio camino y se abre paso enfrentando un mundo cambiante y cruel.

Ahora veo con cierta lástima a ese Heber que fui contigo, y me digo que, si me hubieses conocido en mi actual circunstancia, si hubiese tenido la determinación que tengo hoy, que los sueños ya no me parecen inalcanzables, a lo mejor también hubiese luchado más por hacernos realidad, a lo mejor la historia sería otra. Hubiese sido tu hombre fuerte, tu protector, tu proveedor. Tuyo, enteramente tuyo. Todo lo que soy ahora lo necesitaste antes, claro. El tiempo, en ese sentido, nunca jugó a nuestro favor, desde el inicio. Llegué tarde, como siempre, y tú zarpaste a otro puerto, para compartir tus noches con un hombre que quiero pensar que ha sido bueno contigo. Debe serlo, porque terminaste formando una familia con él, tienen un hijo hermoso que lleva tus ojos. Te vi feliz, y me alegré por ti. Y aunque esa alegría fue más bien un acto de resignación, de verdad esperé que hubieras tomado la decisión correcta. No te negaré que esa fue la vida que deseé para ambos. El presente que tienes con él fue alguna vez el futuro que quise contigo.

Ese amor ideal, ese amor puro, el romance a la antigua, la caballerosidad, los detalles, todo eso forma parte del decorado de una vida que sé que no es para mí. Me ha tocado imaginarla, escribir al respecto, pero sé que no estoy hecho para eso, no después de todo lo que he aprendido en estos años, de todo lo que observo todos los días. Ni el amor ya casi existe, ni la lealtad se aprecia. Ya

casi nadie es fiel, y la magia inherente del erotismo ahora es un amago de transacción sin encanto, una moneda de pago cada vez más devaluada. No estoy hecho para este mundo tan grotesco, querida. Mi forma de renegar de él consiste simplemente en mantener distancia, aunque la mayor parte del tiempo tengo que fingir que camino en la misma dirección que el resto, que comparto sus inquietudes, sus inclinaciones, sólo para obtener sus favores, y luego, con la misma facilidad con la que he entrado a ese círculo, salirme de él sin remordimiento. Esa es la razón por la que el Heber que fui contigo ya no me sirve, escapa de mi orden de prioridades; es una faceta que ha quedado retratada en los poemas, pero en la vida las exigencias son otras.

Una vez leí que un hombre tiene un amor de su vida de acuerdo a la cantidad de veces que se enamora, porque cada mujer ofrece una nueva vida. Yo no he vuelto a enamorarme como me enamoré de ti, así que fuiste el amor de mi vida, o al menos de la única parte de la vida que me interesaba vivir. Y en vista de mi renuncia a un amor futuro, sospecho que tú, por haber sido la chica más cercana a mi ideal y la última de la que me enamoré con tanta profundidad, fuiste mi querida Nadie. Me tiembla el alma el solo imaginar que realmente lo fuiste y que te dejé ir, pero no descarto esa posibilidad, al margen de si el tiempo decide sorprenderme después. Fuiste la querida Nadie de ese Heber que estoy matando poco a poco. Te encomiendo la tarea de que lo recuerdes por los dos, porque está dejando de existir.

Hoy la practicidad hace que me desprenda más rápido de los traspiés sentimentales que he tenido últimamente. Lo pienso y me pregunto, ¿cuántas oportunidades nos dimos tú y yo? Recuerdo varias, y ahora soy incapaz de otorgar una segunda. No tengo ganas de luchar, ni ganas de perdonar, ni de intentarlo de nuevo. Las relaciones ahora me resultan un hastío, una inversión sin utilidades que prefiero eludir. Eso debe responder a tu inquietud, de si encontré a alguien que me ame incondicionalmente. No la tengo y tampoco la busco. Ni siquiera yo soy incondicional ahora, ni romántico, ni detallista, ni todo eso que tú añoras. Me dices que no quieres que nadie mancille el recuerdo que tienes de nosotros, así

que cuida ese recuerdo, bonita, si así lo deseas. Cuídalo incluso de mí.

No faltará quien intente convencerme —incluida tú— de que no debo cerrarme al futuro, de que aún estoy joven, que me falta mucho por vivir, pero hay otras cosas que ocupan mi mente ahora. Despojarme del valor sentimental que les he puesto a mis anteriores objetivos hace que no me duela tanto el renunciar a ellos. Es parte de la determinación que he adoptado.

Seguramente nos sigamos encontrando más adelante en los poemas, en los relatos, en estas cartas o, quién sabe, tal vez en esa biblioteca donde fuiste a dejar mis libros, y en la que te refugias acompañada de tu retoño. A propósito, me pregunto si alguna vez le has hablado de mí, si le has dicho que su madre es inmortal, al ocupar el protagonismo de libros llenos de páginas que hablan de ella, y que muy probablemente trascenderán en el tiempo, haciendo que su nombre sea más conocido que el del mismo autor que los escribió. Yo, en tanto, seguiré siendo tu secreto mientras me sigas ocultando, mientras intentes convencerte de que hiciste bien en abandonar aquellos sueños que un día fueron nuestros.

No te sientas culpable por seguir pensando en mí de esa forma. Me ha costado años acoplarme, pero por fin he hecho las paces con la cruda realidad de que no podré olvidarte.

No importa cuánto cambie, no importa cuántas cosas vaya abandonando en el camino, seguirás existiendo mientras el espíritu que alimenta toda la poesía que he escrito siga vivo, y, querida, está claro que él vivirá más que nosotros.

Así que vuelve, volvamos de vez en cuando para dejarnos llevar por el sentimiento, sin culpas ni ambiciones, hasta que llegue el día en que tus dudas se disipen, y vislumbres tu realidad con una sonrisa de satisfacción, porque habrás comprendido que sí, que hiciste las cosas bien a fin de cuentas, y que no tienes nada de que arrepentirte. Sólo entonces dejarás de recordarme con tanta intensidad, e incluso te dirás a ti misma que, por fin, ya me has olvidado.

Hay tantas otras cosas que no te he dicho, pero lo demás está en mis libros. Cuando los leas, lo comprenderás.

Tuyo, siempre que me recuerdes: Heber.

Posdata: What a beautiful mess this is…
Posdata 2: Sawabona; shikoba.

Perder la fe

Domingo 04 de febrero, 2024

Querida Nadie:

Aquí estoy, escribiéndote nuevamente. Casi un año de silencio, más de ocho meses sin reportarme. He estado asimilando todo. Ya sabes, eso que escribí en mi carta anterior: que, a lo mejor, te dejé ir sin darme cuenta, y que no era cuestión de esperarte, sino de recordarte. Es algo que todavía me atormenta. La idea de haberte dejado ir abre esa posibilidad abismal de que, ahora, ya no me queda ninguna razón para seguir abrazando el romance.

Las cosas que he aprendido en estos últimos años ya me habían dado claros indicios de que eso es algo que iba a hacer tarde o temprano: dejar de creer en el amor romántico, dejar de querer construir una relación bonita, de reciprocidad; un amor de esos que sólo existen en las novelas románticas. Pero ahora que no tengo a nadie a quien esperar, incluso la posibilidad de guardar un lado romántico se torna absurda. Es insensato reservar el cielo para quien no tiene alas.

Así que a estas alturas, ya no eres una anónima. Supe tu nombre desde aquel 2015 en que comenzamos a hablar. Tú intentando conocerme, desentrañar mi misterio, y yo tratándote con petulancia y orgullo, sólo para que, con el pasar de los días, logres derribar mis barreras para ocupar un lugar en mi vida del que, aún hoy, soy incapaz de sacarte.

Ahora lo pienso y me doy cuenta de lo tonto que he sido. Tantos años escribiéndole a una querida Nadie inexistente, para hoy darme cuenta de que mi querida Nadie siempre fuiste tú. Mi querida musa, mi querida todo, mi bonita, la señorita de mi vida, la musa más hermosa del mundo, la chica poesía, la chica de la catástrofe preciosa. ¿Cómo no pude verlo? Si estaba clarísimo. Estuve

enamorado como nunca lo he estado en mi vida, y como probablemente nunca volveré a estarlo. Y fue de ti. ¡De ti!

Hace dos días soñé de nuevo contigo. Te veías tan hermosa como la última vez que me doliste. No recuerdo los detalles de aquel sueño, únicamente atesoro la sensación que experimenté, esa de pensar que estos últimos años separados han sido sólo un espejismo, que nunca te casaste con otro, que al final sí pudimos concretar ese encuentro tan anhelado, y que una historia comenzaba a forjarse desde aquel primer abrazo en el que deposité mis ganas de seguir creyendo en que todo podía, al final, resultar a nuestro favor.

Fue un sueño bonito y triste, porque incluso soñándote sabía que te había perdido. Y toqué tu piel como aquel al que le dan una última oportunidad para hacer bien las cosas, sabiendo que arruinarlo todo fue lo mejor que pudo hacer la última vez que lo intentó, y ya no tiene ganas de hacerlo de nuevo. Por eso me resigné a tenerte en aquellos instantes, disfrutando del placer de tu compañía con sabor a despedida, robada a ese destino que huyó de nosotros sin darnos segundas oportunidades. Porque sabía que no estabas, que aquel espejismo era todo cuanto quedaba de ti, que no volverías a mí por mucho que me esforzara en permanecer en aquel sueño.

Y fui feliz dentro de todo, porque nada cambiará el hecho de que aunque vuelvas cuando quieras, yo siempre te estaré esperando. Porque a pesar de haberte marchado de mi vida, has regresado a mí de cuando en cuando a través de mensajes, y como el ingenuo que en el fondo he seguido siendo sin admitirlo, he cedido a la tentación de responderte, siempre dejando una posibilidad abierta, una puerta que, aunque esté cerrada, es fácil de atravesar por ti. Porque una parte de mí insiste con esa idea, la de recuperar lo que dejamos ir, y otra parte me dice que no sea tonto, que la vida está llena de segundas oportunidades. Pero creo que incluso para este caso hay excepciones: sólo tuve una oportunidad. Fuiste tú y te perdí. Perderte es de las cosas que más me arrepiento. Dejarte ir como si no hubiese planeado una vida contigo, como si no hubieses sido tan importante como para dedicarte todo mi arte,

como si no hubieses sido esa querida Nadie que siempre estuve esperando.

Creo que todos tenemos a una persona que siempre será la excepción para nosotros. Alguien por quien no dudaríamos en cambiar la comodidad de la rutina, alguien por quien nos arriesgaríamos sin pensarlo, alguien que es capaz de cambiar nuestro «no» tan acostumbrado por un «sí» tan convincente y rotundo. Nos cerramos a las posibilidades, excepto si se trata de ese alguien. Huimos de las reuniones, excepto si está presente ese alguien. Su sola presencia es un imán, y nos olvidamos de todas nuestras excusas o razones para hacer una excepción por esa persona. Estoy seguro de que tú siempre vas a ser mi excepción, pues si me escribes, responderé. Y aunque no es algo que esperes ni que yo evite, estaré pendiente siempre de tu próximo mensaje.

Pase el tiempo que pase, vengan las circunstancias que vengan, nada cambiará el hecho de que te has convertido en la mujer que más he amado en mi vida, y que siempre te llevaré muy dentro de mí, adonde quiera que vaya.

Hoy comprendo que un poeta siempre tendrá el alma atada a su musa. No importa la distancia que haya entre ellos, ni las circunstancias que los hayan alejado. Un poeta, muy en el fondo, siempre volverá a su recuerdo, siempre guardará ese anhelo ridículo e injustificado de recuperarla. No hay olvido, no hay renuncia. Ese es el tormento que define a este oficio, y todo escritor que se precie acepta de forma implícita que siempre existirá en su alma un limbo en el que convergen los recuerdos, una ciudad de vapor en la que vivirá aquella musa destinada a aparecer entre sus páginas, aunque en la vida real nunca regrese. Y me costó, pero lo he asumido, por eso ya no hago ningún esfuerzo por olvidarte.

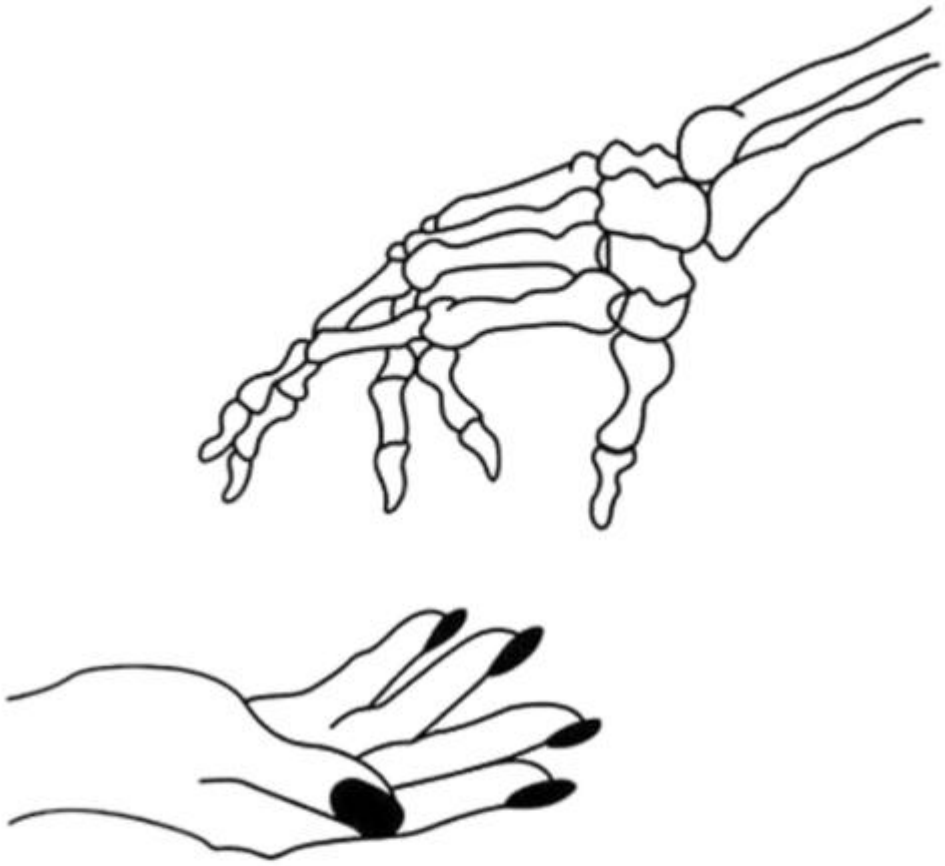
Me he resignado a permitir que tu esencia dirija la tinta que forman las letras en los pliegos que disfrazo de ficciones. Me he resignado a verte aparecer incluso sin permiso, cuando al terminar de redactar un texto me sorprendo encontrándote escondida en una línea. Siempre tendrás el don de la permanencia, y yo la condena de lidiar con ello, sobre todo ahora, querida Nadie, que te he dotado de identidad, que sé que aunque nunca hayas llegado, tampoco vas a

irte, que aunque te haya perdido, nunca podré abandonarte del todo, porque ambos estamos condenados a convivir con esas posibilidades que ya no existen y que, sin embargo, todavía nos atormentan. Hoy somos parte de la identidad del otro. Al menos eso nos dejó la lejanía.

La única salida que vislumbro ahora es la de atarme a otros cuerpos, sumergirme en el placer sucio de intentar reemplazarte, suplantar con actos libidinosos todo lo que todavía siento por ti. Porque si no puedo olvidarte, por lo menos me desharé de aquel que te recuerda; ensuciaré tu esencia, borraré la mía, para que tu recuerdo se distorsione con el tiempo, hasta mitigar sus efectos y lograr recordarte con la mayor indiferencia, con esa frialdad de los que se saben libres por la vida, sin ataduras al pasado. No es cuestión de matar la idea de tu existencia, pero sí deshacerme de las ganas de recuperarte, o de encontrarte algún día.

Y te pido perdón ahora. Por tantos errores que cometí contigo, y por todos los aciertos que cometeré sin ti. Perdón si te duele, pero espero que comprendas que esto nos beneficiará a los dos a la larga. Perdón por haberte dejado ir, bonita. Perdón por, al final, perder la fe en ti, querida Nadie.

Con cariño: Heber.



Voy a dejarte ir, pero, por favor,
la parte de mí que se va contigo
cuídamela bien.

Heber Snc Nur

La última parada

Sábado 18 de mayo, 2024

Querida Nadie:

Si hay algo a lo que siempre le he tenido miedo son los cambios y los finales. A los segundos más que a los primeros, claro. Si ya me daba pavor encontrarte y no estar preparado para ti, ahora podrás imaginar cuánto tuve que lidiar con la idea de tenerte para luego ver cómo te vas. No ha sucedido ni lo uno ni lo otro, sino que todo ha cambiado, cumpliéndose así uno de esos miedos que tenía. Y digo bien: que tenía. Porque hoy me encuentro en esa etapa en la que los cambios ya no son ninguna novedad ni mucho menos una tormenta que amainar.

He aceptado por fin que en mi vida tendré más frustraciones que logros, más ideas que hechos, más sueños que metas, más aspiraciones que planes. Casi nada ha salido como lo he imaginado desde que era niño, así que los cambios han sido siempre una constante en toda mi existencia. Era yo el que me aferraba a todo lo que conocía, lo que creía, como si, a pesar de mi empirismo, muy en el fondo siguiera creyendo en lo absoluto, en que algo puede ser sempiterno.

Sólo ahora me doy cuenta del daño que me estaba haciendo, al fijarme en expectativas que la vida nunca prometió cumplir. Despojarme de todo eso no fue cuestión de un día para otro. Se necesita algo más que determinación, se necesita desprecio y, por ende, dolor.

Con experiencias propias y ajenas he comprendido que no hay nada que dure para siempre, salvo marcadas y contadas excepciones. El amor es más un sentimiento que una decisión. El «hasta que la muerte nos separe» es más un protocolo que un compromiso. La gente se casa por emoción más que por convicción. El romance nunca ha dado resultado y la fidelidad es una palabra

que suena más bonita cuando se pronuncia que cuando se practica, porque casi nadie está dispuesto a sacrificar lo necesario para que su significado cobre sentido.

Viví creyendo en lo ideal, sin darme cuenta de que en la vida real las cosas no funcionan de ese modo. Así que, conforme me lo han permitido los nuevos conocimientos que he adquirido en los últimos años, he ido soltando poco a poco todos los ideales y convicciones que crecí defendiendo. Y nada duele más que despojarse de la identidad propia y replantearse la existencia misma. Porque no fue fácil. No es fácil mirar a tu yo idealista y apuñalarlo cara a cara, sabiendo que cada puñalada te dolerá el doble, sabiendo que matar a la única razón por la que vivías te condenará a estar en una constante búsqueda de llenura y pertenencia. No es fácil renunciar, volcar tu rabia y rencor en cometer un crimen de cuyas consecuencias pasarás buena parte de tu vida huyendo, porque la conciencia no perdona. Sin embargo, también es verdad que, una vez que matas una parte de tu alma, el resto de estocadas serán más fáciles de asestar, y tu yo idealista caerá sin remedio, un cadáver que representa esa vida que, a lo mejor, nunca fue para ti, dejándote sólo una visión pragmática de todo cuanto existe, sin adornos emocionales, sin valores sentimentales ni morales. Una carcasa vacía, pero cómoda, ligera y, sobre todo, indolora.

Escribo esto desde la neutralidad, desde el limbo al que he accedido desde que me he armado de nuevas convicciones. Antes, seguramente, me habría dolido escribir todo esto, pero hoy no. Hoy no hay dolor, ni decepción, ni enojo. El camino, si bien se ha vuelto más ligero, también se presenta más amplio, con un horizonte lleno de posibilidades que, más que sacrificio, me exige coraje, para ser capaz de ir a por todo, con ese atrevimiento que sólo puede venir de la valentía y de la absoluta certeza de que ya he perdido el suficiente tiempo en otros rumbos, y que es momento de ser más ambicioso y frívolo.

Hoy, con nuevas prioridades, debo decir que tú, querida Nadie, ya no formas parte de ellas. No te veo en mi futuro, y por primera vez en mucho tiempo, puedo decir que eso no me causa ningún pesar. Seguramente te traeré de vuelta de vez en cuando para crear

algo de ficción, pero entre mis metas de vida, tu llegada ya no forma parte de un porvenir al que aspiro. Aun así, debo darte las gracias.

No suelo arrepentirme de las decisiones que tomo, tanto si acierto como si no. Por eso te doy las gracias por haberme dado, durante estos años, razones de sobra para seguir soñando y creyendo que las cosas podían salir como quería. Gracias, querida Nadie. Por permitirme soñarte, por permitirme anhelarte, por permitirme buscarte. Gracias, incluso, por no aparecer, o por aparecer y marcharte. Por elegir tu felicidad por encima de la mía, por demostrarme que no todas las buenas intenciones tienen recompensa, que no todos los cambios son malos. Creo que, por muy racional que me haya vuelto con el tiempo, sería inhumano no reconocer que buena parte de lo que he logrado construir se debe a los sueños que alimenté, aunque no se hayan cumplido.

Visto de otro modo, esta transición de ideales podría interpretarse también como un proceso de madurez. Y supongo que eso es algo que confirmaré todavía en unos años, pero de momento me quedo con mi limitada visión actual de los hechos. Debo aceptar que ya no soy el que era y que no haré ningún esfuerzo por volver a él, sino al contrario: procuraré alejarme más, hasta que llegue el día en que mire al pasado y, con un asomo de ternura y una pizca de nostalgia, me pregunte a mí mismo en qué estaba pensando.

Querida Nadie, quiero pensar que esta es la última carta que te escribo, pues ya no me queda nada que confesar, nada que prometer, nada que reprochar ni mucho menos que explicar. Quiero creer que he logrado soltarte por fin, ya sin rencores por ver que no has llegado, ya sin culpas por no haberte encontrado.

Espero que, tanto si exististe como si no, te encuentres en un mejor presente. Y si alguna vez soñaste con encontrarte con un poeta, con vivir una historia de amor de esas de novela, te sugiero despertar en cuanto puedas, o buscar a alguien que esté dispuesto a soñar contigo. Alguien que no se haya resignado a ver el amor sólo en los libros, alguien que no tenga miedo de dedicar canciones, de escribir cartas, de erigirte como lo más importante de su vida. Alguien, en definitiva, que no haya sido herido, o que no le importe

seguir empeñando el alma a pesar de perderla cada vez que se arriesga.

Ojalá que lo encuentres. Y si no, has de vivir con ello. Como yo lo hago ahora.

Hasta nunca: Heber.



No pudimos,
pero cuántas ganas tuvimos.

Heber Snc Nur

Selección de canciones

Música que puedes oír mientras lees ♫



A beautiful mess — Jason Mraz
Those eyes —New West
Walls — Kings of Leon
Wings—Birdy
I need my girl — The National
Heather —Conan Gray
Fuck it —Eamon
All I want—Kodaline
Apocalypse—Cigarettes after sex
Mercy —Shawn Mendes
My love mine all mine—Mitski
Chasing cars—Snow Patrol
Sodus — Cementeries
In the stars—Benson Boone
Deja vu —Olivia Rodrigo
Ceilings—Lizzy McAlpine
TV—Billie Eilish
Swim—Chase Atlantic
Traitor—Olivia Rodrigo
Sweet—Cigarettes after sex
I wanna be yours—Artic Monkeys

Yours—Conan Gray
Cardigan—Taylor Swift
On melancholy hill—Gorillaz
Lose control—Teddy Swims
To feel alive—Forester, Kidnap
Sweater weather—The neighbourhood
The color violet—Tory Lanez
Iris—The Goo Goo Dolls
Easy on me—Adele
Skyfall—Adele
Until I found you—Stephen Sanchez, Em Beihold
Where's my love—SYML
Interestellar—Geek Music
Experience—Pietro Scichilone
As the world caves in—Sarah Cothran

Escanea el código con tu celular para ir a la lista de reproducción en Spotify



About The Author

Heber Snc Nur



Autor peruano nacido en la ciudad de Chiclayo en octubre de 1997. A los quince años se encontró con el poder de la prosa poética y, desde entonces, ha publicado sus textos en la red y conquistado a miles de lectores en toda Latinoamérica, Estados Unidos, España y el resto de Europa. Es autor de las antologías poéticas «Oscuro

Silencio» (2015), «Ruinas Internas» (2016), «Tormenta de pensamientos» (2017), «El Peso del Vacío» (2020), «La Ciudad de los Recuerdos» (2021), «La distancia de mis amores» (2024), además de dos libros firmados inicialmente con el seudónimo de Dashten Geriott: «Memorias Inmarcesibles» (2015) y «El Rostro del Invierno» (2021), ambos en reedición. Desde el 2019 dirige el sello editorial Sexta Fórmula, y actualmente se dedica a la edición de libros de distintos autores, además de estar inmerso en dos proyectos literarios: un libro exclusivamente de narrativa y su primera novela.

Books By This Author

Oscuro Silencio

Oscuro Silencio es, sin lugar a dudas, el refugio de un adolescente cuya timidez e inseguridad se convirtieron en un aliciente para dar paso a una introversión en la que el poder de las palabras, principalmente poéticas, le permitieron poner en orden las emociones y pensamientos que se sentía incapaz de expresar en voz alta. Heber Snc Nur muestra, en cada una de estas páginas, su visión particular del amor, la vida, la tristeza y la felicidad con una voz que apenas comenzaba a tomar forma, antes de adquirir la tonalidad que ahora conocemos.

Encajados en segmentos como Débil fortaleza, Cautiva libertad, Filosofando, El arte de escribir y Abstracta tangibilidad, cada escrito, en su mayoría frases y sus primeros poemas, mantiene la esencia de su publicación original que tuvo lugar en los blogs de Tumblr y Blogger que administra el autor hasta la actualidad.

Esta es la primera entrega de la serie Tormenta de Pensamientos, publicada por primera vez y en su versión digital en el 2015, y que hoy se presenta en un tomo de papel y tinta, para completar la colección impresa junto a las demás antologías que conforman la serie y, sobre todo, para el disfrute de los amantes de la textura y el olor de los libros.

Ruinas Internas

En un mundo en donde todo parece tener el color gris de las cenizas, llega un poeta dispuesto a pintar con letras y colores aquellos sentimientos que, muchas veces, somos incapaces de explicar con palabras. Una antología de relatos breves que encierran

aquellas historias de las que sólo quedan ruinas. Ruinas internas. Cada letra en este libro es magia, una que sólo aquellos que sienten a flor de piel podrán conocer.

Esta es la segunda entrega de la serie Tormenta de Pensamientos, y contiene los textos que el autor escribió a modo de desahogo y ejercicio creativo, desde los primeros que publicó en su blog desde el 2013 hasta los últimos que escribió en marzo del 2016, fecha de la primera publicación de este libro. Es el testimonio vivo de un adolescente que poco a poco va convirtiéndose en hombre, plasmando sus vivencias en palabras, dialogando con sentimientos tan profundos como la soledad y la tristeza bajo un prisma que sólo se puede tener a los diecisiete años. En este libro, veremos a Heber jugar con las expresiones, buscando una voz propia en el mundo de la prosa poética, pues es alguien consciente de su arte que, con el tiempo, va formándose un estilo propio cuyo acervo artístico denota ganas y un talento que va floreciendo, madurando a su ritmo incansable y constante.

Tormenta de Pensamientos

Si hay algo que Heber logra con sus escritos es embellecer el dolor y ensuciar sutilmente la belleza del amor y la vida con palabras que la mayoría de veces van más allá de lo que señalan. Hablar de sus poemas y su prosa poética es hablar de magia, de luz y sobre todo de sombras. Es un hombre con alma de niño y viceversa, todo depende del gusto de quien mira. Un ser que esconde más de lo que habla y que no tiene reparo en escribir todo lo que calla. Que ha intentado entenderse a sí mismo y, luego de dar tantas vueltas en círculos, ha decidido que la mejor manera de conocerse es a través de los ojos de quienes lo leen.

Esta antología es prueba y motivo de ello. Desde su arte novicio hasta su actual acervo, el lector viajará en medio de una mente de más tormentas que pensamientos. A través de sus páginas uno comprenderá que el amor es tan sucio como el olvido y que el olvido

como tal no existe. Que la musa no es siempre una mujer, aunque una mujer siempre es poesía. Que nunca es suficiente querer bien y que el querer suficiente no es tan bueno. Que la inocencia y la perfidia pueden caber en una sonrisa y que hay más palabras en los ojos que en un libro.

Este libro está escrito para todo el mundo, pero no todo el mundo es para este libro. Así que, si eres de aquellos que han decidido dejar el calor del sol por el frío de la lluvia, o el ajetreo urbano por el silencio y la música, y amas aquello que se siente más que lo que se ve, no dudes en leer esta obra de arte. Te prometo que con este libro vas a llorar o reír; vas a odiar o amar; vas a enamorarte o decepcionarte, pero jamás te quedarás indiferente. Este libro inspira de todo menos eso.

El Peso del Vacío

¿De qué materia está hecho el amor? ¿Quién inventó los sueños? ¿De qué color es el silencio? ¿A qué sabe la nostalgia y por qué es tan fácil hallarla en todas partes? Son cuestiones que probablemente carezcan de importancia, pero que entre las páginas de este libro se intenta encontrarles respuesta.

Desde narraciones hasta poemas, cada escrito aquí es el resultado de las elucubraciones a modo de catarsis propias de quien se sabe portador de un alma encadenada al conjuro de las palabras. Con un toque personal y perspicacia lírica, el autor nos muestra su lado más humano y sensible, en una búsqueda constante de la felicidad a través de los altibajos que siempre vienen con ella.

Este libro es el testimonio de lo maravilloso que puede ser el amor cuando llega, y del enorme peso del vacío que deja cuando se va. Porque sí, el vacío también pesa: son todas las despedidas no dichas, los planes no concretados, los sentimientos que jamás fueron correspondidos. Aquí, las expresiones más recónditas del alma se visten de palabras y nos recuerdan que hay vida más allá de

las rupturas, aunque sea en forma de poesía, la forma de la que, finalmente, está hecho este libro.

La Ciudad de los Recuerdos

Desde el año 2015, Heber Isúi Sánchez Nunura creo a un personaje peculiar. Escritor como él, publicaba bajo el seudónimo de Dashten Geriott en Tumblr, donde ganó reconocimiento por parte de miles de lectores. Hasta este 2021, nunca se había sabido que ambos escritores eran la misma persona, pues el estilo de escritura de los dos, amén de tener su propio encanto y gracia, podían diferenciarse por las expresiones propias de su personalidad. Heber, un tanto más romántico y noble; Dashten, más profundo, filosófico y fatalista.

Este es el primer y único libro donde ambos estilos se juntan. Los textos contenidos aquí han sido publicados en sus respectivos blogs y el lector podrá ver de cerca ambas personalidades tan dispares y similares al mismo tiempo. Este libro es la entrada a un mundo de sombras y luces, de historias ambientadas en las urbes que viven en la mente de quienes escriben, esas mismas urbes donde ambos personajes, pese a tenerse tan cerca, se sienten solos, cada cual en su lado del mundo, escribiendo con la misma pluma y distinta voz; desde un mismo corazón con distintos sentimientos. Esa es la magia de este libro, pero, sin duda, en sus páginas esta se multiplica, únicamente para los amantes de la prosa poética escrita con alma, corazón y vida.